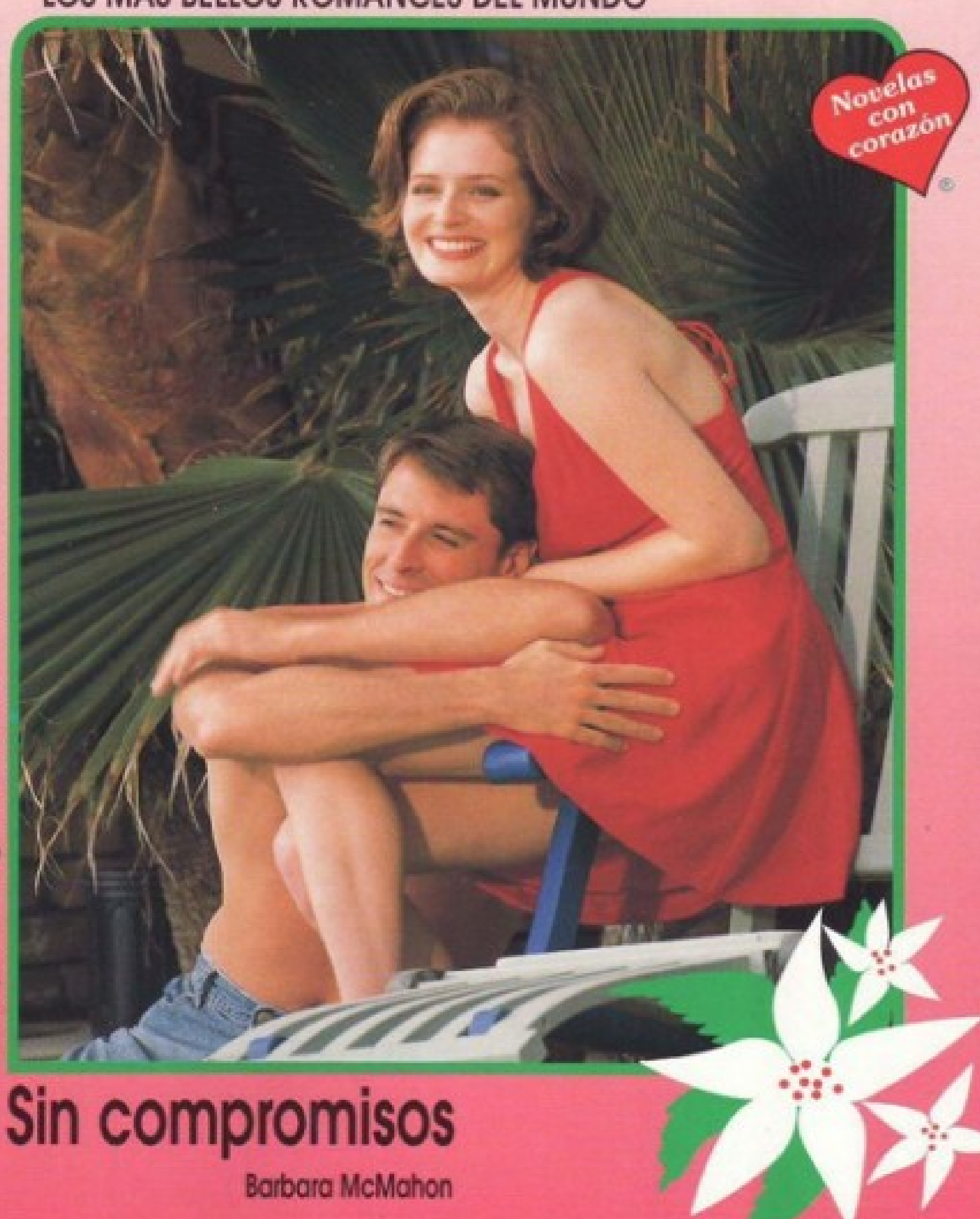
HARLEQUIN

# JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO




340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

# Sin compromisos

Barbara McMahon

# Sin Compromisos

## Barbara McMahon

2º Serie Carstairs
**Sin Compromisos (22.10.1997)**
**Título Original:** Angel Bride (1996)
**Serie: 2º Carstairs**
**Editorial:** Harlequín Ibérica
**Sello / Colección: Jazmín 1271**
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Jake Morgan y Angelica "Angel" Carstairs

## *Argumento:*

*Dos años atrás Angel había amado a Jake, e incluso había empezado a creer que él correspondía a sus sentimientos, pero entonces, sin darle ninguna explicación, la abandonó. Y Angel tuvo que recoger los pedazos rotos de su vida y empezar de nuevo. Pero ahora, con el regreso de Jake, su vida se había convertido en un caos y, para empeorar las cosas, alguien había asaltado su casa y el despacho donde trabajaba. La joven estaba decidida a mantenerlo todo bajo control, pero esta vez, si Jake tenía que marcharse, iría con él…*

# Capítulo 1

Angelica Carstairs miró al hombre que acababa de aparecer en el umbral y se quedó sin aliento, paralizada. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquel mismo instante.

Al principio, pensó que no había cambiado nada, pero luego corrigió esa primera impresión. Parecía mayor, de aspecto más duro, más severo. Con su grueso abrigo de invierno, presentaba una apariencia gigantesca, imponente, con sus anchos hombros construidos como para soportar el peso del mundo.

Siempre había tenido un atractivo impresionante, con su hermoso cabello oscuro y sus ojos negros de mirada penetrante. En eso, al menos, no había cambiado.

Así como tampoco en la dura línea de su mandíbula, que sugería un carácter terco y obstinado, y en la forma que tenía de concentrar su atención en cualquier persona, indiferente a los que lo rodeaban.

En ese momento, tenía concentrada su atención en ella. Sus ojos eran fríos, ásperos, y parecían atravesarle el alma. No había rastro alguno de la ternura que Angelica había visto en ellos una o dos veces. Ni de la diversión que en otras ocasiones había brillado en sus oscuras pupilas. No, en ese momento, la estaba mirando como a una desconocida.

—¿Eres tú quién ha llamado por el robo? —le preguntó él, mirando luego a Martha Benson, la vecina de Angelica.

Angelica asintió. No había esperado que Jake Morgan respondiera a la llamada que había hecho a la policía. Él era detective, y no policía de patrulla. ¿Le gustaría su nuevo trabajo? Aunque suponía que a esas alturas ya no debía de ser tan nuevo; acababa de promocionarse cuando…

—¿Fue aquí? —Jack miró el ordenado salón, fijándose en todos los detalles.

Angelica negó con la cabeza y se levantó lentamente.

—Gracias por haberme dejado esperar aquí —se dirigió a Martha, sonriendo—. Ya te contaré lo que vayan descubriendo.

—Muy bien, Angelica, pero vuelve si no quieres quedarte a pasar sola esta noche en casa.

Martha y Sam le habían dejado usar su teléfono para que

llamara a la policía, y habían insistido en que esperara con ellos su llegada. Al volver a su casa, Angelica se había encontrado con que le habían forzado la puerta. Le bastó un rápido vistazo para descubrir que alguien le había destrozado el salón. Sin atreverse a entrar en su hogar, había decidido aceptar la invitación de sus vecinos y llamar a la policía desde allí.

Aclarándose nerviosamente la garganta, Angelica se acercó a Jake, para guiarlo hacia su casa. Abrumadoramente consciente de su presencia física, se esforzó por no tocarlo; no era fácil. Ansiaba contemplarlo a placer, bebérselo con la mirada. Habían

transcurrido dos años desde que se vieron por última vez. Dos largos, solitarios e interminables años.

Levantó la barbilla, fingiendo una confianza en sí misma que no sentía. Se dijo que una mujer tenía que conservar algo de orgullo con un hombre que la había expulsado de su vida. Especialmente, cuando nunca había entendido el motivo.

—Vivo dos puertas más abajo —le explicó en el momento en que salían a la calle. La nieve había sido amontonada en el bordillo, y las casas dispuestas en fila a lo largo de la calle presentaban un aspecto triste, sombrío. Formaban parte de una gran urbanización en las afueras de Laramie, y habían sido edificadas recientemente.

Angelica se había llevado una inmensa alegría al descubrir que podía permitirse vivir en una de aquellas pequeñas casas. El vecindario era tranquilo, y jamás se había imaginado que pudiera producirse un robo allí. Y todavía menos en su casa. No poseía nada que pudiese tentar a un ladrón.

Sonaban sus pasos en la acera cubierta de hielo. A pesar del frío, a Angelica le ardía la sangre ante la cercanía del hombre que caminaba a su lado.

—¿Cuándo te diste cuenta de que habían entrado? —le preguntó Jake. Sus pasos eran seguros, precisos, y sus movimientos tan fluidos como los de un felino.

—Llegué a casa a eso de las siete, después de pasar la fiesta de Navidad con Rafe y Charity. Vi que la puerta principal había sido forzada, y que la cerradura estaba rota. No me fijé demasiado en ello al principio. Al empujar la puerta y encender la luz, vi que todo estaba desordenado. Luego, fui a casa de Martha a llamar a la policía.

—Muy prudente por tu parte. Nunca hay que entrar en una casa en esas condiciones sin asegurarse bien antes.

Angelica recordaba que Jake le había hecho antes esa misma observación, cuando la quería y se preocupaba porque vivía sola. Le había dicho muchas cosas en bien de su seguridad. Pero no le había dicho nada que pudiera salvaguardar su corazón del destrozo y el dolor que había terminado por causarle.

—Lo recuerdo —repuso ella suavemente.

—Maldita sea —su voz era tan baja que Angelica dudó incluso que hubiera hablado.

—¿Has vuelto a patrullar? —le preguntó Angelica, dudando antes de entrar en su casa; detestaba la idea de ver el destrozo que habían hecho en ella. Se había sentido tan orgullosa de su hogar… y ahora, todo era un caos. Retrasar ese momento no serviría de nada, pero quizá la ayudaría a sobrellevarlo un poco mejor. Y también necesitaba ayuda para enfrentarse con Jake.

—No. Me dirigía a mi casa cuando se recibió tu llamada. Yo me he adelantado para echar un vistazo… por si el tipo todavía seguía aquí. La patrulla llegará dentro de unos minutos —Jake empujó la puerta y se dispuso a examinar los destrozos ocasionados en el salón.

Inmóvil, paseó la mirada por toda la habitación. Angelica sabía que podía reconocer algunos de los muebles del apartamento en el que había vivido antes,

cuando él la conoció. Otras cosas le resultaban obviamente nuevas, y Jake las observó durante un buen rato. Todo estaba revuelto, desordenado.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera? —inquirió, mirándola rápidamente y desviando luego la mirada.

No quería mirarla. No quería ver lo bella que estaba con su suéter rojo, con sus largas y bien torneadas piernas enfundadas en sus pantalones de lana negra. No quería ver el brillo de su cabello rubio, de color miel. Y, sobre todo, no quería perderse en sus ojos azul cielo. Ya se había perdido antes en ellos, ¡y no volvería a ocurrir!

Apretó los dientes. Cuando antes apareciera la patrulla de la policía, mejor para él. Aquello era estrictamente una cuestión de trabajo. Lo que hubiera sucedido entre ellos pertenecía ya al

pasado.

—Seis días —respondió Angelica, mirando muy pálida el destrozo causado en el salón.

—Así que esto pudo haber sucedido en cualquier momento de la semana pasada.

Jake se dirigió a la cocina. Estaba intacta. El corto pasillo que había a la izquierda conducía al dormitorio y al cuarto de baño. Se detuvo en el umbral, intentando evaluar los daños sin tocar nada.

La gran cama estaba sin deshacer; se apresuró a desviar la mirada. Aquella habitación rebosaba una feminidad completamente ajena a su mundo duro, masculino.

—Sospecho que no han sido unos vándalos, sino alguien a la busca de dinero —declaró mientras volvía al salón.

Angelica no se había movido. Seguía cerca de la puerta, pálida, mirando los libros desparramados, la pantalla rota del ordenador y las mesas y sillas derribadas en el suelo.

—Pues a mí sí que me parecen vándalos. Me rompieron el ordenador.

—Después de que tomemos las huellas, podrás revisarlo todo para ver si te falta algo…

—¡Eh, Morgan! ¿Qué, de patrulla por los barrios bajos? No sabía que fuera necesaria la presencia aquí de un gran tipo como tú. Pensaba que sólo era un asunto de rutina —comentó un policía de uniforme, apareciendo de pronto en el umbral, sonriente.

Inquieta, Angelica se volvió rápidamente al escuchar aquella voz. El policía entró en la casa y se presentó como el agente Pete Winston.

—Hola, Pete. Me dirigía a mi casa cuando oí la llamada. Pensé que el tipo podría estar rondando todavía por aquí, pero por lo que parece, esto podría haber sucedido incluso hace una semana.

Angelica pudo observar que su expresión se relajaba visiblemente; la amistad que le unía con su compañero resultaba evidente. Y representaba un fuerte contraste con la distante frialdad con que la había tratado a ella.

—¿Qué es lo que pasó?

—Angelica Carstairs es la víctima. Vino a casa después de un viaje y se encontró con esto —Jake se encogió de hombros, paseando de nuevo la mirada por la habitación y lanzando un

rápido vistazo al rostro de la joven.

—Gracias; yo me encargaré de esto. Te veremos en la fiesta de Nochevieja,

¿verdad? ¿Irás con Diane? —preguntó el agente mientras sacaba un libro de notas del bolsillo.

En ese momento, Angelica se volvió para mirar rápidamente a Jake.

—Sí —Jake asintió y se dirigió hacia la puerta—. Guárdanos un sitio si Heather y tú os adelantáis. Nos vemos —y sin pronunciar otra palabra ni mirar a Angelica, se marchó.

Angelica lo observó irse con el corazón acelerado. «Diane», pronunció en silencio. Cerró los ojos por un momento, preguntándose si algún día dejaría de sentir aquel dolor. «Se está viendo con otra mujer», pensó; ¿acaso debería sentirse sorprendida? Decididamente, Jake era el hombre más atractivo y viril que había conocido. Y ella lo sabía bien. Criada en un rancho cercano a Cheyenne, había crecido rodeada de toscos y viriles vaqueros. Sus dos hermanos mayores eran hombres duros, recios. Pero Jake aún los superaba con creces.

Pensó que probablemente habría estado frecuentando a mujeres durante todo ese tiempo, incluso desde la última vez que la llamó. Pero le dolía. Maldita sea, había amado a ese hombre, lo había adorado. Y había empezado a creer que él también la quería…

Y entonces fue cuando, de repente, cierto día, no la llamó. Y no volvió a hacerlo desde entonces. Sin ninguna explicación. Nada.

—Siento tener que volver a hacerla pasar por esto otra vez, señorita Carstairs, pero si quiere escribir aquí lo que sucedió, veremos lo que podemos hacer para ayudarla —le pidió el agente de policía, ofreciéndole su bolígrafo.

Aquella noche le pareció interminable. Las preguntas eran fáciles, pero ella sabía muy poco. Una vez que fueron recogidas las huellas, ya pudo dedicarse a ordenarlo todo para ver si echaba algo de menos.

Pensó que, desde luego, Jake nunca había sido tan expresivo como ella. Siempre se había mostrado reservado, desconfiado; había visto cosas inimaginables para Angelica. Pero una chispa había surgido entre ellos, una creciente cercanía que ella había valorado, apreciado… y de la que ya no quedaba nada.

—No echo de menos nada importante —dijo Angelica mientras ponía el último cojín en su lugar, sobre la cama.

—¿Nada? —inquirió el policía, sorprendido.

—No he encontrado los disquetes del ordenador, pero aparte de eso no me falta nada, que yo sepa. Y lo único que está verdaderamente dañado es mi ordenador y los libros con los lomos rotos.

—¿Hola? —llamó una voz desde la puerta principal.

Angelica siguió al policía al salón; por un segundo, creyó que Jake había vuelto.

Pero no era Jake, sino un cerrajero quien se había asomado a la puerta abierta.

—Me han llamado para hacer una reparación de urgencia esta noche —explicó mientras empezaba a examinar la cerradura.

—Sí, es aquí, como puede ver. ¿Pero quién lo ha llamado? —Angelica se llevó una mano a la frente; tenía que asegurarse de arreglar la puerta de la casa antes de acostarse. Menos mal que ese hombre estaba ya allí…

—Fue un policía —el cerrajero se encogió de hombros—. Puedo arreglarle esto perfectamente —señaló la cerradura arrancada—. No tardaré más de media hora —y empezó a trabajar.

—Bueno, tengo que irme, señorita Carstairs —declaró poco después el agente Winston—. La llamaré si descubrimos algo o nos vemos obligados a hacerle más preguntas. Y si echa de menos algún objeto de valor, háganoslo saber.

—Gracias —Angelica se dejó caer en el sofá mientras esperaba a que el cerrajero terminara su trabajo. El policía había revisado todas las otras puertas y ventanas de la casa; la de la entrada era la única que había sido forzada.

Se sentía violada. Su hogar, su santuario había sido invadido. Transcurriría un buen tiempo antes de que volviera a sentirse cómoda allí, sabiendo que un desconocido había curioseado en sus cosas.

Cuando el cerrajero se marchó después de arreglar la puerta, Angelica continuaba paseando por la casa, sin saber qué hacer. Detestaba la idea de apagar la luz, lo cual era estúpido, y lo sabía. Se encontraba segura allí, y cualquiera que hubiera entrado en su casa no tenía razón alguna para volver. El daño ya estaba hecho. En

ese instante, sonó el teléfono.

—¿Dígame? —preguntó al descolgar, aliviada de ocuparse en algo para posponer el momento de acostarse.

—¿Te encuentras bien?

Le acarició los oídos aquella voz familiar, profunda y levemente áspera.

¿Cuántas otras noches le había llamado Jake a horas avanzadas, cuando había salido de patrulla y le apetecía hablar con ella?, se preguntó. Cerró los ojos, invadida por aquellos agridulces recuerdos.

—Sí. Gracias por haber llamado.

—¿Ya se ha ido el cerrajero?

—¿Fuiste tú quien lo llamó?

—Sí; pensé que ya tenías bastantes problemas con lo que había sucedido para acordarte de eso.

—Gracias: tienes razón.

—¿Echas algo de menos?

—No —Angelica no quería dar por terminada la conversación; al cabo de unos segundos, Jake colgaría. Y probablemente, transcurrirían al menos otros dos años antes de que él volviera a verla o a hablara con ella. O quizá nunca habría una próxima vez—. No esperaba verte esta noche…

—No sabía que te habías mudado de casa. Creía que seguías viviendo en la avenida Sheridan.

—Hace año y medio que me fui de allí. ¿Tú no has cambiado de casa?

—No. Escucha, es muy probable que el tipo entrase en tu casa la primera noche de tu partida, y desde entonces ha transcurrido mucho tiempo. No creo que vuelvas a correr un peligro semejante. Estarás bien —su voz se tornaba cada vez más impersonal, más distante.

—Sí —Angelica sabía que Jake intentaba reconfortarla, pero no sabía por qué.

—Llama al 911 si oyes algo raro o si tienes miedo.

—Sí, yo… —de repente, Angelica se dio cuenta de que no había nada más que decir—. Adiós, Jake. Gracias por haber llamado.

Angelica se despertó a la mañana siguiente después de haber dormido poco y mal. No era sólo el hecho de que alguien hubiera

entrado a la fuerza en su casa lo que la había mantenido despierta, sino el hecho más problemático de haber vuelto a ver a Jake. Se puso unos pantalones de lana y un suéter de color azul brillante, y se cepilló su largo cabello rubio. Pensó en desayunar solamente un café y una tostada; no tenía mucho apetito.

Mientras tomaba su segunda taza, se dedicó a pasear por el salón. Podía imaginarse a Jake allí, buscando huellas y rastros del tipo que había entrado en su casa. Se preguntó qué impresión se habría llevado al ver su hogar. ¿Y quién sería Diane? ¿Mantendrían una relación formal? ¿Dejaría Jake de verla tan súbitamente como había dejado de ver a Angelica, o en esa ocasión sus intenciones eran más serias?

Sacudiendo la cabeza con impaciencia, Angelica apuró su café y empezó a hacer planes para contactar con su compañía de seguros, arreglar su ordenador y limpiar la casa. No debía pensar en Jake Morgan; el hecho de que milagrosamente lo hubiera visto la noche anterior no iba a cambiar nada.

Cuando terminó de limpiarlo todo, estaba agotada. Pensó que esa noche no tendría problemas para conciliar el sueño. Al día siguiente, tendría que empezar con sus planes de clase. Después de destrozar el ordenador, el vándalo que entró en su casa se había fugado con sus disquetes. Como nueva profesora ayudante de matemáticas en la Universidad de Wyoming, se había dedicado a planificar el curso durante el último verano con toda exactitud; ahora tendría que empezar de nuevo.

Guardaba algunas notas en su despacho de la universidad; al día siguiente iría a recogerlas. Al menos, tenía algo por dónde empezar.

La llamada a la puerta la sorprendió. Nerviosa, antes de abrir se preocupó de atisbar por la mirilla.

—¿Jake? —abrió la puerta, sorprendida de verlo de nuevo. Después de dos años de silencio, ¿dos veces en dos días?

—Hola, Angel. ¿Puedo entrar?

—Claro —retrocedió para hacerlo pasar, intentando desesperadamente adoptar una expresión tan fría y distante como la suya.

—Por lo que veo, todo ha vuelto a la normalidad —comentó Jake al entrar en el salón; dominaba la habitación con su presencia.

Angelica asintió, temerosa de acercársele.

—¿Echas algo de menos? —Rompieron el ordenador y se llevaron mis disquetes. Aparte de eso, nada. Es un verdadero fastidio. Allí tenía todas las lecciones que pensaba dar durante el próximo curso. Tendré que empezar de nuevo y las clases empiezan ya la semana que viene.

—Bueno, podría haber sido peor. Pete sospecha que fueron chicos a la búsqueda de exámenes o de notas. ¿Qué piensas tú?

Angelica negó con la cabeza, deseando poder alejarse de él. Sus ojos eran oscuros, penetrantes, inquisidores. Esperaba que no vieran más lo que ella se esforzaba por ocultar.

—No guardo los exámenes aquí. Y ya entregué las notas del último semestre.

De mi trabajo, no guardo nada importante aquí; sólo la planificación del curso, las lecciones que voy a dar.

—Los estudiantes no tienen por qué saber eso —repuso Jake, encogiéndose de hombros, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Quizá debería proclamarlo al principio de cada año escolar —exclamó Angelica con tono ligero, ansiando por un momento que un brillo de diversión apareciera en aquellos ojos de mirada punzante, un brillo suave que atenuara aquella frialdad.

—Podría ser una buena idea —se limitó a asentir.

Angelica sacudió la cabeza y se relajó tanto como podía permitírselo el acelerado latido de su corazón.

—¿Quieres una taza de café?

—Sí —respondió Jake después de dudar por unos segundos.

—Voy a traértela. Puedes quitarte el abrigo… —se dirigió apresurada a la cocina, sintiéndose terriblemente nerviosa. ¿Qué le sucedía? Jake era un viejo amigo.

¿Amigo? Bueno, era bastante más que eso, pero si no quería llevarse un nuevo desengaño, sería mejor que recordara que Jake no había pretendido profundizar su relación con ella. De hecho, incluso la había puesto fin.

Pero entonces, ¿por qué estaba allí?

Jake se quitó su grueso abrigo y lo dejó sobre el respaldo del sofá; luego, se aflojó el nudo de la corbata mientras paseaba por la habitación. Había tenido una jornada de trabajo muy larga y estaba agotado, pero antes de volver a su casa, había querido asegurarse de que Angelica se encontraba bien.

Se detuvo ante su mesa de escritorio y observó el ordenador destrozado.

Quienquiera que lo hubiera hecho, había querido asegurarse de que no volviera a funcionar de nuevo. La pantalla del monitor estaba rota. El procesador estaba hecho añicos, literalmente. Debía de haber alguna razón, ¿o simplemente se trataba de un acto de vandalismo?

Lentamente se volvió para observar el resto de la habitación. Era cálida y acogedora. Como Angel durante el tiempo en que habían estado saliendo juntos: cálida y acogedora, aunque también un poquito desconfiada con él. Se detuvo frente a los estantes de libros, sonriendo al leer los títulos de las novelas de misterio.

Angelica siempre había sido muy aficionada a ese tipo de lecturas. Una vez, hacía ya mucho tiempo, se había preguntado por qué le gustaba salir con un policía.

Echó un vistazo a un grupo de fotografías enmarcadas. Al instante, con expresión tensa, reconoció a Kyle, uno de los dos hermanos de Angelica. En otra foto aparecía Rafe, su otro hermano, y aquella pequeña mujer que lo acompañaba debía de ser su esposa… Por último aparecían sus padres, que habían muerto cuando Angelica todavía era una niña.

—¿Por qué has venido, Jake? —le preguntó Angelica al volver de la habitación, mientras colocaba cuidadosamente la bandeja de café sobre la mesa baja que estaba delante del sofá.

—Quería asegurarme de que te encontrabas bien —respondió, cruzando el salón para sentarse en una silla cercana a la mesa.

—Podías haber enviado al agente Winston. ¿No es él quien está al cargo de esto?

Le entregó una taza de café solo, sin azúcar. De inmediato, Jake pensó que todavía recordaba sus gustos.

—Bueno, quería asegurarme yo mismo —repitió, observándola por encima del borde de la taza mientras bebía. Estaba azorado, y se decía que había cometido un error al visitarla en persona.

—Pues bien, puedo decirte que ahora mismo me siento furiosa. Indignada de que alguien se haya atrevido a entrar a la fuerza en mi casa, curiosear en mis cosas, arruinar mi trabajo. Y lo peor de todo es que no tengo una sola pista sobre el responsable… —explicó Angelica, muy alterada.

—La furia es mejor compañera que la depresión, o que el miedo —comentó Jake, pensando que estaba preciosa cuando se enfurecía, con sus mejillas ruborizadas y sus ojos brillando como llamas azules.

—¿Miedo? ¿Miedo de que me quede aquí, quieres decir? —vio que asentía con la cabeza, y añadió—: Supongo que no tengo más remedio que seguir adelante, continuar con mi vida…

Eso era lo que había hecho cuando Jake dejó de llamarla para salir, pensó suspirando, ya más tranquila. Había intentado llamarlo un par de veces, pero no se había atrevido. Ansiaba saber lo que Jake había estado haciendo durante los dos últimos años, si acaso la había echado de menos… Pero se negaba a preguntárselo.

—Gracias por el café —Jake se levantó bruscamente—. Me alegro de que estés bien, después de todo —tomó su abrigo.

—Gracias por tu visita —Angelica levantó la barbilla con gesto orgulloso, como había hecho la noche anterior. No iba a estallar en sollozos, suplicándole que se quedara. Dos años atrás, Jake había tomado una decisión; ignoraba el motivo, pero eso no importaba.

Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, cuando le abrió la puerta, no pudo evitar tocarle un brazo, casi de manera inconsciente. Sus dedos hicieron contacto con la manga de su abrigo, sintiendo que sus duros músculos se tensaban de inmediato. Por un instante cerró los ojos, impresionada por la sensación que le atravesaba todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

—Cuídate, Angel —le dijo él con voz ronca antes de marcharse.

Nada de besos, ni de abrazos, ni unas palabras que indicaran un futuro encuentro. Simplemente, «cuídate». Pero ya era más de lo que Jake se había dignado ofrecerle la última vez.

Más tarde, mientras se disponía a acostarse, Angelica no pudo menos que alegrarse de que no haberle dado a Jake ninguna indicación de lo destrozada que le había dejado su inesperada marcha. Intentó sobreponerse a la soledad que la invadió en la gran cama que, una vez, había pensado en compartir con él…

Pero tenía que sobreponerse. Debía hacerlo; tenía demasiadas cosas de las que preocuparse en ese mismo momento para seguir pensando en Jake…

Wyoming presentaba un aspecto encantador. La última tormenta se había adelantado a las navidades y los pronósticos anunciaban

un tiempo frío, sin precipitaciones. La nieve aún no se había derretido.

Lo primero que Angelica hizo al día siguiente fue comprarse un nuevo ordenador. Disponía de otra semana libre antes del comienzo de las clases, y necesitaba prepararse para el curso. Había trabajado muy duro para ganarse aquel trabajo como profesora ayudante en el departamento de matemáticas; tenía intención de esforzarse mucho para no traicionar la confianza que la universidad había depositado en ella.

Después de adquirir el ordenador, Angelica se dirigió a la universidad. Las últimas clases ya habían terminado, pero todavía había estudiantes en el campus, trabajando en sus proyectos de fin de carrera o en sus tesis doctorales, aprovechando el tiempo del que disponían en las vacaciones.

Sonrió mientras se dirigía a su despacho. Sólo unos años antes se había graduado en aquella misma universidad. ¡Cuánto le había gustado estudiar! Tanto que incluso Rafe la había acusado una vez de ser una especie de «estudiante profesional». Pero no era eso; lo que sucedía era que le gustaba el ambiente de

trabajo, el estímulo de la universidad. De hecho, no había tenido ningún problema en pasar de estudiante a profesora ayudante.

El edificio de oficinas se encontraba sumido en un completo e inquietante silencio. Angelica echaba de menos las habituales voces de los profesores y estudiantes, ausentes debido a las vacaciones; incluso el personal administrativo no volvería hasta la semana siguiente. Sus pasos resonaban en los pasillos y en las salas desiertas.

Subió apresurada las escaleras que conducían a su pequeño despacho. De dimensiones tan reducidas que apenas había espacio para su escritorio, los estantes de libros, una pizarra y un par de sillas, aquel minúsculo despacho representaba el primer paso en su carrera hacia la plaza de profesora titular.

Pero, cuando abrió la puerta y entró, se quedó paralizada.

# Capítulo 2

—Quiero hablar con el detective Jake Morgan —declaró Angelica a la tercera voz que se ponía al teléfono. ¿Cómo podía ser tan difícil contactar con Jake cuando se trataba de una emergencia? ¿Acaso la estaba evitando deliberadamente? ¿Le preocuparía que ella pudiera llamarlo con el más leve pretexto, con tal de que pudiera verlo otra vez…?

—Sí, al habla Morgan.

Al escuchar su inequívoco acento del oeste, Angelica se sintió más aliviada de lo que había imaginado.

—Jake, soy Angel. Siento molestarte en tu trabajo, pero… Bueno, quizá esto sea asunto del agente Winston, pero no creo que el ámbito de su patrulla llegue hasta aquí, y la policía del campus me dijo que se encargaría de esto y se pondría en contacto con la policía de la ciudad, así que…

—¡Angel!

—¿Sí? —inquirió, intentando a duras penas dominar sus nervios.

—Aspira profundamente y dime despacio por qué me has llamado. Despacio —le ordenó con voz alta y clara.

—De acuerdo, Jake. Acabo de descubrir que han hecho con mi despacho lo mismo que con mi casa.

—Dentro de diez minutos estaré allí —repuso él, colgando el teléfono.

Lentamente, Angelica dejó el auricular en su lugar, y lanzó una temblorosa sonrisa al guardia de seguridad que aguardaba junto a su escritorio. —Está en camino —le explicó.

—Eso no le va a gustar a la policía del campus, señorita. Dijeron que se encargarían de ello —comentó el hombre con aire taciturno.

—Sí, pero bueno, el detective Morgan es un amigo, un amigo personal… —y estaba empezando a sentir que necesitaba uno. El ambiente de su despacho, con todos los papeles y libros por el suelo, era verdaderamente deprimente. Se levantó y se dirigió a la puerta—. Esperaré fuera a mi amigo —dijo sin esperar su respuesta, deseosa de escapar de allí.

Se sentó en un banco de piedra frente al edificio, ansiando en vano que la caricia del sol de invierno la reconfortara. A pesar de

ello, allí afuera se sentía mejor que dentro de su despacho. Pronto tendría que volver a subir para arreglarlo todo.

Esperaba poder encontrar sus apuntes para las clases de primavera, así como las fichas y expedientes de sus alumnos. Pero, por el momento, sólo quería sentarse al sol y olvidar las escenas de destrucción que había tenido que contemplar desde que volvió de sus vacaciones de Navidad.

Vio el coche de Jake doblar una esquina del campus, para luego detenerse ante el edificio Ross. Jake se dirigió hacia ella nada más salir del vehículo. Angelica podía

distinguir claramente su alta figura moviéndose entre los dispersos grupos de estudiantes; le recordaba a un lobo a la búsqueda de una presa. Pensó que era como el rey de una manada de lobos; dominante, arrogante, confiado y mortal. A su lado, los estudiantes parecían cachorros inofensivos. Pero Jake avanzaba hacia Angelica totalmente despreocupado de su apariencia; toda su atención estaba concentrada en ella.

Ansiando tranquilizarse, Angelica se levantó impaciente del banco y esperó a que se acercara. No podía apartar la mirada de sus ojos oscuros y, por un breve instante, se sintió a salvo, segura. Jake averiguaría lo que estaba sucediendo y lo arreglaría todo. Lo sabía.

Fue él quien primero se acercó a ella, estrechándola contra su duro pecho.

—Oh, Jake —suspiró de alivio, apoyando la frente en su hombro —. Sé que este no es tu caso y que quizá debería haber llamado al agente Winston, pero quería hablar contigo, contártelo a ti…

—Estás temblando —la abrazó con más fuerza.

—Es la última vez que me voy de viaje, te lo aseguro —le confesó, haciendo gala de los últimos restos de humor que le quedaban. Si tenía que ser sincera consigo misma, estaba aterrada.

—¿Dónde está tu despacho? —inquirió Jake, soltándola—. ¿La policía del campus tiene alguna idea de lo que sucedió?

—No saben nada. Mira, es por aquí.

Se quedó momentáneamente desconsolada cuando Jake retiró las manos de sus hombros, pero después la tomó de la cintura y Angelica se apoyó en él, saboreando su fuerza, la seguridad que le infundía. Haciendo uso de todo su valor y determinación, lo guió hasta su despacho.

El guardia de seguridad seguía allí, apoyado contra la pared del pasillo, al lado de la puerta abierta.

—Éste es el detective Morgan, de la policía de Laramie. Quiere ver mi despacho

—le dijo Angelica.

—No hay necesidad, señor. La policía del campus ya ha estado aquí y se ha marchado. El caso está en sus manos —protestó el hombre mayor.

—No quiero interferir —se disculpó Jake, sonriendo—; simplemente me gustaría echar un vistazo. No tocaré nada.

—La policía del campus ya ha examinado el lugar y recogido las huellas que pudiera haber. La profesora ya puede comenzar a ordenarlo todo, si quiere. Yo me quedaré aquí, vigilando hasta que se vaya.

—Muy amable. Pero yo me haré cargo si usted tiene otras cosas que hacer —se ofreció Jake.

Después de lanzar una penetrante mirada a Jake y a Angelica, el hombre asintió.

—Probablemente su presencia le resultará mucho más reconfortante que la mía si hay algún problema —y se despidió de ellos antes de desaparecer por el pasillo.

Jake se volvió entonces hacia la joven, desaparecido todo rastro de su sonrisa anterior.

—Veamos.

Angelica esperó a un lado mientras él se dedicaba a examinarlo todo.

—¿Te falta algo?

—A primera vista, creo que no. Pero tardaré varios días en arreglar todo este desorden. Mucho más que lo que tardé en casa, cuando me lo revolvieron todo.

—¿Han forzado algún otro despacho?

—No. La policía del campus se encargó de comprobarlo cuando vinieron.

Jake se apoyó en el escritorio y contempló la pequeña habitación durante un buen rato.

—Veamos, Angel. ¿Qué es lo que tienes que pueda desear alguien? —le preguntó de repente.

—¡Nada!

—Un asalto a tu casa y otro a tu despacho en la misma semana. Es demasiada coincidencia. Debes de poseer algo que alguien ansia desesperadamente.

—No —paseó la mirada por el desorden reinante antes de mirar su ordenador, pensativa. Al contrario que el que tenía en casa, no había sufrido ningún daño—.

Pero supongo que alguien debe de pensar que sí.

—¿Algo como qué?

Angelica dudó. Sabía que podría confiarle su propia vida a Jake, si fuera necesario, pero no sabía si tenía derecho a contarle algo antes de hablar con su jefe.

—Bueno, la verdad es que necesito hablar con otra persona.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? Me llamaste a mí en el mismo momento en que te viste en problemas. ¿Y ahora quieres hablar con otra persona? ¿Con quién?

—No puedo decirlo —tragó saliva. Su tensión crecía por momentos bajo su intensa y furiosa mirada. Debería haberlo previsto y, como medida de precaución, haber llamado para conseguir una autorización de sus superiores. Al menos, debería haberles notificado lo sucedido. El problema era que jamás se había imaginado que alguien podría pensar que guardaba consigo materiales confidenciales.

—¿No te parece un poco tarde para pensar en tu novio? —le espetó Jake.

—¿Mi novio? —parpadeó asombrada, preguntándose si estaría bromeando.

Hacía dos años que salía con nadie, y Jake pensaba que tenía un novio… Pero, aunque así fuera, ¿qué podía importarle eso a él? Ya le había dejado suficientemente claro que no quería tener nada que ver con ella en ese aspecto. ¿Y qué pasaba con Diane?

Jake se le acercó y la agarró de los hombros, atrayéndola hacia sí. La mirada de sus ojos oscuros era dura e implacable.

—Yo soy a quien has llamado primero, corazón. Soy el único que puede ayudarte, y no ese tipo del que ahora te estás acordando.

Angelica lo miró asombrada, sintiendo la caricia de su aliento en la mejilla. Se humedeció los labios con la lengua, ansiando que la besara como lo había hecho antes, hacía ya tanto tiempo… Si se acercaba sólo unos centímetros más, podría acariciarle los labios

con los suyos, saborearlos de nuevo, absorber la calidez de su cuerpo durante otro segundo de eternidad.

—Es material clasificado —le confesó de repente, reuniendo todas sus fuerzas para guardarse de cubrir la mínima distancia que los separaba. El deseo inundaba todo su cuerpo, la sangre corría ardiente por sus venas, el pulso acelerado amenazaba con ensordecerla.

El tiempo quedó en suspenso y el mundo se redujo al espacio que abarcaban los dos, perdido el uno en la mirada del otro, con sus corazones latiendo al unísono. Fue Jake quien primero se movió, apartándose de ella.

—¿Clasificado?

—Sí. Hace como un año y medio, me contrató el Comando Estratégico del Aire, en la base aérea de Warren, para realizar trabajos de criptografía —explicó Angelica, refiriéndose a la base más cercana a Cheyenne.

—¿Descifras códigos?

—Me dedico a traducir los mensajes a claves, más que a descifrarlos —sonrió—.

¿Sabes? Eso tiene mucho que ver con las matemáticas.

—¿Y crees que alguien puede estar buscando esos códigos?

—Eso sería una verdadera estupidez. Yo nunca me llevo nada de allí, y mucho menos lo dejo al descuido en mi casa o en mi despacho.

—Ese tipo, quienquiera que sea, no tiene por qué saber necesariamente eso.

—Entonces, no puede ser muy listo. Considero como más probable tu teoría de los estudiantes. Pero supongo que debería informar a mi jefe de lo sucedido.

—¿Con qué frecuencia trabajas allí?

—Eso depende de ellos. Terminé mi último encargo justo antes del Día de Acción de Gracias. Todavía no me han asignado otro —respondía mientras se disponía a llamar por teléfono.

—¿Cómo empezaste a trabajar para ellos? —le preguntó Jake, apoyándose en la pared con los brazos cruzados.

—Se recibió una oferta en la universidad. Les envié mi curriculum y me contrataron.

—¿Cuándo? —inquirió, mirándola con gesto concentrado.

—Hace año y medio, ya te lo dije —de repente, Angelica se sintió como si estuviera en un interrogatorio. ¿Por qué? Ella no había hecho nada malo…

—¿No fue en aquella época cuando te mudaste de casa?

—Pude permitírmelo gracias al dinero extra que gané con eso —frunció el ceño y marcó el número. Volviéndose ligeramente para que Jake no pudiera escucharla, pidió hablar con el oficial de guardia y le pusieron con el coronel Schaefer.

Rápidamente le explicó lo que había sucedido, y le comentó la teoría de Jake acerca de un estudiante descontento como posible explicación.

—¿Y bien? —inquirió Jake cuando Angelica colgó.

—Me ha dicho que le mantenga informado. Por el momento, quiere que todo quede en manos de civiles. Sobre todo, cuando sabe que ningún material ha sido sustraído de la base.

—¿Qué sucedió hace un año y medio para que cambiases de vida, te mudaras a otra casa y te comprometieras en otro trabajo? ¿Algún desengaño amoroso?

Angelica levantó la mirada hacia él, y luego sacudió la cabeza con gesto defensivo. No iba a darle la satisfacción de saber lo mucho que la había herido cuando se marchó. No le daría ni una sola pista.

—Nada especial; sólo quería cambiar de aires. Mira, necesito arreglar todo este caos. Creo que no debía haberte llamado; el guardia de seguridad tenía razón. La policía del campus…

Jake le puso entonces un dedo sobre los labios, acallándola. Angelica se estremeció, retrocediendo para romper el contacto.

—Te irás a casa. Este edificio está prácticamente desierto y no voy a dejarte sola aquí. Recoge lo que necesites y nos marcharemos.

—Me había olvidado de lo mandón que eras —rezongó, arrodillándose para recoger los papeles que se llevaría a casa. Pasaría toda aquella tarde intentando ordenarlos; y todavía tenía que preparar las lecciones del curso.

—¿Mandón? Vaya, y eso lo dice la prima donna, que esperaba que cada hombre con quien se encontrara se desviviese por agradarla.

—Eso no es verdad. Si el hombre en cuestión se desvivía por eso, ¿quién era yo para impedírselo?

La sonrisa que esbozó Jake la dejó desarmada; lenta y sexy, excitó al máximo sus sentidos. Angelica reaccionó como si la hubiese tocado. Se sorprendió a sí misma sonriéndole en respuesta mientras sentía con toda su fuerza la atracción física que los ligaba.

—Ya, bueno, quizá no necesitaban que tú los estimularas. Bueno —Jake decidió cambiar de conversación—, ¿qué piensas hacer con todos estos papeles? —inquirió, arrodillándose a su lado.

—Llevármelos a casa para ordenarlos. No puedo empezar a trabajar la próxima semana con todo este desorden.

—Espera a que vuelvan los trabajadores del edificio.

—No; puedo adelantar mucho durante los días siguientes.

—Mañana es Nochevieja.

—¿Y qué? —inquirió Angelica. Al recordar la fiesta y la cita que Jake tenía con Diane, deseó con todas sus fuerzas que no lo hubiera mencionado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Tienes alguna cita amorosa?

La joven sacudió la cabeza, con la mirada fija en las hojas que iba clasificando.

Se esforzaba por adoptar una expresión natural, mientras pensaba que no debería haber llamado a Jake.

—¿No es una cita amorosa? —insistió él, tomándola de la barbilla para obligarla a que lo mirara.

—Ni amorosa ni de ningún otro tipo —respondió en un murmullo.

Jake le acarició delicadamente el labio inferior con el pulgar.

—Angel, cariño, te aseguro que ese tipo no vale la pena.

Angelica apenas podía pensar. Su caricia la estaba volviendo loca… loca de anhelos y ansias.

—¿Quién? —susurró, hipnotizada por el contacto de su dedo pulgar, por el calor y el aroma que emanaban de su cuerpo. Quería pasar el resto de su vida en compañía de aquel hombre.

—El bastardo que te hizo tanto daño. No te escondas del mundo por su culpa.

Angelica parpadeó asombrada y se sentó sobre sus tobillos, apartándose de él.

Lo observó con precaución. ¡Jake ignoraba por completo que era él el hombre que tanto daño le había hecho! Apenas podía creerlo. Casi le entraban ganas de reír… o de llorar.

Levantándose, recogió los papeles que había elegido.

—No necesitas preocuparte por mí, Jake. Me las arreglo muy bien. Me gusta la vida que llevo —mintió. Dejó caer el montón de papeles sobre el escritorio y se puso a recoger más frenéticamente.

—Angel…

—De verdad, Jake, estoy bien. No te preocupes y diviértete mañana con Diane

—cerró los ojos angustiada. No había dicho eso, ¿o sí? ¿Por qué no se la tragaba la tierra en ese mismo momento?

—¿Qué es lo que sabes de Diane? —le preguntó él con tono tranquilo.

—Algo he oído. Bueno, ya estoy lista. Me voy a casa; no tienes por qué preocuparte. Ya tengo una cerradura nueva y esos chicos malos no volverán. No tengo dentro nada que pueda interesarles y…

—Te acompañaré a casa —de nuevo la acalló poniéndole un dedo sobre los labios.

Angelica permaneció en silencio mientras caminaban por los pasillos desiertos.

Jake le abrió la puerta del coche con gesto caballeroso, y ella le dio las gracias con frialdad; ansiaba llegar cuanto antes a su casa y encerrarse allí, sola.

Jake la siguió a bordo de su coche durante el corto trayecto hacia su casa.

Cuando llegaron, la ayudó con los papeles y la acompañó hasta la entrada. En otras circunstancias, Angelica habría acogido con satisfacción sus atenciones, pero en ese momento deseaba que se marchara cuanto antes.

—Gracias por haberme acompañado —le dijo, negándose a mirarlo a los ojos.

—Llámame si vuelve a suceder algo —le ordenó.

—¿Qué otra cosa podría suceder? —inquirió ella, encogiéndose de hombros.

—¡Simplemente llámame!

Angelica aspiró profundamente, asintiendo, con la mirada fija en el nudo de su corbata.

Pero, cuando él le tomó el rostro entre las manos y la obligó a que lo mirara, se sintió perdida. Jake la besó con una ternura no

exenta de firmeza, en una caricia que la dejó hechizada. Angelica respondió de forma instantánea, como una lata de gasolina inflamada por un fósforo. Un ardor interior amenazaba con consumirla.

Quería más, ansiaba abuzarlo y estrecharlo con fuerza contra su cuerpo. Anhelaba que la acariciara con manos ardientes que descubrirían sus secretos y le enseñarían a ella otros nuevos. Lo deseaba desesperadamente.

Pero Jake se retiró después de darle un rápido beso, con expresión inescrutable.

—Feliz Año Nuevo, Angel —le dijo.

Angelica lo observó marcharse, con las mejillas ardiendo y el corazón acelerado.

Deseaba tener el coraje suficiente para pedirle que volviese, pero sabía que eso no sería posible. Después de todo, hacía dos años que Jake la había abandonado. Nada había cambiado desde entonces. Lentamente, entró en la casa.

Pasó los dos días siguientes ordenando papeles. En los montones de documentos que había recogido encontró apuntes de clases, expedientes de estudiantes y recortes de periódicos, todo mezclado; clasificarlo la mantendría muy ocupada y la ayudaría a no pensar en Jake.

La noche del último día del año se acostó poco después de las diez. Intentando desesperadamente no imaginarse a Jake con su pareja en alguna fiesta, intentando fingir que no la importaba pasar sola un año más una noche como aquella, se fue a la cama con una novela de misterio que llevaba tiempo deseando leer. Pero no logró mantenerse durante mucho tiempo despierta. Al fin se quedó dormida, y las imágenes sugeridas por la novela se mezclaron con las de Jake en la fiesta.

De repente, sonó el teléfono. Parpadeando, Angelica se despertó y descolgó el auricular. Frunció el ceño. Era más de medianoche. Se había quedado dormida con las luces encendidas.

—¿Hola?

—Feliz Año Nuevo, Angel —aquella profunda voz familiar la estremeció de los pies a la cabeza.

—Feliz Año Nuevo, Jake —repuso suavemente, cerrando los ojos para saborear la inefable sensación de felicidad que le había

producido esa llamada—. ¿Dónde estás?

—En el baile de la policía. ¿Y tú?

—En la cama.

—¿Sola?

Angelica soltó una risita nerviosa, pero luego tuvo que morderse el labio para no llorar.

—Sí, pero eso no es asunto tuyo. Y tú estarás con Diane, supongo…

—Le había pedido hace tiempo que me acompañara. Es simplemente una amiga, Angel.

Angelica se sobrecogió de repente. Jake no era un hombre acostumbrado a dar explicaciones. ¿Por qué entonces le estaba diciendo aquello? Dos años atrás sí que le habría gustado recibir una explicación. ¿Cómo esperaba que reaccionara?

—¿Es divertida la fiesta?

—Ya sabes cómo son estas cosas. Empiezan bien, luego, la gente se va aburriendo.

—¿Diane trabaja en el departamento de policía?

—En realidad, no tienes ningún interés por saber nada de Diane, Angel.

¿Estabas dormida?

—No. Estaba leyendo.

—¿Una novela de misterio?

—Por supuesto.

Angelica pudo escuchar a alguien llamando a Jake. A juzgar por su tono, aquella mujer debía de estar divirtiéndose mucho.

—Tengo que irme.

—Feliz Año Nuevo, Jake. Gracias por la llamada.

Angelica se quedó sumida en una total confusión. ¿Por qué la había llamado Jake? Si casualmente él no se hubiera enterado de que habían asaltado su casa, jamás habría vuelto a verlo de nuevo.

Sin embargo, le había hecho una llamada muy personal, para desearle un feliz año nuevo pasada la medianoche. Y sobre todo cuando, en ese mismo momento, se encontraba con otra mujer.

Dos días más tarde, la universidad reanudó sus clases. Angelica se fue al trabajo temprano, deseosa de ordenar su despacho una vez que todo el mundo había vuelto a sus ocupaciones. El edificio resonaba con las voces y las risas de los estudiantes.

Aquel bullicio le resultaba reconfortante. Aliviada, se dedicó a ordenar aquel caos, decidida a terminar lo antes posible.

Miraba su reloj de vez en cuando. Enjugándose el sudor de las manos en sus pantalones de lana, miró fijamente el teléfono. Había pensado en invitar a Jake a cenar, para agradecerle su ayuda por haber acudido a su rescate, para hablar con él…

Pero antes debía reunir el valor suficiente para llamarlo. Se le había ocurrido aquella idea cuando se despertó el día de Año Nuevo. Su primera intención había sido la de llamarlo en aquel mismo momento, pero luego había decidido esperar. No quería que Jake viese en su gesto más de lo que simplemente era: un sencillo encuentro para darle las gracias por su ayuda.

Pero, si eso era únicamente lo que pretendía, quizá lo mejor fuera enviarle una carta de agradecimiento. ¿Durante cuánto tiempo permaneció mirando fijamente el teléfono. Se atrevió a lanzar otra mirada a su reloj. En ese momento, Jake debía de encontrarse en el trabajo, si no había salido. Era el mejor momento para llamar.

Al fin marcó el número. Aspirando profundamente, forzó una sonrisa esperando adoptar un tono natural y desenfadado cuando le hiciera la invitación.

—Morgan al habla.

—Jake, soy Angel.

—¿Han vuelto a entrar en tu piso? —preguntó él, después de un breve y extraño silencio. —No. Todo va bien. De hecho, te llamaba para invitarte a cenar este viernes —dijo atropelladamente y en seguida maldijo en silencio; había querido adoptar un tono casual, pero ya era demasiado tarde. Contuvo el aliento, a la espera de su respuesta.

Transcurrió otro momento de silencio. Angelica podía oír el acelerado latido de su propio corazón. La radiante sonrisa que había esbozado se evaporó de repente.

—No puedo, Angel, pero gracias de todas formas —dijo Jake al fin.

—De acuerdo. Sólo era una idea que se me había ocurrido. Quería darte las gracias por haber venido cuando te llamé desde la universidad. No hay problema —añadió decepcionada.

—Eso forma parte de mi trabajo.

—Claro. Gracias de nuevo.

Y colgó el auricular, diciéndose que había vuelto a hacer el ridículo. Levantó la mirada al techo, parpadeando furiosa. No quería echarse a llorar. Ya estaba acostumbrada a esa opresión familiar que sentía en el pecho, pero todavía le dolía. Y

después de las atenciones que Jake le había prodigado durante los últimos días, el dolor era aún mayor.

En ese momento, sonó el teléfono. Dio un respingo al oírlo y lo miró resentida.

Tomó su bolso y su libro de notas y decidió dejarlo sonar mientras salía para dar su primera clase. Todavía no era la hora, pero así aprovecharía para apuntar algunos problemas en la pizarra antes de que entraran sus alumnos. Tenía trabajo que hacer;

no tenía sentido seguir preocupada por un hombre que ya la había rechazado una vez, cuando la abandonó sin darle ninguna explicación.

Jake se preguntaba dónde podría estar Angelica. Acaba de recibir una llamada suya… ¿acaso no se encontraba en el trabajo? Colgó con fuerza el auricular. La idea de cenar con ella no tenía ningún sentido. Eso le recordaría con demasiada claridad las otras cenas que habían compartido, las otras veladas que habían pasado juntos.

Pero antes había detectado un ligero tono de decepción en su voz. Y por nada del mundo querría hacerle ningún daño.

# Capítulo 3

Angelica reconoció el coche de Jake tan pronto como llegó ante su casa. ¿Qué estaría haciendo allí? Pensó que antes, por teléfono, le había dejado muy clara su intención de no volver a verla. ¿Y ahora qué? ¿Se trataría de algo relacionado con la investigación?

Le habría gustado dar media vuelta y huir a toda velocidad de allí, pero sabía que eso sería una estupidez.

Jake había salido de su coche mientras ella vacilaba, y fue a buscarla para abrirle la puerta del suyo. La joven no pudo evitar un estremecimiento.

—Angel.

—Hola, Jake. ¡Qué sorpresa! ¿Vas a contarme alguna noticia acerca de la investigación? Yo creía que el agente Winston era el encargado de esas cosas, yo…

—Angel, cállate. Hablas demasiado cuando te pones nerviosa, ¿sabías eso?

Lo miró fijamente. Claro que lo sabía. Pero no le gustaba que él se lo recordara.

—¿Por qué habría de estar nerviosa?

—Dímelo tú.

—Si lo estuviera, sólo podría ser por los problemas que he tenido últimamente.

¿Es acaso frecuente que una persona se encuentre con que le han asaltado la casa y el despacho en el lapso de una semana? Me alegro de haberme llevado el coche, porque probablemente también me lo habrían…

De repente, Jake se inclinó sobre ella y la besó, acallando todas sus protestas.

Lentamente, como si estuviera sumida en un trance, Angelica dejó caer los libros, el maletín y el bolso. Luego deslizó las manos por su cuello, atrayéndolo más hacia sí.

Jake la abrazó con fuerza y le acarició los labios con los suyos hasta que logró que los entreabriera. Cuando Angelica sintió el contacto de su lengua, gimió suavemente. Ansiaba más. Estaba perdiendo todo control de sí misma y no le importaba.

En el momento en que Jake se apartó un poco de ella, Angelica

se dio cuenta de que tenía abierto el abrigo, al igual que él. Sin darse cuenta se habían librado de aquella barrera para intensificar más su contacto.

—No te pongas tan nerviosa cuando me veas —la voz de Jake era profunda y seductora. Su aliento le acariciaba los labios húmedos, protegiéndolos con su calor del frío de la noche.

—Jake, no estoy nerviosa. Sólo te estaba diciendo que…

De nuevo la acalló con un beso, que profundizó aún más hasta que Angelica perdió toda noción de la realidad y se olvidó de lo que estaba haciendo. La única realidad que existía para ella era Jake. Se apretó más contra su cuerpo y le acarició los labios con los suyos, moviendo la lengua con un ritmo tan viejo como el tiempo. Su

calor la abrasaba y sentía deseos de deshacerse del abrigo. No parecía sentir el frío del invierno, ni el duro suelo de cemento bajo sus pies. Creía flotar en una cálida nube de inefables sensaciones.

—Siempre ha sido así entre nosotros —susurró Jake, levantando las manos para acunarle el rostro, depositando pequeños besos en sus labios, en sus mejillas, a lo largo de su cuello.

—Siempre ha sido maravilloso —repuso Angelica, con la mirada nublada de placer. Podría seguir allí para siempre. ¿Sería capaz de nacerlo él?

—No he venido para esto —declaró Jake, antes de apoderarse de nuevo de sus labios. No pudo evitar preguntarse si estaría mintiéndose a sí mismo. Tenso, con actitud reacia, la soltó dejando caer las manos a los lados.

Angelica parpadeó asombrada, volviendo de repente a la realidad.

Avergonzada, se agachó para recoger los libros y el bolso. Luego, después de sacar sus llaves, se volvió para dirigirse hacia la puerta, consciente de la presencia de Jake a su espalda.

—¿Por qué has venido exactamente? —le preguntó, manteniendo bien alta la cabeza. No iba a pedirle disculpas; después de todo, era él quien la había besado. Ella sólo se había dejado llevar por aquella tumultuosa y enloquecida sensación de placer.

Todavía podía sentir su calor. Una vez dentro, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero.

Jake entró con ella y cerró la puerta con firmeza a su espalda.

Cuando Angelica se volvió hacia él, vio que la observaba fijamente.

—¿Y bien?

—He venido para ponerte al corriente de los progresos que hemos hecho —respondió con tono tranquilo.

Por alguna razón, Angelica se preguntó si eso sería verdad, o si sólo se trataría de una falsa excusa.

—Yo creía que el agente Winston era el único que estaba a cargo de esta investigación —se sentó en una silla del salón, indicándole que tomara asiento.

Jake aceptó y Angelica advirtió que no se había quitado su grueso abrigo.

Obviamente, no pensaba quedarse mucho tiempo allí.

—Sí, Pete está al cargo. Pero él me ha puesto al corriente y yo le dije que te informaría en persona.

—¿Por qué? —inquirió nuevamente Angelica.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te has tomado tú esa molestia? El agente Winston podría haber hecho ese trabajo. Creo que me has dejado suficientemente claro que tú y yo no tenemos nada que decirnos.

Jake se pasó una mano por el cabello y se inclinó hacia adelante, deseando zarandearla por mostrarse tan evasiva con él, por ser tan condenadamente hermosa y

por estar allí sentada prácticamente ordenándole que abandonara su casa. Hacía tan sólo unas horas le había invitado a cenar, y ahora se mostraba tan fría como el hielo.

—Estuvimos hablando con el oficial que está al cargo de la base, y conseguimos una lista de la gente que tenía alguna idea del proyecto en el que estabas trabajando.

Luego, nos pusimos en contacto con la universidad, donde nos facilitaron otra lista.

Hemos estado investigando los nombres de ambas listas para ver si alguien necesitaba conseguir dinero fácil y rápido y, en consecuencia, pudiera estar interesado en hacer algún pequeño trabajo de espionaje. Hemos intentado averiguar quién podía saber que tenías acceso a material clasificado, y que te habías ausentado durante las vacaciones de Navidad.

—Dios mío, ¿has estado investigando a mis amigos? —le preguntó, incrédula—.

¿Por qué no publicaste un anuncio en el periódico: que se presente todo aquel que conozca a Angelica Carstairs, porque es sospechoso de…

—¡Basta ya, Angel! Éste es un trabajo rutinario de la policía y, por ahora, no ha dado ningún resultado. Pero quería que supieras que estamos haciendo todo lo posible por capturar a ese tipo.

—Para decirme eso te habría bastado con una llamada de teléfono —Angelica se estaba poniendo enferma. Jake se había presentado en su casa para ponerle al tanto de las investigaciones. Ignoraba por qué la había besado, pero apostaría hasta su último dólar a que no había esperado que respondiera con tanto ardor. Estaba profundamente avergonzada; pero se mantendría en guardia hasta que se marchase de su casa.

—Quería verte —reconoció Jake.

—Ésa no es la impresión que me diste esta mañana por teléfono —Angelica desvió la mirada, recordando lo mucho que le había dolido su rechazo.

—Sí, bueno, la razón por la que no quería salir a cenar contigo es porque no quería montar una escena en público, como la que hemos montado a la puerta de tu casa. Para eso no hay ningún futuro.

«¿Por qué no puedes amarme?», le preguntaba Angelica en silencio. Apretando los dientes, hizo un esfuerzo por tragarse esas palabras.

—¿Has visto a alguien sospechoso rondando tu casa, o tu despacho?

—El agente Winston también me preguntó eso. No, no he visto a nadie. Y me aseguraré de hacérselo saber cuando suceda.

—¿A él, y no a mi? —inquirió Jake.

—Todavía está a cargo de este asunto, ¿no? —«márchate ya. Déjame sola de una vez», ansiaba gritarle. Era una tortura tenerlo tan cerca después de haber compartido los últimos besos, y oírlo decir que no existía ningún futuro para ellos.

—Sí, él es el único que está al cargo de esto —Jake se levantó y lentamente se inclinó hacia ella para acariciarle con ternura los labios levemente inflamados—. No te habré hecho daño, ¿verdad?

Angelica negó con la cabeza. «No de la manera que tú crees», pensó. Con un suspiro exasperado, Jake se irguió y se dirigió hacia

la puerta.

—No hace falta que me acompañes.

Angelica se quedó inmóvil, observándolo marcharse. Luego escuchó el ruido de la puerta cuando la cerró a su espalda. Cerrando los ojos, se imaginó que todavía seguía con ella. Aquélla iba a ser una noche muy larga.

Y así fue. Poco después de medianoche, todavía seguía sin dormirse. Gimiendo frustrada, cambió de posición en la cama por enésima vez. La escena que había tenido lugar aquella tarde entre ellos volvía una y otra vez a su mente. No podía olvidar la maravillosa sensación de sentirse de nuevo en sus brazos, el placer que le habían dado sus besos, la caricia de sus manos en su rostro… Pero había ansiado más. Mucho más.

Pensó que, al paso que iba, al amanecer todavía seguiría dando vueltas en la cama. ¡Tenía que conseguir dormir un poco! A las ocho de la mañana tenía una clase de matemáticas.

Apartando las sábanas, se levantó apresurada. Quizá un vaso de cacao o una copa de brandy la ayudarían a relajarse. Lo que realmente necesitaba era quitarse a Jake de la cabeza. Pero no parecía nada probable que pudiera conseguirlo.

Recorrió el corto pasillo y llegó a la puerta de la cocina en el mismo instante en que oyó el ruido del cristal de la ventana al romperse. Sobrecogida de terror, pulsó rápidamente el interruptor de la cocina.

Todavía alcanzó a ver una mano en la ventana, antes de que se retirara rápidamente. La sorpresa la dejó paralizada durante un buen rato, y luego se dirigió apresurada al teléfono para llamar a la policía.

Con la mayor tranquilidad de que fue capaz, explicó la situación al oficial de guardia, que le prometió ayuda inmediata. Poco después de colgar, oyó la sirena del coche patrulla. Pensó que debía de haber ahuyentado al intruso, pero no estaba segura. Tomó su abrigo y se dirigió a la puerta principal, tensa y alerta.

Segundos más tarde, oyó unos fuertes golpes en la puerta. Abrió con rapidez y prácticamente se echó en brazos del agente de policía.

Menos de media hora después, las cosas ya habían vuelto a la normalidad. El agente ya había arreglado la ventana y examinado los posibles rastros del intruso; además, había enviado a una

patrulla para que vigilase el barrio hasta la mañana siguiente. El ruido había despertado a los Benson, los vecinos de Angelica, que, al enterarse de lo sucedido, insistieron en que pasara aquella noche con ellos.

La joven aceptó agradecida. Por un instante estuvo a punto de llamar a Jake, pero resistió la tentación. Recogió sus cosas y cerró con llave el apartamento, preguntándose si no la convendría mudarse; si continuaba aquel acoso, tendría que hacerlo.

Poco después, acurrucada en la cama que le habían ofrecido los Benson, Angelica se preguntó seriamente qué podría querer de ella la persona que había

asaltado dos veces su casa en los últimos días. No guardaba consigo ningún material confidencial, ni exámenes finales, ni joyas… Estaba absolutamente perpleja.

Luego se preguntó por lo que haría Jake cuando se enterara de lo sucedido aquella noche. Realmente no necesitaba su ayuda. Los otros policías de la ciudad también eran muy competentes. Y mucho menos peligrosos para su equilibrio emocional. La última noche, Jake había vuelto a mencionarle que no existía ningún futuro para su relación. No conseguiría nada, excepto llevarse un nuevo desengaño, si continuaba viéndolo.

Decidió que, si necesitaba ayuda, llamaría a alguno de sus hermanos y prescindiría de Jake. Una vez tomada esa firme decisión, intentó conciliar el sueño.

Al día siguiente, volvió a su casa para vestirse antes de salir para la universidad. En la puerta se encontró con el agente Winston, que había revisado el informe elaborado por la patrulla de la noche anterior.

—No sé si es muy seguro que continúe viviendo sola en esta casa —le comentó

—. ¿No dispone de algún otro lugar donde pueda quedarse hasta que encontremos a ese tipo? ¿En casa de un amigo, de un pariente?

—¿De verdad piensa que corro un peligro real? —le preguntó Angelica.

—El asaltante tenía que saber que usted se encontraba en casa anoche. Eso hace que la situación se vuelva más peligrosa. Parece que nuestro amigo está cada vez más desesperado.

—Tengo algunos amigos en cuyas casas podría quedarme un par

de noches.

Pero no puedo mudarme con carácter indefinido.

—Veremos si podemos conseguir alguna pista de la entrada de anoche. Hasta entonces, señorita Carstairs, le sugiero que se busque otra casa para pasar allí los próximos días.

La conversación con el agente Winston la hizo perder mucho tiempo, y los martes eran los días de trabajo más pesados. Tuvo que correr para llegar a su primera clase, y no pudo prepararla bien. Además, no podía dejar de pensar en el acoso que estaba sufriendo.

Mientras comía rápidamente, se preguntó a cuál de sus amigos podría pedirle que la alojara en su casa durante unos días. Sandy era la más indicada, ya que no vivía con su familia. Su hermano Kyle vivía demasiado lejos y todavía seguía tratándola como si fuera una niña, y Angelica quería mantener a toda costa su independencia. Sin embargo, luego pensó que el hecho de dejar su propia casa desatendida sería como un invitación para que el intruso lo intentara de nuevo. ¿Qué podría querer de ella?

La última clase del día era de cálculo avanzado. Angelica acababa de escribir una compleja fórmula en la pizarra cuando vio de reojo que alguien abría la puerta del aula. Jake Morgan cruzó la sala y se quedó de pie apoyado en la pared del fondo.

Angelica tragó saliva, nerviosa, perdiendo por un momento el hilo de su explicación.

Se preguntó qué estaría haciendo Jake allí. Algunos estudiantes se volvieron para mirar con curiosidad al recién llegado, que había ocasionado esa momentánea

distracción a su profesora. Aspirando profundamente, Angelica se recuperó y continuó con sus explicaciones. Durante todo el tiempo, fue consciente de la firme mirada de Jake fija en ella.

¿Qué estaría haciendo allí?, se preguntaba Angelica sin cesar. Iba completamente vestido de negro. Después de quitarse la chaqueta y dejarla sobre el respaldo de un asiento, cruzó los brazos sobre su pecho musculoso y continuó mirándola fijamente.

La joven apenas lograba concentrarse. Al final, tuvo que renunciar y dio por terminada la clase diez minutos antes de lo previsto. Lentamente, la sala se fue vaciando, hasta que sólo quedaron Angelica y Jake. Consciente de que seguía apoyado en la pared del fondo, observándola, la joven hizo todo lo posible por

ignorarlo y se dedicó a borrar lo que había escrito en la pizarra.

Al fin, Jake se apartó de la pared y avanzó hacia ella con paso firme y tranquilo.

Angelica se volvió para verlo acercarse, con el corazón latiendo acelerado. «Dios, qué peligroso es», pensó de inmediato. Sus brillantes ojos oscuros parecían hipnotizarla.

Mantenía los dientes apretados, y un músculo latía en su mandíbula. Angelica bajó la mirada a sus labios y, de manera involuntaria, se humedeció los suyos con la lengua.

Jake se detuvo cerca de ella, tan cerca que la joven podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, aspirar su esencia masculina. Un aroma que podría reconocer en cualquier lugar, en cualquier ocasión. Angelica se sentía como una mariposa atraída por una llama. Sabía que acabaría abrasándose, pero no podía evitarlo. Tenía que acercarse a aquella llama, a aquel calor.

—Estás en grandes problemas, mi pequeña dama —gruñó él.

Sintiéndose desafiada, Angelica lo miró con expresión altanera y le advirtió, clavándole el dedo índice en el pecho:

—No soy una «pequeña dama». Mido un metro setenta y cinco.

Jake se apoderó de su dedo y se lo llevó a los labios, para después acariciarle la punta con la lengua. Angelica sintió que le flaqueaban las piernas y, lentamente, se fue acercando a él.

—No eres pequeña… —le comentó antes de besarle la palma de la mano, atrayéndola hacia sí—… pero definitivamente eres una dama —se inclinó para acariciarle los labios con los suyos.

—Jake, no puedes entrar en mi clase así como así y trastornarlo todo…

—Discúlpeme, profesora, pero me he limitado a entrar y a mantenerme al margen. En ningún momento he abierto la boca —con su mano libre le acarició el cuello y la nuca, mientras que con la otra la acercaba más hacia sí, manteniéndola cautiva.

—Yo… —sabía que tenía razón. Jake no había hecho nada salvo presentarse de repente. El único trastorno que había causado era la reacción que había experimentado ella misma al verlo. Estaba teniendo problemas para pensar. En contacto tan íntimo con su cuerpo, le resultaba difícil incluso respirar.

Jake la obligó a levantar la cabeza y, con un leve gemido, deslizó los labios por la tersa piel de su cuello. Angelica se

estremeció, acercándose más hacia él, tomándolo por la cintura. Temblaba de deseo; un extraño calor se iba apoderando de su cuerpo. Las piernas apenas la sostenían, incapaces de soportar su peso.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —le preguntó Jake, mirándola con los ojos brillantes.

Angelica parpadeó asombrada e intentó apartarse, pero él se lo impidió.

—Te dije que me llamaras en caso de que sucediera algo. Dios mío, ¿cómo crees que me sentí al enterarme esta mañana por Pete de que habían vuelto a entrar en tu casa?

—No hay necesidad de que te impliques en esto —replicó Angelica, sintiéndose algo decepcionada. ¿Acaso Jake sólo había ido a buscarla movido por su sentido del deber?—. Además, no hubieras podido hacer nada; los policías de la patrulla ya se encargaron de todo. Pasé el resto de la noche en casa de los Benson.

—Claro que hubiera podido hacer algo. Exactamente lo mismo que voy a hacer ahora —repuso Jake, soltándola y volviéndose hacia su mesa de escritorio—. ¿Estos son todos tus papeles?

Su repentino cambio de tema la sorprendió.

—Sí, pero…

—¿Dónde los guardas? —inquirió él, mientras recogía papeles y carpetas.

—En mi despacho, pero yo puedo recogerlo todo, no…

Jake ya se dirigía al fondo del aula, cargado con sus cosas. De camino hacia la puerta, recogió la chaqueta que había dejado sobre una de las sillas.

—Claro que sí. Vamos. Tenemos muchas cosas que hacer.

—¿De qué estás hablando? —casi tuvo que correr para alcanzarlo.

Una vez en su despacho, Jake dejó su carga de papeles y carpetas sobre su escritorio y se volvió para tomar a Angelica del brazo. —Vámonos.

—Espera un minuto. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿A dónde me quieres llevar?

—Voy a sacarte de Laramie durante un par de días. Es demasiado peligroso que te quedes aquí, con ese tipo rondando tu casa por las noches.

—No voy a ninguna parte contigo. Me quedaré en casa de Sandy durante un par de días…

—Ya, Pete me dijo que te habías comprometido a quedarte en casa de otra persona. Llámala y cancélalo.

—No me he comprometido a nada, yo…

—Estupendo, entonces no hay problema. ¿Necesitas llevarte algo de aquí?

—¡Espera! No iré a ninguna parte contigo —estaba atónita ante la perspectiva de pasar varios días sola con Jake. A pesar de que ciertamente le gustaba la idea, sería un suicidio emocional. Pese a todo, no podía evitar escuchar lo que él tenía que decirle—. ¿A dónde? —le preguntó.

—Tengo una cabaña en las montañas —respondió, esbozando una lenta y seductora sonrisa—, a un par de horas de aquí en coche. Pasaremos el fin de semana en ella. De esa manera, daremos tiempo a Pete y a sus hombres para que puedan seguir algunas pistas sin que tú corras peligro.

—¿Qué pistas?

—Tuvimos suerte. Tienes en tu barrio a una nueva mamá que acababa de dormir a su pequeña cuando oyó el ruido del cristal al romperse. Se asomó a la ventana y alcanzó a ver al intruso. Incluso fue capaz de darnos una descripción aproximada de su coche. Lo agarraremos, Angel. Sólo necesitamos algo de tiempo.

—Entonces, estaré bien en casa.

—No. Te vienes conmigo.

Agarrándola del brazo, tiró de ella suavemente y la joven tuvo que ceder. —No podemos marcharnos ahora… todavía estamos a martes —protestó, intentando frenéticamente encontrar algún motivo convincente que echara a perder su plan. No se atrevía a revelarle a Jake lo que sentía. Tenía que comportarse racionalmente, con calma, y encontrar alguna manera de permanecer lo más posible alejada de él.

—Ésta era tu última clase de la semana, ¿verdad?

—Sí, ¿pero qué pasa con tu trabajo?

—Me estoy tomando unos días de vacaciones. Hace años que no lo hago.

—¿Por qué no? —le preguntó intrigada.

—¿Por qué no qué? —Jake la miró fijamente cuando llegaron

ante su vehículo

—. ¿Estará seguro tu coche aquí durante todo el fin de semana?

—Supongo que sí, pero…

—Entra —la obligó a subir a su coche y se inclinó para abrocharle el cinturón de seguridad. Durante unos segundos, la miró intensamente a los ojos.

—No creo que sea una buena idea… —susurró Angelica, cada vez con menos convicción.

—Cuidaré bien de ti —le prometió.

—¿Ah, sí? —pensó que, lejos de haberlo hecho antes, le había infligido un enorme dolor. Probablemente era una suerte que Jake no supiera de qué forma la afectaba, pero… ¿podría arriesgarse a sufrir un nuevo desengaño?

Tres cuartos de hora más tarde, se dirigían rumbo a las montañas. Habían pasado antes por la casa de Angelica para que ésta hiciera rápidamente una maleta.

Ya habían dejado atrás la ciudad antes de que la joven tomara conciencia de la gravedad de su situación: iba a pasar aquel fin de semana con el hombre al que amaba, aunque se suponía que solamente iba a protegerla de aquel desconocido

intruso. Cuando ese tipo fuera capturado, Jake le diría adiós y ella se quedaría sola una vez más.

Pero al menos disponía de tres días de estar con él, quizá más. Podría acumular toda una vida de recuerdos en aquellos tres días. Sonriendo de repente, comprendió que, en realidad, desde que Jake le planteó su plan, nunca podría haberse resistido.

Tenía otras opciones. Rafe podría haberse quedado con ella, en su casa. Kyle podría habérsela llevado al rancho. Y también podría haberse quedado en casa de Sandy.

La verdadera razón por la que había aceptado la propuesta de Jake era porque, en el fondo, ansiaba hacerlo. Era así de sencillo. En esa ocasión, estaba segura de que su relación con él no tenía ningún futuro. La situación era muy distinta a la de dos años antes, cuando Jake dejó bruscamente de llamarla. Ahora sabía que tendría que atesorar esos recuerdos y estar preparada para despedirse definitivamente de él cuando regresaran a Laramie.

# Capítulo 4

El sol de las primeras horas de la tarde los cegaba. La nieve reflejaba con tanta intensidad los rayos, que Angelica se preguntó cómo era posible que Jake pudiera seguir conduciendo en esas circunstancias. Se puso sus gafas de sol y se dedicó a mirar por la ventanilla.

Los campos estaban cubiertos por una limpia capa de nieve. Vio a lo lejos un pequeño hato de reses y, por un momento, se sintió transportada a su infancia. Tanto a sus hermanos como a ella siempre les había encantado jugar con la nieve. Solían hacer batallas de bolas de nieve en las que Angelica siempre llevaba las de perder.

Intentó recordar la última; debió de haber tenido lugar poco antes de la muerte de sus padres. Después de aquello, el carácter de Rafe experimentó un cambio dramático, ya que tuvo que hacerse responsable de Kyle y de ella. Curiosamente, a Angelica nunca se le había ocurrido pensar en eso antes. Qué duro debía de haber sido ese cambio para Rafe… En aquel entonces, todavía era un chiquillo.

—¿Estás preocupada por algo? —le preguntó Jake, lanzándole una rápida mirada.

—No, sólo estaba pensando en mi infancia —Angelica se volvió hacia él, volviendo de repente a la realidad—, y en lo bien que nos lo pasábamos mis hermanos y yo jugando con la nieve. Al ver tanta nieve, ¿no te entran a ti ganas de jugar?

—Hay algunas cosas que me gustan de la nieve —Jake se encogió de hombros

—. Esquiar, patinar… Pero cuando dices «jugar», ¿a qué te refieres?

—Pues a eso mismo. Me encantaba hacer Angeles de nieve cuando era pequeña.

Mi madre salí a vemos y elegía el mejor. Yo ganaba siempre —Angelica sonrió al recordarlo—. Quizá porque eso era lo único en que podía ganar a mis hermanos, que eran mayores que yo. En otras cosas, con ellos no tenía la menor oportunidad.

—Te protegerían, supongo.

—Bueno, Rafe desde luego que sí. Él se hizo cargo de Kyle y de

mí después de la muerte de nuestros padres. Pero Kyle también empezó a mandarme. Supongo que se tomaban sus responsabilidades con mucha seriedad.

—Rafe es tu hermano mayor, ¿verdad?

—Sí, y de hecho tuvo la custodia sobre nosotros hasta que alcanzamos la mayoría de edad. Pero Kyle era todavía más mandón.

Jake se atrevió a lanzarle una rápida mirada y permaneció callado. Sabía lo autoritario que era su hermano, y los esfuerzos que hacía por proteger a Angelica.

Por un momento sintió la tentación de decírselo, pero contuvo el impulso. Aquello pertenecía ya a la historia. Y Kyle no le había dicho nada que no fuera verdad. Que él, Jake, no era el hombre adecuado para Angelica, eso se lo había dejado muy claro.

En cualquier caso, aquello no habría influido para nada en la decisión de Jake si él mismo no hubiera estado profundamente de acuerdo con esa opinión.

Jake había descubierto que Angelica se había enamorado de él, y había correspondido a ese sentimiento. Pero ni sus antecedentes ni su forma de vida eran convenientes para una mujer como ella. Angelica se merecía mucho más. Y Kyle también se había dado cuenta de eso. —…. hermanas? —preguntó ella.

—¿Qué? —Jake se había perdido la primera parte de su pregunta mientras reflexionaba sobre lo sucedido dos años atrás.

—Te he preguntado si tenías hermanos o hermanas. Nunca me lo dijiste cuando… bueno, antes.

—No, no tengo —respondió lacónico.

Angelica observó su rostro mientras conducía; parecía perdido en sus pensamientos. Hacía dos años, cuando salían juntos. Jake se había mostrado preocupado a veces, coincidiendo siempre con algún caso que estaba investigando.

En aquel tiempo, se había sentido lo suficientemente cómoda con él como para preguntarle lo que pensaba. Pero ahora la situación era bien diferente.

Se preguntaba lo que habría estado haciendo durante los dos últimos años, los crímenes que habría investigado… y también por qué había decidido sacarla de Laramie. ¿Lo había hecho sólo para mantenerla a salvo mientras los policías intentaban capturar al intruso? ¿O había algo más detrás de aquello?

—Te he echado de menos durante los últimos años —se atrevió a decirle Angelica—. ¿Y tú a mí?

Jake se limitó a asentir con la cabeza. La joven sintió un nudo en la garganta, dominándose para no preguntarle por qué había dejado de telefonearla, por qué no había respondido a sus llamadas.

—Dijiste que tenías una casita en las montañas. ¿Dónde?

—Justo encima de Centennial. Hace mucho tiempo que poseo un terreno allí.

Hace un par de veranos, me construí una pequeña casita. Algunos compañeros del trabajo me ayudaron. Ahora les dejo que la usen cuando yo no estoy allí.

—¡Oh, Jake, es maravilloso! Apenas puedo esperar para verla.

—No es grande, sólo tiene un par de habitaciones. Pero la vista es preciosa.

Veinte minutos más tarde se detuvieron frente a la pequeña cabaña de troncos.

El ancho porche delantero estaba elevado, a resguardo de la nieve. Angelica lo observó todo con curiosidad y exclamó deleitada al contemplar la vista:

—Jake, esto es precioso. Supongo que te escaparás para venir aquí con mucha frecuencia.

—No creas.

La construcción de la cabaña había sido para Jake una forma de escapar a los recuerdos. Pero una vez que terminó el trabajo, al quedarse allí, había experimentado de manera muy profunda su propia soledad. Le recordaba demasiadas cosas que nunca podría tener.

Cuando Angelica salió del coche, se alegró de haberse puesto unas botas altas, porque la nieve le llegaba hasta los tobillos. Después de recoger su maletín, caminó hacia el porche. Jake la siguió con las maletas.

Escondida en las montañas, al socaire del viento, la cabaña ya estaba sumida en sombras; faltaba poco para que cayera la noche. Jake abrió la puerta y cedió el paso a Angelica, que observó el interior llena de curiosidad. Tanto la decoración como el mobiliario eran muy austeros. A la izquierda del umbral vio un amplio sofá frente a una chimenea de piedra, flanqueado por un par de sillones. A la derecha, una gran mesa de pino con varias sillas de madera.

Más allá estaba la cocina, abierta al salón.

En la pared del fondo, había una puerta cerrada.

No había cortinas, ni alfombras, nada que atenuase la severidad del ambiente.

Evidentemente, en ninguna parte aparecía la mano de una mujer y, de manera extraña, se sintió reconfortada por ese pensamiento.

—Es maravillosa —comentó sonriente.

Jake miró a su alrededor como si estuviera viendo la cabaña por primera vez, y sacudió la cabeza. Comparada con la casa alegre y acogedora de Angelica, era un lugar frío, casi inhospitalario.

—Todavía no está terminada. No hay cortinas ni nada de eso. Quizás tú puedas hacerme algunas sugerencias —cerró la puerta y dejó las maletas en el suelo—. Voy a encender el fuego. No te quites todavía el abrigo.

Mientras Jake se acercaba a la chimenea, Angelica dejó su maletín en el sofá y se acercó a la ventana para contemplar la vista. La cabaña estaba emplazada en la ladera de una colina, y a sus pies se divisaba un pequeño valle. El sol del crepúsculo todavía iluminaba la colina opuesta, y la luz arrancaba reflejos dorados y rosados a la nieve. Las preocupaciones por los asaltos que había sufrido en su casa le parecían irreales, en medio de aquella absoluta tranquilidad. Angelica suspiró de placer y se volvió para ver cómo Jake encendía el fuego.

—Casi podrías venirte todos los días aquí, después del trabajo —observó, sentándose en un brazo del sofá.

—No, prefiero vivir en la ciudad. Esto está bien para los fines de semana y las vacaciones.

—Antes dijiste que no venías muy a menudo. ¿Por qué? Yo me imaginaba que te escaparías a esta cabaña con frecuencia, acompañado de un montón de amigos.

—Esto es muy pequeño para traer a tanta gente.

—Entonces, a alguna amistad especial.

Jake levantó la mirada hacia ella y se incorporó lentamente.

—Nunca he traído aquí a ninguna mujer, si es eso lo que estás insinuando.

Angelica no pudo evitar ruborizarse. Sabía que debería sentirse avergonzada, pero el alivio que había experimentado al escuchar sus palabras era demasiado intenso. ¡Ella era la primera mujer que

llevaba a la cabaña! Le habría encantado
ayudarlo a construirla. ¿Se atrevería a aceptar su sugerencia de que la ayudara a decorarla?

—¿Por qué? —se atrevió a preguntarle, después de aclararse la garganta.

Sonriendo, Jake se acercó más a ella.

—Sólo hay un dormitorio —extendiendo una mano, con el dorso de los dedos le acarició una mejilla.

Angelica abrió mucho los ojos al escuchar su respuesta. ¿Quería decir eso que…?

—Afortunadamente, el sofá puede abrirse y se convierte en una cama —un brillo burlón apareció en sus ojos mientras estudiaba la sucesión de expresiones que recorrían su rostro.

A Angelica le habría gustado ser lo suficientemente descarada y atrevida como para lanzarse a sus brazos y decirle que no le importaba que el sofá se hiciera cama o no; que en su cama había sitio para los dos. Pero aquellas fantasías sexuales estaban bien para los sueños; en la vida real no tenían ninguna cabida.

Jake dejó caer la mano y se quitó el abrigo. El fuego ya estaba encendido, y Angelica ya podía sentir algo de su calor.

—Hay comida en la nevera y en los armarios. Veremos si podemos encontrar algo que cenar.

Angelica observó a Jake mientras rebuscaba en los armarios y sacaba algunas cajas y latas; luego fue a la nevera para sacar unos paquetes de congelados. La joven cerró los puños y escondió las manos en los bolsillos, dominando el impulso de acariciar su espeso cabello oscuro.

—Esto es lo que hay. Filetes congelados, patatas, maíz en lata —Jake levantó la mirada hacia ella, con cierta expresión de incertidumbre.

Angelica se quedó sorprendida al mirarlo. ¿Acaso le preocupaba que pudiera no gustarle la comida? Sonrió. —Puedo freír los filetes y preparar una salsa —le propuso, volviéndose para quitarse el abrigo.

De inmediato, Jake se ofreció para ayudarla, dejó su abrigo sobre una silla y le levantó delicadamente la barbilla con el dorso de la mano.

—Recuerdo que hacías unas salsas maravillosas.

—Me alegro de que te gustaran. Los hombres sois tan fáciles de complacer…

Preparas una abundante y sabrosa comida y ya está, satisfacción inmediata —le sonrió traviesa. Por primera vez en los últimos años, se sentía verdaderamente viva, y era una sensación gloriosa.

—Recuerdo que me dijiste eso mismo una vez, cuando estábamos preparando una barbacoa —Jake vaciló por un momento, y luego murmuró—: Recuerdo todo lo que me decías —deslizó la mirada por su rostro como si quisiera memorizar sus rasgos.

Angelica estaba muda de emoción. ¿Recordaba todo lo que le había dicho?

¿Entonces por qué…?

—Y recuerdo lo sabrosas que eran las comidas que preparabas. Así que acepto tu oferta antes de que puedas cambiar de idea —Jake le acarició tiernamente los labios con los suyos y se volvió de repente—. Hay otra chimenea en el dormitorio.

Encenderé el fuego allí para que esté caliente cuando te vayas a acostar.

—No, dormiré en el sofá —protestó Angelica, mirándolo con cierta perplejidad.

Jake la había besado, y después le había dado la espalda como si se hubiera librado de un insecto molesto. ¿Qué era lo que le disgustaba de ella?

—Eres mi invitada, así que dormirás en la cama —y se dirigió apresurado a la habitación antes de que ella pudiera seguir protestando.

Angelica se acercó al mostrador y empezó a preparar la comida. En realidad, no le importaba dormir en su cama. Probablemente, ésa sería la única oportunidad que tendría de hacerlo.

Poco después volvió Jake. Angelica le puso a cortar los panecillos en rodajas antes de colocarlos en la bandeja del horno. Mientras ella vigilaba la salsa, él se dedicó a pelar las patatas. Trabajaban bien juntos, casi como si lo hubieran hecho durante años.

Mientras se movían en el reducido espacio de la cocina, cada uno ocupado en su tarea, Angelica tuvo la impresión de que sus cuerpos se acercaban más a cada momento, como impulsados por

una extraña fuerza. En un determinado momento Jake llegó a tropezar con ella, cuando llevaba una botella de vino y dos copas. Si la joven no hubiera tenido las manos ocupadas con los platos y tenedores, se habría atrevido a acariciarle una mejilla. Estaba tan cerca que Angelica podía sentir su aliento acariciándole el rostro.

—Ya debes de haber entrado en calor. Tienes las mejillas sonrosadas y te brillan los ojos —murmuró Jake, negándose a apartarse.

Angelica se había interpuesto en su camino a propósito, pero de manera inconsciente. Y, como él, se resistía a apartarse.

—Sí; debe de ser por la cocina —«¡y por tu proximidad!», añadió para sí.

Deliberadamente se humedeció los labios con la lengua, desafiándolo a que la ignorara.

—Ahora, si tenemos un poco de cuidado, a ninguno de los dos se nos caerá nada —dijo Jake rodeándole la cintura con los brazos procurando no soltar la botella y las copas, y se dispuso a besarla.

Angelica sintió el contacto cálido y firme de sus labios y, suspirando, se abrazó a él cuidando de que no se le cayeran los platos. En el momento en que abrió la boca, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo. Había vivido durante demasiado tiempo en una especie de desierto emocional. Tenía una sed insaciable de las maravillosas sensaciones que Jake le suscitaba. Nunca antes había amado tanto a alguien, y nunca volvería a amar de esa manera. Jake era el hombre de su vida. No

sabía qué era lo que se había interpuesto entre los dos, pero no tenía nada que ver con aquello. Nada podría comparársele. Estaban hechos el uno para el otro.

Lentamente, Jake levantó la cabeza, dando por terminado el beso, y Angelica advirtió con satisfacción que tenía la respiración tan acelerada como la suya. Al menos, ella no era la única en sentir algo. ¿Pero podría conseguir que Jake llegara a admitirlo? ¿Que le explicara por qué había dejado de verla dos años atrás? ¿Que se planteara mantener con ella algún tipo de relación?

—¿Se está quemando la comida? —inquirió él.

—¡Oh!

Angelica giró en redondo, dejó a toda prisa los platos en el mostrador y retiró del fuego la sanen de los filetes. «¡Estupendo!»,

exclamó para sí. Justo cuando necesitaba darle a Jake una buena impresión, se le quemaba la comida. De todas formas, el daño no había sido tan grande; los filetes se habían podido salvar. ¿Pero podría salvar de la misma manera su relación con Jake?

Poco después se sentaron a la mesa y sirvieron la cena. Jake comió con mucho apetito, sin hablar.

—¿Tanta hambre tenías? —le preguntó ella en un determinado momento.

—Sí, pero más de tu comida que de cualquier otra.

—¿Qué has estado haciendo durante los dos últimos años? —se atrevió a preguntarle Angelica, jugueteando con su copa de vino. El corazón le latía acelerado, esperando que se dignara a responder. Ansiaba saber todo lo que había hecho, a quién había conocido, qué lugares había visitado.

—Trabajar, sobre todo. Construir esta cabaña —Jake se encogió de hombros—.

Y todavía no está terminada. ¿Alguna sugerencia acerca de las cortinas y esas cosas?

—Sí, podría hacerte algunas —repuso Angelica, mirando a su alrededor—. ¿No tienes a nadie que pueda echarte una mano en esto? —«¿quizá Diane?», quería preguntarle a gritos. Se moría de ganas de saber quién era esa mujer y qué significaba para él.

—Tu casa es un buen ejemplo de cómo me gustaría que fuera esta cabaña. Es…

acogedora, supongo.

Angelica sonrió, contenta de que le gustara su casa.

—En un fin de semana no se puede hacer mucho, pero pensaré sobre ello y te sugeriré algunas ideas.

—Haz más que eso, Angel. Decide tú misma lo que necesita esta cabaña. La semana que viene podemos ir de compras por Laramie, y traerlo todo aquí a la siguiente.

—Si quieres, lo haré —aceptó emocionada. Jake pensaba pasar algún tiempo con ella durante la semana siguiente y además, llevarla de vuelta a la cabaña.

Aquello no se trataba de una mera cuestión de vigilancia, protegiéndola de cualquier peligro mientras la policía hacía sus pesquisas. Apenas podía disimular su gozo. ¡Iba

a estar con Jake durante las próximas semanas! Hasta pocos días

antes había pensado que no volvería a verlo de nuevo.

Jake y Angelica fregaron y secaron los platos amigablemente, disfrutando de su mutua compañía. Cuando él le ofreció una toalla para que se secaran las manos, ella la agarró por ambos extremos y se la pasó por encima de la cabeza, atrayéndolo hacia sí. De inmediato, Jake la abrazó con naturalidad, como si llevara haciéndolo toda la vida.

—¿Qué te apetece? —le preguntó él con voz ronca, acorralándola contra el mostrador.

Angelica abrió la boca para decirle exactamente lo que le apetecía, lo que había estado deseando durante dos años, pero al final se contuvo. Inquieta, se ruborizó intensamente y preguntó:

—¿Un café?

—¿Delante del fuego? —le propuso él con voz profunda y sexy.

La joven asintió, todavía agarrando la toalla, con las manos apoyadas en su sólido pecho. Envuelta en sus brazos, se sentía más femenina de lo que nunca antes había podido sentirse.

—¿Todavía te gusta con azúcar? —le preguntó, soltando lentamente un extremo de la toalla para acariciarle el cuello.

Jake asintió, soltándola. Luego le tomó una mano, se la levantó y le señaló un dedo.

—Sólo tienes que meter un dedo en la taza de café para endulzarlo —y le besó la yema, chupándosela luego con la lengua.

Angelica se apoyó de espaldas en el mostrador. Sentía las piernas débiles, el corazón le latía acelerado y las lágrimas le inundaban los ojos. Jake le había dicho eso mismo tantas veces antes… Se había olvidado. ¿Cómo podía haberse olvidado de aquello? Había sido como una broma especial entre los dos.

—Hey, ¿qué te sucede? —le preguntó él, enjugándole una lágrima con el pulgar.

—Nada. Sólo estaba recordando —intentó sonreír—. Solías decir eso tan a menudo…

—Siempre has sido la cosa más dulce que he conocido —repuso Jake con voz casi inaudible.

Cuando él le besó la palma, instintivamente Angelica apartó la mano y volvió la cabeza con la intención de tomar la cafetera; las piernas le temblaban. Entonces, Jake le apartó el cabello y le acarició el cuello con los labios.

—Me lo estás poniendo difícil para concentrarme —protestó ella con voz débil

—. ¿Quieres café o no?

Durante un interminable momento, Jake no dijo nada. Angelica ansiaba volverse para ver su expresión, pero se contuvo.

—Sí, quiero café —respondió Jake, irguiéndose y pasando al salón.

Angelica se atrevió a mirarlo mientras vertía el café molido en la cafetera; Jake estaba agachado junto a la chimenea, echando más leña al fuego.

—Tengo que cambiar las sábanas —se incorporó de repente y se dirigió al dormitorio.

Después de echar un vistazo a la máquina de café. Angelica lo siguió.

—Te ayudaré.

El dormitorio tenía casi las mismas dimensiones que el salón. Angelica pensó de inmediato que también allí era necesario poner cortinas en las ventanas. No le gustaba sentirse tan expuesta después de todo lo que había sucedido recientemente.

Juntos hicieron la gran cama, en cuyo cabecero había empotradas dos lámparas de lectura. Le habría encantado que se acostaran juntos. Leerían un rato, y luego…

—El cuarto de baño está allí. Me olvidé de decírtelo antes —dijo Jake, interrumpiendo sus pensamientos y señalando con la cabeza una puerta abierta—.

Como habrás comprobado al fregar los platos, hay suficiente agua caliente. Puedes ducharte o tomar un baño en la bañera, si lo deseas.

—Me esperaré a mañana —terminó de alisar la cama y se dirigió a la cocina.

El delicioso aroma del café recién hecho llenó la cabaña. Angelica llenó dos tazas, añadió leche a la suya y azúcar a la de Jack. Luego las llevó al salón y se sentó en el sofá, frente a la chimenea. Siempre le había gustado sentarse frente al fuego y observar las diversas imágenes que las llamas le sugerían. Jake entró poco después y dejó un montón de sábanas en una silla, antes de sentarse a su lado.

—Esto es precioso. En casa no tengo chimenea; es algo que echo

de menos —murmuró Angelica, tomando un sorbo de café.

—Cortar leña suficiente para que dure todo el invierno puede ser un engorro, pero cada vez que vengo aquí pienso que vale la pena.

Permanecieron en silencio durante un rato, contemplando el fuego. Una vez terminado su café, Angelica dejó la taza en el suelo y se dispuso a levantarse, pero Jake se lo impidió tomándola de la mano. Y continuó bebiendo su café, sin decir nada.

Con la cabeza apoyada cómodamente en los cojines del sofá, Angelica pensó que lo único que la ligaba a la realidad era el contacto de la mano de Jake. Se sentía como si estuviera flotando en una nube, soñando despierta, absolutamente feliz.

—Háblame de tu casa —le pidió Jake de repente—. ¿Cuándo la compraste?

—Hace año y medio. Con el trabajo de media jornada en la base aérea había conseguido suficiente dinero.

—Solía verte montando en moto algunas veces —dijo Jake con tono perezoso.

—¿Cuándo? —lo miró sorprendida. Hacía dos años que no lo había visto.

¿Cómo había podido Jake verla a ella?

—En primavera. Y una vez en verano.

—Iría probablemente al trabajo. Cuando hace buen tiempo, voy en moto a la universidad. Pero yo no te vi a ti. Y menos a bordo de una coche de la policía.

—Te observaba desde coches particulares. Por entonces, creía que ya te habrías casado.

Perpleja, Angelica sacudió la cabeza. ¿Por qué habría pensado Jake tal cosa?

¿Acaso, mientras salieron juntos, le había dado la impresión de que estaba deseosa de casarse? ¿Sería ésa la razón por la que la había abandonado?

Intentó recordar de qué forma había podido sugerirle la idea, en el pasado, de que estaba desesperada por casarse. En aquel entonces, sólo tenía veinticuatro años.

Desde luego, había hablado mucho con Jake del matrimonio de Rafe y Charity, pero con seguridad no podía haber pensado que era una manera de sugerirle la idea indirectamente…

Aunque, si Jake se lo hubiera pedido, no habría vacilado ni un

segundo en aceptar.

—No tengo planes de casarme —le confesó.

Jake dejó su taza en el suelo, le soltó la mano y le acarició tiernamente la muñeca.

—Eso no es lo que había oído —comentó, sintiendo cómo hervía la furia en su interior. Kyle había sido brutalmente sincero con él. Y en aquel entonces, incluso el propio Jake se había convencido de que tenía razón.

—Pude casarme en una ocasión. Pero ahora no tengo ninguna intención de hacerlo.

Angelica apartó la mano y se separó un poco de él, intentando guardar las distancias. No quería hablar de matrimonio cuando el único hombre con quien había podido casarse la había rechazado.

—Pero sí tenías esa intención hace dos años —insistió él.

La joven estaba a punto de morirse de vergüenza. ¿Cómo había adivinado Jake sus más íntimos anhelos? Durante semanas había soñado con compartir el resto de su vida con él. Levantándose, recogió las dos tazas y se dirigió a la cocina.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces. No creo que te conciernan los planes que pueda tener para el futuro. No te preocupes, que no perderé el tiempo una vez que encuentres al tipo que entró en mi casa. Hasta ahora me las he arreglado muy bien sola, y volveré a hacerlo de nuevo —entró apresurada en la cocina y dejó las tazas en el fregadero con exquisito cuidado, ya que ardía de ganas de estrellarlas contra el suelo; tan grandes eran su vergüenza y frustración.

Se dijo que debería haber llamado a Sandy para pedirle que se quedara en su casa. Desde el principio, había sabido que estaba jugando con fuego al aceptar la oferta de Jake, pero no había sido capaz de resistirse. No había esperado que sacara a colación sus absurdas ilusiones sobre el matrimonio. Creía que nadie más que ella conocía aquellos proyectos tan íntimos…

—Angel… —Jake la siguió a la cocina.

—Mi nombre es Angelica. Sólo mi familia y mis amigos íntimos me llaman Angel —le espetó, dolida y humillada.

—Amigos es lo que yo pensaba que éramos. Hasta que…

«Hasta que tú deseaste más», pensó Angelica que iba a añadir.

—Mira, estoy cansada y quiero acostarme. Antes iré al cuarto de

baño. Sólo tardaré unos minutos; no tendrás que esperar mucho.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta a su espalda. Una vez en el cuarto de baño, apretó los dientes para no echarse a llorar.

Jake se apoyó en el mostrador, con la mirada fija en la puerta cerrada del dormitorio. ¿Qué había sucedido? Evidentemente. Angelica sufría por el hombre que la había abandonado. Sonrió con tristeza. ¿Su hermano Kyle no habría sido capaz de salvar su relación después de conseguir que Jake desapareciera de escena? Sí, eso era lo que debía de haber ocurrido. Y debió de haber sido frustrante para Kyle. Jake se pasó una mano por el cabello con gesto preocupado. ¡Porque cuestiones de frustración, Kyle no era nadie comparado con él!

# Capítulo 5

Cuando Angelica estuvo lista para ver a Jake a la mañana siguiente, ya había recuperado el control de sí misma. No había dormido bien, pero eso se estaba convirtiendo en una costumbre desde que empezó a verlo de nuevo. Tan pronto como se despertó, decidió que no olvidaría ni por un momento que Jake sólo estaba allí porque la policía de Laramie deseaba velar por su seguridad.

Ya no volvería a insinuarse con él; nada de besos, ni de caricias, ni de comentarios acerca de que sus dedos eran tan dulces como el azúcar. Si Jake quería café, tendría que hacérselo él mismo. Recordaría a cada momento la verdadera razón de su estancia en aquel lugar, y obraría en consecuencia.

Angelica creyó que no tendría problemas en seguir todos esos consejos que se había dado a sí misma hasta que entró en la cocina y vio a Jake.

Sólo llevaba unos vaqueros. Tragó saliva, nerviosa, diciéndose que aquello no era justo. Había salido del dormitorio con la cabeza llena de proyectos y buenas intenciones, pero eso había sido antes de ver aquel cuerpo medio desnudo. Aquellos hombros tan anchos, aquel pecho musculoso, cubierto de un vello oscuro que parecía tan suave a simple vista… Cuando se volvió, Angelica se quedó admirando la forma de los músculos de su espalda mientras llenaba la cafetera.

—¿No tienes frío? —le preguntó bruscamente, pensando que debía ponerse una camisa antes de que ella terminara por perder el escaso control que le quedaba.

—No. El fuego ya ha calentado el ambiente. ¿Tú sí tienes frío?

Angelica estada ardiendo por dentro, pero aquel calor no tenía nada que ver con el que producía la chimenea. Bajó la mirada y descubrió que además iba descalzo. Aspiró profundamente.

—Un poco, y eso que voy mucho más vestida que tú —de inmediato maldijo en silencio; no había esperado que la voz se le quebrara de esa manera.

—Estaba esperando mi turno para entrar en el cuarto de baño —explicó Jake, mirándola extrañado—. Voy a tomar una ducha rápida. No hay mucha comida para el desayuno. ¿Harina de avena,

quizá?

—Con eso bastará.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿por qué? —inquirió sin aliento.

—Parece como si estuvieras en trance, o algo parecido.

—Imaginaciones tuyas.

Jake frunció el ceño. Suspirando resignada, Angelica dejó de luchar contra sí misma, deslizó la mirada por su pecho desnudo y se acercó a él.

—Sabes, Jake, probablemente deberías ir a ducharte ahora mismo —extendió las manos para tocar sus bíceps; su piel era cálida, fina y suave.

—Ya —dijo él, pero no se movió. Y cuando lo hizo, fue para acercarse más, con la intención de besarla.

Le raspó las mejillas con su barba incipiente, pero eso a ella no le importó.

Entreabrió los labios para recibir su lengua, que exploró la húmeda suavidad de su boca, aumentando su excitación.

Le acarició los hombros y el pecho desnudo, que antes la habían dejado tan hipnotizada, tan hechizada. Deseaba que aquel beso durara para siempre. Jake parecía hacerle el amor con los labios, tomando y devolviendo, demandando y ofreciéndole placer.

Cuando, al fin, Jake levantó la cabeza, Angelica estaba ardiendo de deseo; de hecho, se negaba a separarse de él.

—Tengo que ducharme —declaró él, mientras le acariciaba tiernamente el cabello.

—Yo me encargaré del desayuno.

Haciendo un gesto de asentimiento, Jake inclinó la cabeza para besarla de nuevo. En esa ocasión, sus besos fueron tan leves y ligeros como la caricia de una pluma, y no consiguieron aliviar la dolorosa necesidad que Angelica sentía. Luego sonrió sin dejar de besarla, negándole la satisfacción que tan elocuentemente le reclamaba.

Recordando demasiado tarde los consejos que a sí misma se había dado hacía tan sólo unos minutos, Angelica se apartó. Después de aclararse la garganta, hizo un enorme esfuerzo por dominarse.

—Vamos, ve a ducharte —y fue a echar un vistazo a la cafetera,

pensando que jamás sobreviviría a aquel fin de semana si no lograba conservar un mínimo de dignidad y de decoro. Aunque, ¿quién podría pensar en eso cuando lo primero que veía nada más levantarse era a Jake medio desnudo?

Aquello era como «jugar a las casitas», reflexionó un poco más tarde cuando dejó de oír el sonido de la ducha. Nunca habían pasado una noche juntos antes de ese fin de semana, y ahora estaban viviendo bajo el mismo techo. No estaban conviviendo en el auténtico sentido de la palabra, pero sí lo suficiente como para que pudiera imaginarse cómo sería vivir con Jake. Y, por lo que a ella se refería, debía de ser algo glorioso.

Se llevaban bien. Tenían algunas inquietudes en común, y otras no tanto. Pero en el pasado, y también durante los dos últimos días, habían pasado interminables horas juntos sin cruzar una sola palabra, sumidos en un cómodo silencio. Jamás se había aburrido con Jake. ¿Podría él decir lo mismo?

De repente, ese pensamiento la inquietó. ¿Acaso lo estaría aburriendo con su compañía? Eso podría explicar…

—¿Otra vez en trance? —le preguntó Jake, entrando en la habitación.

Angelica no pudo evitar sentirse algo decepcionada al ver que se había vestido.

Llevaba un suéter negro y se había puesto unos calcetines negros, pero todavía seguía descalzo.

—No, sólo estaba pensando. Jake, ¿yo te aburro?

—¿Qué? —la miró asombrado y, sacudiendo la cabeza, rió entre dientes—.

Cariño, aburrirme sería lo último que podrías hacer. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso?

—Estaba pensando que tú no me aburrías y me pregunté si yo te aburriría a ti.

¿Quieres azúcar con la harina de avena, o prefieres canela?

—Azúcar. Jamás me he aburrido contigo, Angel.

Angelica lo miró a hurtadillas mientras desayunaban. Decididamente, le gustaba «jugar a las casitas» con Jake.

—Pensé que podríamos sacar las motonieves después de comer —dijo Jake mientras se servía café.

—Eso sería divertido.

—¿Ya has montado en motonieve antes?

—Claro. Teníamos varias en el rancho. Algunas veces Kyle y Rafe las utilizaban en vez de los caballos para controlar el ganado en invierno. Y cuando los ayudaba, siempre me montaba en una.

—Estupendo. Si quieres, bajaremos a Centennial y compraremos comida para el fin de semana.

—De acuerdo —Angelica pensó que necesitaba pasar ese día en la nieve, a la intemperie; de esa forma, se sentiría menos afectada por la presencia de Jake. Luego, cuando volvieran, leería las revistas que había llevado consigo y quizá prepararían una sopa o algo caliente para cenar. Dado que tenía que soportar tres días más antes de volver a casa, estaba obligada a encontrar cosas que la mantuvieran ocupada; si no, se volvería loca.

Montar en las motonieves parecía la solución idónea; contenta ante la perspectiva, se puso su abrigo impermeable. Deseosa de demostrar sus habilidades, Angelica siguió a la motonieve de Jake a escasa distancia, sin perder velocidad. Si él podía hacerlo, ella también.

Fue una experiencia maravillosa. La nieve que despedían los patines se pulverizaba en el aire como si fuera azúcar, brillando al sol. El cielo era de un azul inmaculado, y el aire tan claro y limpio que Angelica tenía la sensación de respirar oxígeno puro. La joven reía a carcajadas, ebria de felicidad.

Llegaron al comercio principal de Centennial y aparcaron las motonieves al lado de los coches. Jake se quitó su gorro y contempló cómo Angelica se sacudía enérgicamente la melena, salpicada de copos de nieve.

—Tu cabello es tan rubio en invierno como en verano —le comentó.

—Eso es porque todavía está decolorado por el sol. No suelo llevar nada en la cabeza cuando esquío; por eso lo tengo así —respondió, agradecida y emocionada por su comentario.

Pero cuando Jake ya se dirigía hacia el comercio, mirando con cautela a su alrededor, Angelica se estremeció. De repente, había recordado por qué se encontraban allí. En ese momento, Jake volvía a parecer el policía que era, volvía a asumir su actitud profesional. Estaba con ella para protegerla, para velar por su seguridad.

—Jake, nadie me está acechando. Simplemente alguien entró en

mi casa y en mi despacho, nada más —le dijo, acercándose. A pesar de todo, se sentía segura cerca de él.

—Es la costumbre, cariño. Vamos, ¿qué podemos comprar para la cena de esta noche?

De regreso a la cabaña, pasaron por un par de miradores que ofrecían una magnífica vista de las Montañas Nevadas, en el esplendor de su belleza invernal.

Acababan de llegar cuando sonó el teléfono. Jake miró a Angelica antes de contestar.

La joven, tras un momento de vacilación, continuó guardando en los armarios de la cocina los comestibles que habían comprado.

Cuando Jake colgó el teléfono, tenía una expresión sombría. Aquella llamada le había recordado por qué Angelica estaba allí. No se trataba de un romántico fin de semana; la estaba protegiendo de un peligro.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, asustada.

—Alguien forzó tu coche. La policía del campus dio el aviso esta mañana.

—No debí haberlo dejado en la universidad —sentía tan débiles las piernas que tuvo que sentarse en uno de los sillones.

Jake tomó asiento frente a ella y la miró fijamente, apoyando la barbilla entre las manos.

—Quizá estemos cometiendo una equivocación, Angel. Necesitamos averiguar quién está haciendo todo esto y por qué. Pensaba que ese tipo estaba buscando algo que tú tenías. Pero, ¿qué podía estar buscando en tu coche? Ahora me pregunto si esa persona pretende vengarse de ti. ¿Has tenido algún problema con alguien últimamente?

Angelica negó con la cabeza.

—¿Quizá no tan recientemente, hace un año o dos? —insistió Jake, preguntándose si era posible que hubiera dado por terminada aquella otra relación.

¿Sería ése el motivo de aquella especie de persecución? ¿El despecho de un amante rechazado, deseoso de venganza?

Angelica volvió a negar con la cabeza.

—¡Angel, tiene que haber algo!

—¡Bueno, pues yo no sé qué puede ser! Ahora mismo no estoy trabajando en ningún proyecto de la fuerza aérea. El nuevo

semestre acaba de empezar, así que no tengo ni notas ni exámenes que algún estudiante pueda querer ver…

—¿Cuándo terminó el anterior semestre?

—Hice los exámenes finales inmediatamente antes de navidades.

—¿Podría tratarse de algún estudiante buscando sus notas?

—No lo sé. Pero entregué las notas a mis alumnos antes de irme a casa de Rafe y de Charity para pasar allí las fiestas. Oye, ¿qué le ha ocurrido a mi coche?

—Rompió una de las ventanillas delanteras. Además, el tipo tuvo buen cuidado de hacer estallar todo el cristal. Lo cual significa que tenía intención de que descubrieran el daño cuanto antes, rápidamente.

—Así que ha estado dos veces en mi casa, una en mi despacho y ahora el coche….

—Háblame de los hombres que hay en tu vida —le pidió de repente Jake. En realidad, no quería escuchar lo que ella tuviera que decirle sobre ese asunto, pero debía encontrar alguna pista.

El cambio que había experimentado Jake fue tan brusco que Angelica lo miró asombrada. Ya no tenía frente a sí a su alegre compañero de la motonieve, o al sensual amante de aquella misma mañana. Se encontraba frente a un policía de mirada dura, intentando analizar todos los hechos que pudieran conducir a la solución de un caso.

—No hay hombres en mi vida.

—Vamos, Angel. Eres demasiado hermosa para estar sola. ¿Con quién has estado saliendo últimamente? ¿Con qué compañero de trabajo sales a tomarte un café? ¿Qué alumno se ha enamorado de ti?

Lo último que Angelica pensaba hacer era confesarle lo mucho que la había afectado su abandono, dos años atrás. Simplemente se negaba a hablar de ello.

Levantando la barbilla, lo miró fijamente.

—Primero, no tengo alumnos que se enamoren de mí. Al menos que yo sepa.

—Quizá lo estén y tú no te enteres, quizá te amen platónicamente…

—Muy bien. Sigamos. Mantengo una simple relación de amistad con mis compañeros de departamento. Y nadie anda detrás de mí.

Puede que no te hayas dado cuenta, pero no voy por el mundo de mujer fatal.

—Cariño, estoy seguro de que te habrán dicho miles de veces que eres una mujer preciosa. Aquello que tú interpretas como una simple amistad, puede que sea en realidad algo muy diferente.

Así había sido con Jake, pensó Angelica. Él había considerado que su relación era de amistad, cuando ella había ansiado mucho más.

—Maldita sea, Angel. Estoy intentando ayudarte y tú te quedas ahí sentada sin decir nada. ¡Dime lo que quiero saber!

Angelica se levantó furiosa, con las manos en las caderas.

—Ya te he dicho todo lo que sé. Nadie se ha enamorado de mí. En casa no tengo secreto alguno. No tengo ningún amante despechado por ahí suelto. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Supongo que se tratará de algún maníaco, que me ha tomado como objetivo por alguna extraña razón. ¡Y yo no sé lo que es, así que deja ya de preguntarme!

Se volvió de repente y se metió en el dormitorio, cerrando de un portazo. Tenía las emociones a flor de piel. Era un tembloroso amasijo de contradicciones y necesidades. Había empezado a reconstruir su vida después de que Jake dejara tan bruscamente de llamarla, y el hecho de que ahora lo tuviera tan cerca no era un asunto fácil. Lo quería tanto como antes, si no más. Y las vibraciones que él le comunicaba eran tan confusas… Unas veces parecía realmente interesado en ella, pero otras se mostraba simplemente como un policía pendiente de un caso más.

Tumbada boca arriba en la cama, se quedó mirando el techo. Hacía menos de seis horas que se había propuesto guardar las distancias con Jake; se había dicho que no volvería a ilusionarse con que su relación podría tener algún futuro. Necesitaba recordar eso. Jake había dejado perfectamente claros sus sentimientos. ¿Por qué entonces le costaba tanto trabajo aceptarlo?

La puerta del dormitorio se abrió de repente. Angelica se incorporó y vio a Jake apoyado en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No te enfurruñes, Angel. Eso no es propio de una profesora de universidad como tú.

—Vete. No estoy enfurruñada —rodó de lado y se quedó

mirando la ventana.

Podía ver algunas nubes en lo alto de las montañas. ¿Acaso el tiempo estaba cambiando?

—Dame alguna oportunidad, Angel. No me estoy comportando tan mal.

Al escuchar esas palabras Angelica se incorporó, sentándose sobre la cama.

—Yo tampoco, Jake, y no me merezco que me hostigues de esa forma. No tengo ni la menor idea de quién puede estar haciendo esto. ¿No te das cuenta de que estado pensando muchísimo sobre ello? Si tuviera alguna sugerencia, te lo diría. Nada parecido me ha sucedido antes y no me gusta.

—A mí tampoco me gusta, pero sólo estoy intentando averiguar quién puede ser.

—No es culpa mía.

—Lo sé.

—Pues a veces no lo parece —musitó ella.

—Dame una oportunidad, ¿de acuerdo? Intentaré cambiar de táctica.

—Olvídate de tus tácticas de interrogatorio. Yo no soy sospechosa de nada —Angelica frunció el ceño.

—Sí, señora. Vamos, iremos a Laramie y llevaré tu coche al taller. Parece que va a nevar otra vez.

La joven se levantó lentamente. De camino hacia la puerta, se preguntó si Jake iba a apartarse del umbral, o si tendría que pasar rozándolo. En el último segundo él se apartó y se dispuso a salir de la cabaña.

—Mi compañía de seguros se pondrá furiosa cuando se entere —se quejó Angelica, cuando ya se dirigían hacia Laramie—. Si es que no me cancelan el contrato.

—Cuando capturemos a ese tipo, lograremos que la compañía de seguros le cargue la factura. Tranquilízate, este tipo de cosas suelen suceder y las compañías de seguros ya están acostumbradas.

—Pero esto no me suele suceder a mí. Le he dado mil vueltas en la cabeza y no puedo imaginar quién está haciendo esto y por qué.

—Lo encontraremos —dijo Jake, tomándole una mano.

Algo reconfortada, Angelica se dijo que no ganaba nada con preocuparse tanto.

Debía confiar en la policía. Una vez que encontraran a ese hombre, sus problemas se acabarían. Así como sus posibilidades de seguir viendo a Jake.

Se tensó de repente. Les quedaba tan poco tiempo de estar juntos… Casi deseaba que nunca llegaran a encontrar a ese tipo, para así poder seguir con Jake. Ya era tarde cuando llevaron el coche de Angelica al taller. Las nubes ya habían ocultado el sol, y soplaba un fuerte viento helado del oeste.

—Se nos está haciendo tarde. ¿Quieres comer aquí, en la ciudad, antes de volver? —le preguntó Jake.

—Creo que sí. O también podemos prepararnos algo en mi casa.

—La estamos vigilando —declaró después de dudar por un momento—. No sería conveniente que te dejaras ver por allí. Podríamos comer en mi apartamento.

—¿Tienes más comida en tu apartamento que la que tenías en la cabaña? —le preguntó sospechosa.

—No. Pero sólo tardaremos unos minutos en comprar algo en el supermercado.

Nos detendremos allí primero.

«Seguimos jugando a las casitas», pensó Angelica, mientras acompañaba a Jake al supermercado. Fue ella quien escogió los ingredientes para preparar unos espaguetis. Jake compró una botella de vino y poco después se dirigían a su apartamento.

A pesar de que Angelica sabía dónde vivía Jake, jamás había estado en su casa.

El complejo de apartamentos era muy popular entre los estudiantes, y se encontraba cerca de la universidad.

—¿Tú eres el único inquilino del edificio que no es estudiante? —le preguntó ella, cuando Jake se disponía a abrir la puerta.

—No, la señora Fenster vive en el 201. Es viuda, y lleva muchos años viviendo aquí —nada más abrir, se apartó para dejarla pasar.

—Dios mío, aquí hace tanto frío como afuera —comentó Angelica, estremeciéndose.

El salón era casi tan sobrio y desangelado como el de la cabaña. Los únicos indicios de que alguien vivía allí eran los montones de libros que estaban en una mesa y un par de viejas guías de televisión sobre el suelo, al lado de un sillón. Parecía el típico apartamento de soltero. Angelica se preguntó dónde guardaría sus

objetos más queridos, sus recuerdos. ¿En su dormitorio, quizá?

—Sí, hace frío. Espera un segundo, voy a encender la calefacción. La apagué pensando que no iba a volver en varios días —fue a la minúscula cocina.

—Tengo la impresión de que aquí hace más frío de lo normal.

—Es que me siempre dejo abierta la ventana del cuarto de baño. Detesto los ambientes cargados, y este edificio es tan viejo que eso es lo que sucede cuando no corre un poco de aire fresco.

—¿Incluso en invierno?

—Con la calefacción encendida, hay calor suficiente.

—Debes de pagar unas facturas tremendas de luz —sonrió Angelica.

—Merece la pena con tal de respirar un poco de aire fresco. Vamos, cocinando entrarás en calor.

—Oh, esta cocina es mucho más pequeña que la de la cabaña; aquí sólo puede trabajar una persona —se detuvo ante la puerta.

—Como tú aceptaste la idea de cenar aquí y eres mejor cocinera que yo, me figuré que tú serías esa persona —repuso mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Ésta es tu casa. Y yo no quiero molestar… —protestó con aire travieso.

—Pues como sea yo quien haga el espagueti, me temo que sufrirás toda la noche de ardor de estómago —replicó burlón.

Divertida. Angelica se dedicó a vaciar las bolsas de comestibles. Para cuando la cena estuvo lista. Jake ya había puesto una música suave y corrido las cortinas. El ambiente era acogedor, pero no se entretuvieron mucho comiendo, Jake le comentó que, según los informes meteorológicos, iba a nevar.

—Y si este viento sigue soplando, no me gustaría conducir en medio de una tormenta de nieve.

—Si el tiempo empeora, podemos quedarnos en Laramie —sugirió Angelica.

—No, quería pasar el fin de semana en la cabaña. Esta noche la pasaremos allí.

Pero tenemos que salir ya.

La tormenta de nieve los sorprendió antes de que pudieran llegar a Centennial.

Y, como había temido Jake, era bastante fuerte. El viento

soplaba arrastrando tanta nieve que la visibilidad era casi inexistente. La carretera estaba tan resbaladiza que,

incluso con la tracción a las cuatro ruedas del coche de Jake, patinaron más de una vez.

—¿Podrás encontrar la cabaña? —se atrevió a preguntarle Angelica. Tenía la sensación de que llevaban dos horas conduciendo completamente a ciegas.

—Claro. Estaremos allí dentro de unos diez minutos.

—¿Y si la cabaña se queda aislada por la nieve? —preguntó en un murmullo.

—Si hay demasiada para el coche, siempre podremos salir de allí con las motonieves.

El pensamiento de hacer el trayecto a Laramie en motonieve le pareció aterrador a Angelica. Esperaba que la tormenta fuera de corta duración. Un fin de semana en la cabaña de Jake era lo máximo que había previsto. El lunes tenía que volver al trabajo.

Minutos después llegaron a la cabaña. Jake salió el primero y le tendió la mano para ayudarla a recorrer los escasos metros que los separaban de la puerta. Como Angelica apenas podía ver nada, aceptó agradecida su ayuda.

Una vez dentro, Angelica suspiró aliviada. En el coche había estado tan tensa como si hubiera conducido ella misma. Pero ya se encontraba a salvo en casa.

«En casa», repitió, contemplando el salón que ya le resultaba tan familiar. Hacia mucho, mucho tiempo que no había experimentado un sentimiento tan intenso de pertenencia a un lugar.

—Lo conseguimos —dijo suavemente.

—Sanos y salvos en casa —repuso Jake, y se inclinó para besarla.

# Capítulo 6

Angelica cerró la revista y se quedó contemplando el fuego. Había estado leyendo durante toda la mañana. La nieve continuaba cayendo regularmente, aunque el viento había amainado por la noche. El silbido del aire helado aumentaba su sensación de soledad.

Se preguntó dónde habría ido Jake. Había estado yendo de un lado a otro alrededor de la cabaña cuando ella empezó a leer después de desayunar, y después de murmurar algo acerca de revisar las motonieves, se había marchado. Angelica no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. Tenía pereza de moverse; estaba demasiado cómoda sentada en el sofá. Pero el fuego se estaba apagando, y debía avivarlo.

Tenía tantas cosas que hacer… Debía preparar sus lecciones. Había consumido la mayor parte de su tiempo en preocuparse por las extrañas cosas que le habían sucedido, y todos sus planes habían quedado desbaratados. Pero lo que realmente quería era encontrar a Jake y estar con él.

Recordó su decisión de mantener una actitud distante, de negarse a ceder a los sentimientos que la invadían cuando estaba cerca de Jake. En cualquier caso, no podía evitarlo. Lo quería.

Se levantó y echó un par de leños al fuego; luego se dirigió a la ventana, pensó que quizá debería hacerle algunas sugerencias a Jake acerca de cómo debía decorar la cabaña. La estructura era muy bonita y el mobiliario era bueno, pero demasiado austero. Jake sólo necesitaba hacer algunos arreglos para convertirla en un lugar cálido y acogedor.

Y si tenía éxito, Jake se acordaría de ella cada vez que entrara en la cabaña.

Sonriendo satisfecha, fue en busca de su bloc de notas.

Cuando hizo un descanso para preparar la comida, Angelica ya tenía una larga lista de todas las cosas que necesitaba. Calentó una sopa, y la acompañó de un pan francés que habían comprado en Laramie. Una vez preparado todo, fue en busca de Jake.

Lo encontró en la leñera, atareado con una de las motonieves. Tenía consigo una estufa portátil, así que se había quitado el abrigo

y arremangado la camisa. Las manos las tenía negras de grasa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Angelica, cerrando de inmediato la puerta cuando entró.

—Ayer no funcionaba bien, así que decidí echarle un vistazo. ¿Ya has terminado de leer? —no la miró, sino que continuó ajustando una válvula.

—Sí. Y he hecho una lista con las cosas que necesitas comprar para la casa. Es divertido pensar en qué se va a gastar el dinero otra gente.

—¿Qué? —Jake levantó la mirada hacia ella.

—Para tu cabaña. He hecho una lista de cortinas, alfombras, cojines, cosas así.

Necesitarás también estanterías y otros artículos. Además…

—Otra vez estás hablando sin parar. ¿Es que estás enfadada? —la miró con sospecha.

Angelica negó con la cabeza. No estaba enfadada, sino eufórica de estar con él.

Tan eufórica que se sentía aturdida. Pero eso no iba a decírselo.

—He preparado la comida. Sopa y pan caliente.

—Iré dentro de un minuto —dijo Jake, mientras seguía trabajando.

—Cuando quieras —y salió para la cabaña. Jake la siguió poco después.

Mientras se lavaba en el lavabo, Angelica sirvió la comida.

—Tiene un aspecto estupendo —comentó mientras se sentaba—. Cuando estoy solo aquí, siempre suelo comer sándwiches.

—Aquí hace demasiado frío para comer sándwiches —murmuró, contenta de que le gustara aquella modesta comida.

—Creo que está dejando de nevar. Podemos salir a pasear más tarde, si quieres

—le sugirió.

—Sí, es una buena idea.

—Esta mañana llamé a la comisaría. No hay noticias nuevas.

—Me conformo con eso —repuso Angelica—. Al menos no me han roto nada más; la puerta de la casa, la ventanilla del coche… ya era demasiado.

—Hace dos años, tuviste una relación muy intensa con alguien que, evidentemente, no correspondió a tus sentimientos. ¿Qué

sucedió entre vosotros dos aparte de la consabida ruptura? ¿Hubo discusiones, amargura, algún motivo de represalia? —le preguntó Jake de repente.

Angelica lo miró perpleja. De nuevo, Jake volvía a ser el frío profesional de costumbre.

—No; no hubo ningún motivo de represalia. Ni discusiones, que yo sepa. Sobre todo, hubo aturdimiento por mi parte —respondió con cuidado—. Quiero decir que, cuando todo terminó, yo no sabía qué era lo que había ido mal.

—Pero tuvo que haber algo de dolor, arrepentimiento, algún deseo de cambiar las cosas, de arreglarlas…

Jake se dijo que, curiosamente, estaba hablando de sus propios sentimientos.

Hasta el día anterior, había pensado que se las estaba arreglando bien. Pero la frustración de desear a esa mujer y de no ser capaz de tenerla, amenazaba con abrumarlo. Dos años atrás había tomado una decisión basada en circunstancias que parecían haber cambiado. Aún así, no creía que pudiera cambiar de decisión, aunque todavía seguía teniendo remordimientos.

—¿Y si hubo todo eso que dices? —le preguntó Angelica, desafiante. Si Jake pretendía excusar su comportamiento o soltarle algún tópico…

—Pues entonces quizás ese hombre esté empleando una táctica diferente, una que te haga consciente de tu propia soledad, de la necesidad que pudieras sentir de él…

Angelica lo miró horrorizada. ¿Habría montado Jake todos aquellos sucesos para luego aparecer como el héroe salvador dispuesto a protegerla? Pero si no había necesidad de eso… Con una simple llamada de teléfono, ella habría acudido presurosa a su lado. Había ansiado tanto recibir esa llamada…

Pero no, eso no tenía sentido. Además, Jake había estado con ella cuando alguien forzó su coche. Y era un hombre demasiado honesto para hacer algo parecido.

—Creo que no entiendo lo que estás diciendo —empezó a decir —. Yo no di por terminada esa relación. Tú… digo él… Fue él quien lo hizo.

En ese momento sonó el teléfono.

—Morgan —contestó Jake, sin dejar de mirarla.

Angelica se estremeció de terror. ¿Se trataría de una nueva llamada de la policía de Laramie, comunicándoles que algún familiar suyo había resultado herido? ¿O

quizá habían encontrado al intruso?

—Gracias por la información. Mantenedme informado —y colgó el auricular.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada. Me han informado del curso de las investigaciones. La colaboración de tu vecina no ha aportado gran cosa. Sólo sabemos que se trata de un hombre, nada más. Y también que su coche es oscuro. Así es que estamos tomando nota de todos los que pasan por tu casa con esas características.

—Odio todo esto —comentó estremecida—. Me siento como si fuera prisionera de alguien, y yo no he hecho nada malo.

—Sé que es una situación muy tensa, pero la estás sobrellevando bien. Al final, lo encontraremos. Cometerá algún error, o hará algo que nos conduzca hasta él. Lo capturaremos.

—Espero no haberme convertido en un caso perdido antes de que eso suceda.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. No hay nada más que pueda hacer por ti.

—Podrías abrazarme —le dijo de pronto, mirándolo anhelante.

Pero Jake no se movió; su expresión era seca, dura.

—Olvídalo —se apresuró a añadir Angelica—. Lo que pasa es que… algunas veces me siento tan asustada… —se sentía como una idiota por haberle pedido que la abrazara.

—No creo que sea una buena idea, Angel.

—Sí, tienes razón. Ya soy mayor. No necesito que nadie me abrace y me bese, diciéndome que todo saldrá bien.

Jake cerró los ojos por un momento, y volvió a abrirlos de repente.

—Es lógico que tengas miedo. Vamos a protegerte. Lo encontraremos, te lo prometo.

Angelica asintió, avergonzada. ¿Cómo podía haberle pedido que la abrazara?

No era ningún bebé necesitado de que lo acunaran… Era una mujer madura…

Las lágrimas inundaron sus ojos. Estaba asustada. Su vida entera

había resultado trastornada y ni siquiera sabía por qué. Sólo quería que Jake la abrazara.

—Vamos, cariño —Jake la hizo levantarse y la llevó al salón. Dejándose caer en el sofá, la sentó sobre su regazo y la abrazó—. Te dije que abrazarte no era una buena idea a causa de todos los pensamientos lascivos que se me pasan por la cabeza cuando te tengo en mis brazos —le susurró al oído; en contraste con sus palabras, su contacto estaba desprovisto de emoción. Estrechándola contra sí, le acarició tiernamente la espalda.

Angelica suspiró, cerró los ojos y se dedicó a disfrutar de aquellas sensaciones.

Jake la hacía sentirse segura. Encontraría al tipo que la estaba acosando. Estaba convencida. Todo volvería a la normalidad y ella se encontraría a salvo. Sola, enfrentándose a un futuro sin el hombre al que amaba, pero a salvo. Y todo, gracias a él.

Por su parte, Jake estaba realizando un gran esfuerzo para abrazar a Angelica con el fin de darle consuelo; para él era como una especie de infierno. Ansiaba besarla, hacerle el amor, encontrar un lugar para ella en su mundo, a despecho de todos los obstáculos. Pero sabía que eso no funcionaría; estaba convencido. Y ella tenía que saberlo también. Nunca le hablaba de la época en que salieron juntos. Y él tampoco sacaría a colación ese tema.

Angelica se sorprendió a sí misma memorizando cada uno de aquellos momentos. Aspiró profundamente, saboreando el aroma especial de Jake. Enterró la nariz en su pecho y contuvo el aliento para recordar mejor su olor. Sentía sus brazos en la espalda, la dureza de sus muslos bajo los suyos, la fuerza de su pecho ofreciéndole consuelo y apoyo. ¿Sería posible detener el tiempo en ese instante? Lo habría dado todo por poder hacerlo. Aunque viviera cien años, jamás olvidaría a Jake Morgan. Sabía que lo amaría para siempre.

Pero también sabia que la vida era injusta. Había perdido a sus padres cuando era pequeña. Y el amor que podía sentir hacia un hombre no siempre era correspondido. Suspirando, sintió que las lágrimas volvían a inundar sus ojos. Pero en esa ocasión era por lo que podría haber tenido, y no tenía.

—A lo mejor te estoy aplastando —susurró Angelica, levantando la cabeza para mirarlo. Sentía su aliento acariciándole las mejillas,

casi podía palpar el calor que emanaba de su cuerpo.

—No.

Cuando Jake tomó su rostro entre las manos y le enjugó las lágrimas, Angelica sintió que el corazón se le derretía en el pecho. Parecía sinceramente preocupado por ella.

—Cuidaré de ti, Angel; no dejaré que nadie te haga daño.

—Estoy bien… de verdad. Ya no volveré a preocuparme.

—Oh, quizá deberías empezar a preocuparte… por mí —y después de pronunciar esas palabras, la besó con pasión.

¿Había sido eso realmente lo que había estado buscando?, se preguntó Angelica. Cuando estaba entre sus brazos, ni se preocupaba por el futuro ni se lamentaba del pasado. Sólo sentía. Sentía la maravilla de sus caricias, la magia de su abrazo.

Abrió la boca para profundizar el beso y el mundo empezó a girar a su alrededor en el momento en que Jake la tumbó en el sofá. Momentos de inefable deleite se fueron sucediendo mientras él la besaba sin cesar. Se olvidó incluso de respirar. La sangre corría acelerada y ardiente por sus venas, latiéndole en las sienes.

El tiempo se paralizó, y los dos se perdieron en un mundo propio de maravilla, pasión y amor.

Jake se retiró demasiado pronto. Angelica emitió un pequeño gemido de protesta, y él volvió a besarla antes de incorporarse.

—Vamos a dar ese paseo —se levantó para dirigirse a la ventana —. Ha dejado de nevar.

Angelica lo miró sorprendida, preguntándose qué le habría sucedido. Tan pronto la estaba besando con pasión, ajeno a todo, ¡como al minuto siguiente le proponía que dieran un paseo! Deprimida, se levantó del sofá y se dirigió al dormitorio. Las piernas apenas podían sostenerla.

—Saldré dentro de un minuto —dijo mientras cerraba la puerta. Apoyándose en ella durante un momento, cerró los ojos para revivir aquel beso. Le había dado un beso para toda la vida, y momentos después quería dar un paseo por la nieve.

Sacudiendo la cabeza, se apartó de la puerta. Se cepilló el cabello y se hizo una trenza. Al mirarse en el espejo vio que tenía un brillo oscuro en los ojos, las mejillas ruborizadas y los labios levemente irritados. Poco después salió del dormitorio, con el corazón encogido.

Jake, que ya se había puesto su impermeable, la estaba esperando en la puerta.

Angelica tomó el suyo, se caló un gorro de punto y se puso unos mitones de lana.

—Ya estoy lista —dijo fingiendo un tono ligero. Pensó que, pasara lo que pasara, regresaría a su casa al día siguiente.

Al salir al porche, se quedó sin aliento. El aire era tan frío que casi le quemaba la cara. Un manto de nieve cubría enteramente el paisaje, incluyendo el coche de Jake.

Sonriendo de placer, bajó apresurada los escalones del porche. —¡Es maravilloso!

Vamos a ser los primeros en pisarla.

—Sí. ¿Quieres ayudarme a abrir un camino con la pala? —le preguntó Jake desde lo alto del porche, explorando la zona con la mirada, como era su costumbre.

—No; y tú tampoco vas a hacer nada con la pala. Vamos, dijiste que íbamos a pasear… pues paseemos.

Y echó a correr. La nieve le llegaba hasta más arriba de los tobillos. Segundos después, dando grandes zancadas, Jake se reunió con ella.

—¿No te recuerda esto cuando eras pequeño? —exclamó Angelica, contenta, preguntándose si sus recuerdos serían tan entrañables como los suyos.

—Te olvidas de que soy de Denver. Prácticamente no conocíamos el campo.

Angelica vio a lo lejos un grupo de árboles y sonrió, traviesa.

—¿No jugabais a tiraros bolas de nieve? —le preguntó con tono inocente.

—Sí, pero no muy a menudo. No había muchos niños donde vivía. ¿Por qué?

¿Quieres pelea?

—No, qué va. Podríamos hacer un muñeco de nieve.

—¿Y qué pasa con los Angeles de nieve que solías hacer? —le preguntó Jake.

Sin previo aviso, Angelica se dejó caer de espaldas. Lentamente abrió y cerró los brazos, arrastrando la nieve a los lados. Luego hizo lo mismo con las piernas.

—Pero para que me quede un Angel de nieve perfecto, necesito

que alguien me ayude a levantarme. De otra forma borraría los surcos —dijo mientras extendía cuidadosamente los brazos hacia adelante.

Jake se echó a reír y la ayudó a levantarse, con cuidado de no pisar la huella que había dejado en la nieve. Luego observaron juntos la figura resultante. —Perfecto,

¿verdad? —inquirió con tono triunfal. Le encantaba verlo reír.

—Desde luego —comentó Jake, con los ojos fijos en ella, y no en la figura que había hecho en la nieve.

—Todo es cuestión de técnica. Y de no levantarse uno mismo. Mis hermanos eran demasiado impacientes y no podían esperar a que alguien los ayudara a levantarse. Por eso sus Angeles… —en realidad, a Angelica no le importaba realmente lo que estaba diciendo, hipnotizada como estaba por la mirada de Jake.

Sólo quería que la besara otra vez, como lo había hecho en el sofá.

Una intensa decepción la invadió al ver que Jake se apartaba y continuaba andando.

—Lo recordaré. Es cuestión de técnica.

—Como hacer un muñeco de nieve —comentó ella, apresurándose a alcanzarlo.

—¿Ah, sí?

—Claro. Kyle siempre quería hacer muñecos enormes. Hacía un cuerpo tan grande y alto, que luego éramos incapaces de colocarle la cabeza; nunca alcanzábamos. Es preciso tener cierto sentido de la moderación.

—Pero eso era cuando erais niños. ¿Cómo de grande crees que podríamos hacer un muñeco ahora?

—¡Oh, no! Me temo que eres tan megalómano como Kyle…

—Creo que podemos superar a tu hermano.

Y empezaron a amasar la nieve para hacer el muñeco, mientras Angelica le contaba cómo su madre procuraba entretener a sus tres hijos durante los largos días de invierno, inventándose nuevas actividades. Todo eran recuerdos felices, entrañables.

Jake la escuchaba fascinado, sin hablar apenas. Angelica tenía suficientes historias y anécdotas que contarle para mantenerle entretenido todo el día y la noche, si hubiese querido.

Juntos hicieron la cabeza del muñeco y fue Jake quien la

levantó para encajarla en el cuerpo.

—Necesitamos una cámara —dijo Angelica, dando los últimos retoques a la cara del muñeco, que era tan alto como ella—. Kyle nunca se lo creerá si no le entregamos una fotografía. ¿Tienes una cámara?

—No. Tendrá que confiar en tu palabra.

—Oh, tú no conoces a Kyle. Se cree que lo sabe todo, desde lo que es mejor para mí hasta la manera en que Rafe debería administrar el rancho. Me dirá que es mentira y se quedará tan tranquilo —suspiró con expresión burlona—. Éste es el muñeco de nieve más grande que he visto nunca. Me da igual que podamos o no convencer a Kyle.

Jake permanecía silencioso, abismado en sus pensamientos.

—Jake, vuelve a la realidad —le dijo Angelica, sacudiéndolo de un brazo.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—Sólo estaba pensando. ¿Lista para regresar?

—Casi. Vamos, paseemos un poco más.

Angelica se volvió para que Jake no viera el brillo travieso de sus ojos y no descubriese sus planes. Ardía de expectación. Se sentía feliz y despreocupada, como si hubiera vuelto a la infancia.

Siguieron caminando hacia donde la nieve era más profunda. Tan pronto como llegaron a un grupo de árboles, Angelica se detuvo para recoger un puñado de nieve, que fue apelmazando con las manos.

Jake continuó andando lentamente, a la espera de que ella lo alcanzara. Como vio que no lo hacía, se volvió y miró con sospecha la bola que sostenía en una mano.

—Dijimos que no íbamos a tirarnos bolas de nieve.

—Eres un aburrido, ¿lo sabías?

—Cariño, no vas a darme —Jake no perdía de vista la bola en ningún momento.

—¿Quieres apostar? —le preguntó ella suavemente, acercándosele.

Jake fue retrocediendo hasta quedar bajo uno de los árboles y, esbozando una sonrisa triunfal, Angelica decidió atacar. La bola que le lanzó hizo impacto en una

pesada rama, y una avalancha de nieve la cayó a Jake en la cabeza, cubriéndolo casi por completo.

Riendo a carcajadas, Angelica se volvió y echó a correr. Había practicado ese truco tantas veces con Rafe y Kyle, que casi se había convertido en una rutina. Si pudiera llegar a la cabaña antes de que…

Pero Jake se lanzó a sus pies, derribándola sobre la nieve. Angelica estaba muerta de risa, por lo que prácticamente no pudo oponerle resistencia.

Volviéndola boca arriba, Jake agarró un puñado de nieve y se lo metió en el cuello, por debajo del abrigo.

—¡No! ¡Qué fría! ¡Para! ¡Para! —chilló. Intentó escapar, pero él la sujetó firmemente de las piernas.

—Claro que está fría. Como la nieve que me ha caído antes en la cabeza.

—De acuerdo, me rindo. Lo siento —se disculpó Angelica, riendo.

—No, todavía no tienes suficiente —y agarró otro puñado de nieve.

Angelica le dio un manotazo y lo empujó, derribándolo. Los dos rodaron por la nieve, hasta que quedaron inmóviles.

—Te imploraré perdón —le dijo, besándolo en los labios—. Pero delante de la chimenea, ¿de acuerdo?

Jake le acunó la cara entre las manos y la miró fijamente, con una misteriosa expresión en sus ojos oscuros. Pensaba que Angelica estaba encantadora, con el rostro lleno de color, los ojos brillantes, y aquella maravillosa sonrisa que esbozaban sus labios.

—Angel, me estás volviendo loco, ¿lo sabías?

—Yo sólo quería que nos divirtiéramos un poco —repuso ella, sonriendo.

Jake apoyó la frente contra la de ella, cerrando los ojos. Luego, aspirando profundamente, se incorporó y la ayudó a levantarse.

—¿Está fría? —le preguntó al ver que intentaba sacudirse la nieve que se le había metido bajo el cuello del abrigo.

—Un poco… —Angelica reía sin cesar, pensando que hacía años que no se divertía tanto.

—Pues yo estoy como tú. Venga, volvamos a la cabaña. Esta vez no te separarás de mí durante todo el camino —le advirtió mientras

echaba a andar.

—Descuida —murmuró, siguiéndolo.

Jake tuvo buen cuidado de dejar varios pasos de distancia entre ellos. Angelica no sabía por qué, pero sospechaba que lo hacía para no ponerle las manos encima. Y

ella ansiaba precisamente eso. Se habría quitado instantáneamente los mitones si Jake hubiera mostrado alguna intención de tomarla de la mano. En vez de eso mantenía una actitud distante, más distante que nunca. Como si fueran realmente los dos desconocidos que habían llegado a ser el uno para el otro durante los dos últimos

años. Como si los días que habían pasado juntos no hubieran significado nada.

¿Representaba ella para él solamente un caso más a resolver en su carrera policial?

¿Estaba con ella simplemente a causa de su sentido del deber?

Jake avivó el fuego y le dijo a Angelica que se cambiara; luego volvió a salir para seguir reparando la motonieve. La joven no puedo evitar sentirse decepcionada.

Aquel gesto le recordaba lo sucedido dos años atrás, cuando dejó de verla sin despedirse. Se estaba alejando de ella otra vez. Aquella tarde se habían divertido mucho hasta que ella le pidió con la mirada que la besase. Y su rechazo era evidente.

—¿Qué es lo que te pasa? Ya me has besado antes —exclamó para sí, sola en la habitación, antes de entrar en el dormitorio para cambiarse.

La cena transcurrió en un ambiente tenso. Ninguno de los dos abrió la boca excepto para comer. Cuando Jake le dijo que él se encargaría de lavar los platos, Angelica asintió de inmediato, comprendiendo que su intención era evitar su compañía.

—Tengo que volver mañana —le informó mientras llevaba su plato al fregadero.

—No hay necesidad, puedes quedarte aquí.

—Está decidido. Tengo que volver a mi vida normal. Te agradezco que me hayas traído. Y espero que le hayamos dado tiempo suficiente a la policía para que capture al intruso. Pero tengo cosas que hacer. Aparte de ser la víctima de ese tipo, tengo mi vida propia, ¿sabes?

—¿Te está esperando alguien en especial? —le preguntó Jake con expresión sardónica.

—Quizá —mintió, deseosa de terminar con todo aquello.

—Yo creía que en este momento no estabas relacionada sentimentalmente con nadie —la miró fijamente, como si pudiera leerle el alma.

Angelica se volvió de repente y lo miró irritada.

—Eso no te concierne. Estuvimos saliendo juntos hace dos años, y eso terminó.

Desde entonces, mi vida es asunto mío, y sólo mío. No tiene nada que ver contigo.

Jake palideció visiblemente al escuchar sus palabras, y se quedó inmóvil.

—Tienes razón. Tu vida no me concierne. Mañana te llevaré a la ciudad. —Gracias —con la cabeza bien alta, Angelica entró en el dormitorio y cerró la puerta con exquisito cuidado. Sintiéndose mareada, se dispuso a acostarse. Había ansiado que Jake le dijera algo, cualquier cosa, que le demostrara que estaba preocupado por ella, que la quería. Pero todo había terminado. Tenía que seguir adelante con su vida, en la que Jake no ocuparía ningún lugar.

# Capítulo 7

—Ya puedes utilizar el cuarto de baño —le dijo Angelica a Jake cuando a la mañana siguiente entró en la cocina. Se negaba a mirarlo. Había hecho su maleta y la había dejado al lado de la puerta. Estaba lista para salir tan pronto como terminaran de desayunar. No quería pensar en nada, salvo en su propio futuro.

Mientras desayunaba, se decía que sólo tenía que aguantar un poco más y al fin quedaría libre. Libre de la constante necesidad de tocarlo, de escucharlo, de mirarlo.

Libre del dolor que le desgarraba el corazón.

Al oír el ruido de la ducha, pensó con tristeza que «el juego de las casitas» con Jake estaba tocando a su fin. Aunque breve, en su mayor parte había sido divertido.

Tomó la lista que había hecho con las cosas que necesitaba para la cabaña y la dejó sobre la mesa. Tanto si Jake le hacía caso como si no, ya no le importaba. Ya no volvería a pisar aquella cabaña.

Durante el trayecto hacia Laramie, ninguno de los dos dijo nada. La autopista estaba despejada de nieve y hacía buen tiempo.

—Echaré un vistazo para comprobar que todo va bien —dijo Jake cuando aparcó frente a la casa de Angelica, y abrió la puerta.

La joven asintió, y salió del coche. Después de tomar su maleta, sacó la llave de la puerta y se la entregó; prefería ceder antes que tener que discutir.

Jake abrió la puerta y entró mientras Angelica se quedaba a un lado, esperando.

No tardó en volver con ella.

—No hay señales de ninguna entrada violenta —le dijo con tono formal.

—Gracias, señor policía. Le agradezco sus atenciones —dijo Angelica mientras entraba. De inmediato se dispuso a cerrar la puerta, pero Jake se lo impidió.

—Te recogeré por la mañana para llevarte a la universidad. Cuando tu coche esté arreglado, te lo llevaré a casa.

—Gracias, pero no es necesario. Tengo amigos que…

—Te recogeré por la mañana —insistió él con un tono que no admitía discusión.

—Muy bien —tragó saliva, nerviosa, y cerró la puerta.

Afortunadamente, tenía muchas cosas que hacer. Preparó las clases, despejó de nieve el camino de entrada y visitó a sus vecinos. Su vida parecía haber vuelto a la normalidad.

A la mañana siguiente, Angelica se acercó a la ventana, observando la calle.

Jake no le había dicho a qué hora iría a recogerla, pero ella sabía que se presentaría lo suficientemente temprano como para que pudiera llegar a tiempo a su primera clase.

Como buen profesional de la policía que era, debía de haber investigado el horario de sus clases. Se preguntó qué más detalles habría descubierto sobre ella mientras intentaba resolver aquel caso. Jake no podía saber que no había salido con nadie, ya

que en la cabaña había intentado averiguar a quién había estado viendo. ¿Por qué?

¿Realmente sospechaba que alguien podría estar acosándola por venganza, o simplemente se debía a su propia curiosidad?

Se quedó sobrecogida al ver el coche de Jake detenerse frente a la casa. Se había quedado tan absorta en sus pensamientos, que no lo había visto llegar. Se puso el abrigo, tomó el maletín y salió. Al verla, Jake se apresuró a abrirle la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días —«puedo ser tan formal como él», pensó mientras subía al vehículo.

El trayecto hasta la universidad les llevó menos de cinco minutos, y Jake aparcó frente al edificio Ross. Angelica le lanzó una rápida mirada antes de abrir la puerta.

—Gracias por traerme.

—Tu coche estará listo a las dos. Te recogeré aquí mismo.

—Yo puedo…

—No discutas, Angel. Haz lo que te digo por una vez.

—¡Por una vez! Déjame decirte, Jake Morgan, que yo hago siempre lo que quiero, y no lo que me ordena un policía autoritario como tú.

Jake se pasó una mano por el cabello y la miró fijamente.

—No he podido pegar ojo en toda la noche. Tengo un millón de cosas que hacer. Si consigo un poco de tiempo para venir a recogerte y llevarte al taller, ¡será mejor que me esperes aquí! —

exclamó, casi gritando de frustración.

—Gracias. Te esperaré aquí a las dos —Angelica salió del coche y cenó de un portazo.

Una vez que Jake se hubo marchado, Angelica se preguntó por qué no habría podido dormir aquella noche. Si estaba tan loco como para hacer de chófer con ella,

¿por qué no le encargaba esa tarea a otra persona? No tenía ninguna necesidad de depender de él.

Sacudiendo la cabeza, entró en el edificio. Le gustaba subir al cuarto piso por las escaleras, para hacer un poco de ejercicio. Cuando estaba llegando al primer rellano, se hallaba tan absorta pensando en Jake que no se dio cuenta de que había otra persona en la escalera. El hombre se abalanzó de repente sobre ella y le intentó arrebatar el maletín.

De resultas del forcejeo, Angelica perdió el equilibrio y cayó rodando hasta el pie de la escaleras. Le dolía una muñeca, la cabeza le ardía por el golpe y se había torcido un tobillo. Se esforzó por sentarse, aturdida. Fue entonces cuando se dio cuenta de que le habían robado el maletín.

Tras un vano intento por levantarse, tuvo que renunciar. La lesión del tobillo se lo impedía. Al oír unas voces de estudiantes, gritó pidiendo ayuda.

Afortunadamente, la socorrieron casi de inmediato.

Angelica se encontraba en una pequeña habitación del hospital de la ciudad.

Estaba sentada en una cama, con las piernas extendidas. Reconoció la voz de Jake. Le habían limpiado y curado la herida de la cabeza, así como las del tobillo y la muñeca.

También le habían hecho radiografías antes de aplicarle los vendajes.

Había respondido a todas las preguntas que le había hecho la policía del campus, y ese momento estaba esperando a que alguien la llevara a su casa. El director de su departamento había sido informado de lo sucedido, y se había encargado de conseguir un suplente para sus clases.

Se puso a contar los segundos que tardaría Jake en entrar en la habitación. Poco antes lo había oído dar voces al otro lado de la cortina, hablando con alguien.

—¿Qué diablos ha sucedido? —Jake irrumpió en la sala como un toro enloquecido. En su rostro podía leerse claramente la rabia y la frustración.

—Supongo que alguien quería mi maletín —explicó Angelica—. Quizá fuera eso lo que quería todo el tiempo, y deje ahora de molestarme.

—¿Estás bien? —le preguntó Jake con tono suave, inclinándose sobre ella. Con extremada delicadeza, le sujetó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Lo estaré —tragó saliva, nerviosa, esforzándose por contener las lágrimas.

Ansiaba tanto recibir su consuelo, que la abrazara y la hiciera sentirse segura…

—Diablos. Angel, te dije que te protegería y mira lo que ha pasado…

—No ha sido culpa tuya —replicó ella, extendiendo una mano para tocarle el hombro. Por un momento se preguntó quién estaba consolando a quién.

—Debí haberte acompañado al despacho.

—Oh, vamos, Jake, sé razonable. Me dejaste delante del edificio. Nadie podría haber imaginado que sucedería algo parecido. Él se abalanzó sobre mí, pero si yo no hubiera perdido el equilibrio, no me habría pasado esto. Fue tan rápido que no pude reaccionar a tiempo. Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, ya había llegado rodando al pie de la escalera.

—¿Te has roto algo? —le tocó ligeramente la muñeca vendada.

—No; sólo son contusiones y arañazos. Tengo sendos esguinces en la muñeca y en el tobillo. Estaré perfectamente dentro de unas semanas. De verdad.

—¿Qué llevabas en tu maletín?

—Nada importante, los apuntes de las clases. Dios, voy a tener que prepararlas de nuevo. Es sencillamente ridículo.

—Tenía que haber algo más. Piensa, Angel.

De repente, un joven médico apartó la cortina y entró en la habitación.

—Profesora, ¿éste es el señor que va a llevarla a su casa?

Angelica miró a Jake arqueando las cejas con expresión interrogante.

—Sí, yo voy a llevarla a su casa. ¿Va a darme alguna instrucción?

—Hasta dentro de dos días no podrá apoyarse en el pie lesionado. Le hemos programado una cita para seguir su evolución.

En ese momento, llegó una enfermera con una silla de ruedas. Antes de que los demás reaccionaran, Jake levantó en brazos a Angelica y la sentó en la silla.

—Cuidaré de ella y seguiré sus instrucciones —murmuró.

Angelica quiso protestar, pero se contuvo. Ya tendría tiempo de discutir con él cuando salieran del hospital.

Jake la llevó a su casa, tomó sus llaves y fue a abrir la puerta. Luego volvió al coche y la levantó en brazos.

—Puedo saltar sobre un pie. Bájame. Peso demasiado.

—Nada de eso. Creo que durante los dos últimos años has adelgazado mucho.

Deberías comer más.

—Como lo suficiente. Bájame de una vez —le rodeó el cuello con un brazo y, a pesar del grueso abrigo que llevaba, pudo sentir su calor, la fortaleza de su pecho y de sus brazos. Ansiaba apoyar la cabeza en su hombro, dejarse llevar y permitir que cuidara de ella, aunque sólo fuera por ese día…

—Espera un poco —entró en la casa con ella en brazos y la llevó directamente al dormitorio. Después de acostarla con cuidado en la cama, la ayudó a quitarse el abrigo y la arropó con una manta.

Una vez hecho eso se quedó de pie, mirando a su alrededor. Ya había visto el salón de su casa antes, pero era la primera vez que entraba en su dormitorio, y se preguntó cuándo y para qué habría adquirido aquella gran cama de matrimonio.

Una mujer que vivía sola no necesitaba una cama tan grande. ¿Realmente había vivido sola? Disgustado por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos, miró a Angelica. Ella a su vez lo estaba mirando con expresión asombrada, perpleja.

—Tengo que ir a la comisaría, y después a mi casa para recoger unas cosas.

Estaré de vuelta dentro de un par de horas. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—¿Vas a volver? ¿Para qué? Puedo llamar a Martha para que me ayude. Estoy segura de que no le importará.

—Me quedaré aquí.

—¡No!

—No discutas.

—Jake, no puedes quedarte aquí. No tengo más dormitorios…

—Dormiré en el salón.

—No puedes dormir en un sofá tan pequeño.

—Ya me las arreglaré. Descansa hasta que vuelva. ¿Necesitas algo hasta entonces?

—No, y tampoco necesito que vuelvas. Tengo unos vecinos que…

—No sigas, Angel. Si nos hubiéramos quedado en la cabaña, todo esto no habría sucedido.

—Pero yo tengo que trabajar —replicó Angelica, sabiendo que ésa no era la verdadera razón por la que se había marchado de la cabaña.

—¿Qué llevabas en tu maletín?

—Ya me has preguntado eso.

—Estoy intentando encontrar un sentido a todo esto.

—Ya, no he debido haberme olvidado de que eres policía —se dijo que tampoco debería haber olvidado que no lo había visto durante los dos últimos años. Jake sólo había vuelto con ella debido a los recientes acontecimientos. Una vez que resolviera el caso, ¿volvería a verlo alguna vez?

—Angel —pronunció con un claro tono de advertencia.

—De acuerdo, de acuerdo. Llevaba muchas cosas en el maletín. Mi lista de asistencias a las clases, mi calendario para el semestre de primavera, el borrador de un articulo que estoy escribiendo, una invitación a una ceremonia en honor de un nuevo profesor del departamento… —cerró los ojos, intentando recordar—. Déjame pensar… la correspondencia que recogí el martes pasado, y que todavía no había leído. No pude recogerla hasta ayer mismo.

—¿Por qué alguien habría de querer algo de eso? —se preguntó Jake, con el ceño fruncido—. ¿El artículo reviste especial importancia?

—No, sólo es un trabajo de divulgación sobre un teorema muy conocido. A nadie se le ocurriría robar algo así.

—La policía de la universidad me dijo que no reconociste al asaltante.

—No; era alto, más que yo. Llevaba un pasamontañas, un abrigo azul marino y unos vaqueros oscuros. Todo sucedió tan rápido que no puede fijarme en nada más.

—Angel, tú eres una mujer muy inteligente. Debes de tener algo que ese tipo quiere, o quería, si ya ha conseguido lo que estaba buscando. Piensa en ello durante mi ausencia.

—No necesito que te quedes aquí —insistió Angelica una vez más.

Jake se inclinó sobre ella y la tomó suavemente de la barbilla.

—Yo sí lo necesito. Necesito asegurarme de que te encuentras bien —le dio un leve beso en la frente.

Angelica apoyó la cabeza en las almohadas e intentó relajarse. Estaba muy nerviosa tanto por el ataque que había sufrido, como por la perspectiva de tener a Jake en su casa. Suspirando resignada, cerró los ojos. Al parecer, no podía luchar contra el destino.

Durmió a ratos a lo largo de todo el día, a medias consciente de la presencia de Jake moviéndose por la casa. Cuando al fin se despertó, por la tarde, estaba hambrienta. Se incorporó con cuidado, bajando los pies al suelo. Sentía un dolor

pulsante en el tobillo. Midió la distancia que la separaba del cuarto de baño y vaciló.

En ese momento, Jake apareció en el umbral.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó, apoyado en el marco de la puerta.

Angelica levantó la mirada. Su figura estaba envuelta en sombras.

—Supongo que sí. El tobillo me duele y no creo que pueda apoyarme en él.

—Recuerda lo que te dijo el médico —dijo Jake, acercándosele —. Nada de andar durante un par de días —sin aparente esfuerzo, la levantó en brazos y la llevó al cuarto de baño; una vez que la dejó allí, le dijo antes de salir—: Llama cuando hayas terminado —y cerró la puerta.

Después de llevarla al salón y de sentarla con exquisito cuidado en el sofá, Jake le dijo que la cena pronto estaría lista. Una melodía lenta sonaba en el estéreo y las lámparas proyectaban una luz suave sobre la habitación. Angelica pensó que le habría gustado tener una chimenea en la casa. Las veladas que había pasado con Jake delante

del fuego, en la cabaña, habían sido maravillosas.

En general, la mayor parte del tiempo que había pasado con Jake había sido maravilloso.

—La cena está deliciosa —comentó Angelica momentos después.

—Gracias.

—Y yo que creía que no sabías cocinar…

—No tengo más remedio; tengo que comer.

—¿Dónde aprendiste? —le preguntó ella.

—En casa. Cuando era niño, mi tío volvía a casa muy tarde, así que casi todas las noches tenía que preparar yo la cena.

—¿Vivías con tu tío? —Angelica sabía que era hijo único. En cierta ocasión, cuando le preguntó por sus padres, Jake simplemente le dijo que habían muerto.

—Sí, desde que tenía seis años hasta que fui a la universidad.

—¿Vivíais los dos solos?

—Sí. Mi tío nunca llegó a casarse.

Angelica lo miró, preguntándose miles de cosas. Jake jamás le había hablado de su pasado. Dos años atrás habían estado demasiado inmersos en el presente, y aquello sólo había durado un par de meses. El tiempo suficiente para que se enamorara de él. Se preguntó cómo habría sido su infancia.

—Háblame de tu tío.

Jake la miró, encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Compartíamos un apartamento. Y yo aprendí a cocinar.

—¿Sigues viéndolo?

—Murió cuando yo estaba en la universidad.

—La longevidad no parece un rasgo característico de tu familia —comentó Angelica.

—Todos murieron en accidentes. Mis padres murieron en un accidente de avión. Mi tío era policía, pero no murió en acto de servicio. Falleció al caerse de una escalera muy alta, cuando intentaba ayudar a un amigo a instalar unas contraventanas.

—¿Te hiciste policía por tu tío?

—Sí.

—Entonces, ¿no tienes ningún familiar?

Jake negó con la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados, como si intentara adivinar a dónde quería llegar.

—Yo perdí a mis padres —le confesó Angelica—, pero siempre tuve a Rafe y a Kyle. Y ahora tengo a Charity y al pequeño Cristopher, también.

—La esposa de Rafe y su hijo, ¿no?

Angelica asintió, sonriendo.

—Allí, en esa estantería, tengo la última fotografía de la familia. ¿No es un bebé precioso? Rafe está como loco con su hijo. Casi tanto como lo está por Charity —dijo con expresión nostálgica. Envidiaba a su hermano mayor por haber encontrado al amor de su vida. Su esposa y él se amaban con locura.

—Entonces, el gran amor de tu vida no prosperó —le dijo Jake de repente, con tono suave.

Angelica parpadeó asombrada, dolida por la burla de sus palabras. Se dijo que Jake no necesitaba restregarle por la cara el hecho de que no la amaba. Y tampoco necesitaba ser tan cruel con ella. Con expresión digna, levantó la barbilla.

—Supongo que no. Pero no me avergüenzo de mis sentimientos.

—Lo siento, Angel.

Ella sabía que lo decía sinceramente. No era un hombre cruel, el problema era que no la amaba. Asintió, jugando con los restos de la comida, hasta que hizo a un lado el plato.

—Gracias por la cena. Ha estado deliciosa.

—¿Te apetece un café? —Jake se levantó y recogió los platos para dirigirse a la cocina.

—Sí. Tengo una botella de brandy en la nevera; me gustaría echarle un poco al café.

Jake llevó las dos tazas al salón, le entregó una y se sentó a su lado en el sofá, apoyando un brazo en el respaldo.

—Ojalá pudiera cambiar las cosas, Angel —dijo en voz baja, atrayéndola hacia sí.

—Pero eso no se consigue simplemente deseándolo —repuso ella con tristeza.

—No, no puedes hacer que la gente te quiera si no es así, por mucho que lo desees.

Angelica tomó un sorbo de café, esforzándose por salir de la depresión en la que se estaba hundiendo cada vez más, con sus tristes reflexiones.

—Entonces, ¿ha ocurrido alguna novedad mientras estaba

durmiendo? —inquirió, decidida a contener las lágrimas, al menos hasta que se quedara sola.

—Ninguna sobre el asaltante. Excepto tú, nadie lo vio. Sin embargo, encontraron tu maletín en un cubo de basura detrás del edificio de geología. Vacío.

—Al menos no se perdió. Me lo regalaron mis hermanos cuando me gradué. Me alegro de haberlo recuperado.

—Hemos descartado que se trate de algo relacionado con la fuerza aérea. La mayor parte de las personas con las que hemos hablado ni siquiera saben que trabajas para ellos.

—Sé sincero conmigo, ¿de verdad le estás contando eso a toda la gente que me conoce?

—Estamos interrogando a gente que podría facilitarnos alguna información.

—Se supone que el trabajo para la fuerza aérea es estrictamente secreto. Por eso no se lo dije a nadie.

—La mayor parte de la gente que hemos entrevistado se mostró impresionada por ese aspecto de tu vida profesional.

—Si no tiene que ver con ese trabajo, ¿crees que pueda estar relacionado con la universidad?

—A no ser que tengas alguna fórmula ultra secreta para engordar el ganado, que algún sindicato agrario esté intentando conseguir.

—No —repuso Angelica, riendo—. Eso se lo dejo a Kyle y a Rafe. Algunas veces voy a casa a ayudarlos, pero no estoy tan locamente enamorada del rancho como esos dos. ¿Has estado alguna vez en un rancho?

—No. Jamás he visitado uno.

A Angelica le habría gustado invitarlo a conocer el rancho. Aunque Jake no supiera nada sobre reses y caballos, estaba convencida de que se adaptaría perfectamente a aquel ambiente. Había algo en común entre Jake y sus hermanos, que hablaba de confianza y seguridad. Sabían quiénes eran, y de lo que eran capaces de hacer. Incluso su arrogancia era semejante. Angelica sonrió al imaginarse cómo reaccionaría Jake cuando conociera a sus hermanos.

Tomó un sorbo de café, paladeando el sabor del brandy. El dolor que del tobillo y de la muñeca no tardaría en desaparecer. Quizá

incluso desapareciera también el que sentía en el corazón.

—Ahora comprendo lo que dijiste acerca de que te habría gustado tener una chimenea en tu casa. Ojalá estuviéramos ahora mismo en la cabaña —murmuró Jake,

repantigándose en el sofá y apoyando las piernas en la mesa del café, al lado de las de Angelica.

—¿Vas a comprar las cosas que te sugerí? —le preguntó, curiosa.

—Por supuesto, si tú me acompañas. Yo no sabría qué comprar.

—Pues te lo puse muy claro —repuso ella, pensando que no lo acompañaría. El tiempo de «jugar a las casitas» había terminado.

—Por ejemplo, está el tema de los cuadros. Escógelos tú —le dijo Jake con tono suave—. Escoge algo que me recuerde a tu casa; algo hermoso, relajante. Como tú —inclinó la cabeza y la besó.

Angelica se entregó al deleite de encontrarse entre sus brazos, disfrutando de cada instante. Jake le quitó la taza de las manos y la dejó sobre la mesa. Luego, la estrechó contra su pecho y la besó sin cesar, acariciándole el sedoso cabello, deslizando las manos por su espalda. Angelica contuvo el aliento, con el corazón acelerado, cuando Jake le acarició un seno. Se apretó más contra él, deseando fundirse con su cuerpo, ansiando que nada los separara.

Jake la besaba una y otra vez, apasionadamente. Angelica ardía de deseo; embriagada de placer, creía estar flotando en una nube de éxtasis. Ansiaba más, mucho más. Deseosa, estaba dispuesta a darle todo lo que le pidiera. Pero lo único que hacía Jake era besarla. Besarla hasta volverla loca.

Maldijo en silencio. ¿Por qué no podía hacerle el amor? ¿Por qué no podía amarla?

Simplemente por el placer que le producían sus besos, Angelica estaba convencida de que ningún hombre podría volver a satisfacerla tanto. Nadie podría llegar a igualarlo. Y eso no era justo. Si Jake no la amaba, no era justo que la incapacitara de esa manera para hacer el amor con otros hombres.

Amaba a Jake Morgan.

# Capítulo 8

El teléfono sonó, despertando a Angelica. Extendió una mano para levantar el auricular, y casi se le cayó debido a su apresuramiento.

—¿Dígame?

—¿Cómo te sientes esta mañana? —la familiar voz de Jake sonaba alta y clara.

Angelica parpadeó soñolienta y se sentó. De repente, se dio cuenta de que estaba en la cama, vestida con su camisón, y de que la luz del sol se derramaba sobre el dormitorio.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Más de las diez. Creí que a estas horas ya estarías levantada. ¿Te he despertado?

—Sí, pero no te preocupes. ¿Dónde estás? —le preguntó, diciéndose que no debía pensar en lo que había sucedido la noche anterior. Se tocó los labios con los dedos y descubrió que estaban ligeramente hinchados. Sonriendo, recordó sus besos.

«¡No!», exclamó para sí. No tenía que pensar en eso.

—En la comisaría. Dentro de un rato iré a la universidad para conseguir una lista de tus alumnos. Luego, tú y yo repasaremos juntos todos los nombres uno a uno, para saber quién podría tener algún motivo para perseguirte. ¿Podrás arreglártelas sola hasta que llegue?

—Por supuesto. Hoy me siento mucho mejor. Mañana necesito volver a las clases. No puedo esperar que otros me sustituyan cuando lo único que me pasa es que me duele el tobillo. Podré dar las clases sentada.

—Ya veremos.

—No, yo…

Pero Jake colgó antes de que Angelica pudiera decirle que él no era nadie para darle órdenes. Si al día siguiente quería dar clases, lo haría de todas formas, le gustara o no. El aula estaba en un tercer piso, y podría subir en ascensor. Además, había una rampa en la entrada del edificio. En el peor de los casos, alquilaría una silla de ruedas y encontraría a algún estudiante que la ayudara.

«Estudiante», pensó. Evidentemente, Jake pensaba que el

hombre que la había estado acosando debía de ser algún estudiante. Pero, ¿por qué? ¿Qué tenía ella que pudiera querer un estudiante?

Angelica ya estaba vestida cuando Jake llegó poco después de mediodía.

Martha Benson había ido a visitarla, llevándole la comida y un bastón con el que pudiera ayudarse. Fue a recibir a Jake a la puerta, orgullosa de poder andar sola.

Jake le lanzó una rápida mirada, la besó y luego la levantó en brazos antes de que pudiese protestar. El bastón se le cayó cuando se vio obligada a abrazarlo para sostenerse.

—El médico te dijo que no andarás en dos días. ¿Así sigues sus instrucciones?

—la recriminó mientras entraba en la cocina y la sentaba en una silla.

—No soy un niña —rezongó, pensando que Jake se estaba comportando como si hubiera cometido un crimen al querer andar apoyándose en el bastón.

—Pues te estás comportando como tal. ¿Eso es la comida? —señaló la gran fuente de sándwiches recién hechos que estaba sobre la mesa.

—Sí, Martha me la trajo. Ella…, bueno, sabía que tenía compañía en la casa, así que preparó comida suficiente para alimentar a un ejército. Supongo que debió de calcular por tu estatura que comes como un elefante.

—Tú, en cambio, comes poco. Estás demasiado delgada —se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla. Después de sacar unos platos de los armarios, se sentó frente a ella.

—Como lo suficiente.

—Has adelgazado en los dos últimos años. ¿Qué te pasó? ¿Estuviste languideciendo de amor? —le preguntó con tono sardónico.

—Tienes una mente mezquina —replicó Angelica, tomando bruscamente su plato y sirviéndose un sandwich de carne—. Que tú no creas en el amor no significa que otros no puedan hacerlo.

—Eres demasiado inteligente y tienes demasiadas cosas que hacer para dejarte consumir por una cuestión amorosa.

—En eso tienes razón. ¡Voy a seguir adelante con mi vida!

Jake se echó hacia atrás en su silla, mirándola divertido.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—No creo que eso te concierna —repuso Angelica, arqueando una ceja—. Tú mismo me dejaste eso perfectamente claro. ¿Has traído la lista de alumnos?

—Sí —sacó un papel del bolsillo de la chaqueta, lo desdobló y lo extendió sobre la mesa.

—Dios mío, no creía que tuviera tantos alumnos.

—Estos son del curso pasado y del anterior, así como del semestre actual.

—Yo no me preocuparía de esos últimos. La primera entrada en mi casa se produjo después de las vacaciones de Navidades. ¿Por qué cualquiera de esos alumnos querría hacer eso?

—¿Por qué querría hacerlo cualquiera de todos ellos? —le entregó la lista—.

Dime lo que sepas acerca de cada uno.

—¿Sabes, Jake? Creo que podemos empezar descartando a las mujeres y a los hombres de corta estatura. El tipo que me quitó el maletín era más alto que yo.

—Bien, adelante —le entregó un bolígrafo.

Mientras mordisqueaba su sandwich, Angelica leyó con detenimiento la lista, deteniéndose de vez en cuando para hacer memoria . Rápidamente iba descartando a las mujeres y a algunos hombres. Luego, volvió a leer la lista.

—Ya está —dijo cuando terminó. Se quedó sorprendida al descubrir que, casi sin darse cuenta, se había comido el sandwich y la ensalada que Martha le había llevado—. ¿Quieres un café?

—Sí —Jake se levantó para prepararlo—. ¿Has recordado algo especial mientras leías la lista?

—No. No puedo imaginarme por qué alguno de estos chicos habría querido entrar en mi casa o robarme el maletín. La verdad, no creo que se trate de un estudiante.

—Quizá no lo sea —comentó él, encogiéndose de hombros.

—Jake… —Angelica bajó la mirada a su plato, acariciando el borde—. Estoy invitada a asistir a una recepción en honor de un nuevo profesor del departamento.

¿Querrías acompañarme? —contuvo el aliento, nerviosa, y al final se atrevió a mirarlo.

La expresión de Jake era sombría y distante.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que lo hicieras, simplemente.

—Si todavía no he encontrado a ese tipo para entonces, iré —dijo mientras servía el café—. No quiero que vayas sola a ninguna parte.

Angelica suspiró, decepcionada. A la menor oportunidad, Jake siempre le recordaba que estaba con ella provisionalmente, sólo para protegerla. Una vez que capturaran a ese tipo, no volvería a verlo de nuevo.

—¿Será una recepción elegante? —le preguntó Jake, entregándole su taza. —Un poco. Bastará con que vistas de traje.

—No sabré de qué hablar con todos esos profesores universitarios —le advirtió.

—Yo no me preocuparía por eso si fuera tú —repuso Angelica, sonriendo—. A las mujeres no tendrás que decirles nada; nada más acercarse a ti, caerán rendidas a tus pies —bromeó—. Y en cuanto a los hombres, estarán tan deseosos de demostrar que son tan masculinos como tú, que serán ellos los que se esfuercen por agradarte.

Jake se ruborizó levemente, para satisfacción de Angelica. Pero como no quería tentar su suerte, procuró no seguir por ese camino.

—Tendrás que conducir. Podrás recogerme a tiempo para estar allí a las siete.

—Todavía seguiré aquí —repuso él con naturalidad.

—No necesito una niñera, ¿sabes?

—Me quedaré. ¿Vas a dormir la siesta?

—No, nada de siestas. Y tampoco voy a tumbarme, así que ni siquiera me lo sugieras. Ayer me pasé casi todo el día en la cama. Sólo tengo un tobillo lesionado.

No soy una inválida —le espetó, tensa.

—Entonces, podemos repasar la lista.

—Tampoco quiero hacer eso. Ninguno de estos chicos podría tener motivo alguno para molestarme.

—¿Siempre eres tan refunfuñona? —le preguntó Jake con tono suave.

—Si lo soy, tú tienes la culpa. ¿Por qué no te marchas y me dejas sola?

Jake se levantó, dejó su taza sobre el mostrador y tomó su

abrigo. Angelica lo miró con el corazón encogido. Realmente no quería que se marchara, aunque sabía que sería lo mejor. Maldijo en silencio; quería se quedara con ella y le hiciera el amor…

—Volveré —le dijo Jake antes de marcharse.

Angelica golpeó la mesa con el puño. Jake sólo había hecho lo que ella le había pedido, entonces ¿por qué se sentía tan rabiosa y frustrada?

Se levantó y fue cojeando hasta el vestíbulo, donde recogió el bastón que antes había dejado caer. Luego tomó un libro y se sentó en el sofá. No estaba de humor para trabajar, ni para llamar a alguien, ni para dormir. No estaba de humor para nada.

Poco después oyó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta principal y levantó la mirada. En la última media hora sólo había conseguido leer tres páginas.

Sus pensamientos volvían constantemente a Jake.

Al verlo entrar, Angelica no pudo evitar sentirse mejor. Jake la miró sin decir nada y se dirigió al dormitorio. Al cabo de un momento, volvió con un par de calcetines gruesos de lana.

—Póntelos —se los entregó—. Y también el abrigo. Nos vamos.

—¿A dónde? —intrigada, comenzó a ponerse los calcetines.

—De compras —respondió, entregándole su abrigo y su gorro de lana—. He alquilado una silla de ruedas.

—No quiero…

—Cállate. Vas a ayudarme a comprar las cosas de la lista que me hiciste para la cabaña.

Angelica se estremeció de contento. Y poco después se dirigían en su coche hacia Cheyenne.

—Podríamos haber hecho las compras en la ciudad.

—El centro comercial de Cheyenne está mejor adaptado para las sillas de ruedas —respondió Jake.

—Puedo andar con el bastón.

—No, el médico te dijo que no andarás en dos días.

—Has sido muy amable al tomarte tantas molestias para mantenerme entretenida, gracias. ¿Cómo podría devolverte ese favor? —le preguntó Angelica.

—Haciendo lo que se te diga por una vez, para variar —contestó él. —Por supuesto, siempre que eso coincida con lo que yo quiero hacer. Pero te prometo que seré muy agradable contigo en esta

excursión.

—¡Vaya cambio!

—No, Jake. Puedo llegar a ser tremendamente agradable con la gente. Espera y verás.

Jake le lanzó una rápida mirada y descubrió que estaba sonriendo, con la cabeza vuelta hacia la ventanilla. Se preguntó divertido cuál sería su idea de ser

«tremendamente agradable». Ese día se prometía interesante.

A partir de ese momento, Angelica se dedicó a hacerle de rabiar. Nada más pisar el centro comercial, se prometió que Jake jamás olvidaría aquella excursión.

Sabía por sus hermanos que a los hombres no les gustaba nada ir de compras, así que decidió atacarlo por ese flanco.

En un principio, por cada sugerencia que ella le hacía, Jake protestaba. Sin embargo, a la tercera ocasión, Angelica empezó a pensar que era él quien le estaba tomando el pelo al seguirle el juego. Mantuvieron escandalosas discusiones sobre las cortinas, las alfombras y otros artículos para la cabaña delante de la aturdida vendedora, que intentaba ser lo más diplomática posible y mediar entre los dos. Por dos veces, Angelica y Jake intercambiaron una sonrisa de complicidad al ver los vanos esfuerzos de la atribulada señora.

Sentada en su silla de ruedas, riendo suavemente mientras Jake la sacaba de la tienda, Angelica se volvió para comentarle:

—Hemos estado terribles. ¡Pobre mujer!

—Ha sacado una buena comisión de la venta final —repuso sonriendo—. Se pondrá contenta. A propósito, ¿por qué te has puesto a discutir? Yo creía a que ibas a ser «tremendamente agradable» conmigo.

—Jake, sólo estaba siendo razonable. ¡Esa alfombra roja que querías para el cuarto de baño era sencillamente atroz!

—Pero es mi cuarto de baño. ¿Quieres que paremos para tomar un café? —se detuvo frente a una pequeña cafetería.

Aspirando profundamente, Angelica asintió. Después de pedir la orden a la camarera, se atrevió a recoger el guante que Jake le había lanzado.

—Es tu cuarto de baño, pero no solamente lo usarás tú.

Jake se echó hacia atrás en su silla y estiró las piernas,

mirándola con expresión tranquila.

—Estás preciosa cuando te enfadas.

Angelica lo miró con los ojos muy abiertos, sin aliento. Pensó que aquella actitud tan atrevida e insolente que a veces adoptaba Jake podía llegar a ser aterradora. Pero ella nunca le tendría miedo. Eran sus propias reacciones y sentimientos ante él lo que verdaderamente le inspiraba temor. En ese mismo momento ansiaba echarse en sus brazos, besarlo… Involuntariamente, se humedeció los labios con la lengua.

Jake bajó la mirada hasta sus labios y lentamente se inclinó hacia adelante, mientras extendía una mano y se los acariciaba con la yema del pulgar. Angelica se tensó, nerviosa. Estaba como hipnotizada y no podía dejar de mirarlo. Sabía que él podía leer el amor en sus ojos, pero era incapaz de evitarlo. Jake ya lo sabía, así que…

¿qué podía importarle? Lo sabía y eso no cambiaba nada.

—Es peligroso estar a tu lado —comentó él en voz baja.

—¿Por qué? —susurró Angelica; ni siquiera tenía fuerzas para levantar la voz.

Hechizada por el contacto de su mano, por la caricia de su pulgar, tenía que agarrarse a la silla de ruedas para no lanzarse a sus brazos. Tuvo que recordarse, desesperada, que estaban en un lugar público.

—Porque haces que un hombre piense cosas que no tienen sentido. Ansiar cosas que no son posibles —retiró la mano y se volvió para mirar a la camarera, que se dirigía en ese momento a su mesa.

—Aquí tienen. Un bizcocho de chocolate y nueces, un pastel de nata y dos cafés

—después de dejar la bandeja sobre la mesa, la camarera les sonrió y se marchó.

Angelica no quería probar nada; sólo quería marcharse a casa. Ansiaba estar sola.

—Vámonos a casa —le pidió con voz ronca por la emoción.

—No —dijo Jake después de un tenso silencio.

Angelica dejó de mirarlo y tomó su tenedor. Había perdido completamente el apetito, pero logró comer un poco de pastel. El café sí la reconfortó. La belleza de aquel día se había evaporado de

repente. Empezaba a cansarse. Pensó que quizá debería volver a casa y dormir una siesta.

—Mañana iré a la universidad —declaró sin mirarlo.

—Si te sientes con fuerzas…

—Sí. Pero ahora estoy cansada. Ya hemos comprado la mayor parte de las cosas de la lista. ¿Podemos regresar a casa? Quiero dormir una siesta.

—Todavía tengo que comprar los cuadros.

—En otra ocasión, Jake. Estoy cansada —insistió, negándose a mirarlo a los ojos.

Angelica se fue directamente a la cama cuando llegaron a casa. Durmió hasta la hora de la cena, comió y volvió a encerrarse en su habitación. Luego intentó leer para dejar de pensar en Jake hasta que finalmente se quedó dormida.

A la mañana siguiente, se preparó para ir a la universidad. En el coche, no le dirigió la palabra a Jake. Ya habían devuelto la silla de ruedas y había recurrido al bastón. Ese día su tobillo había mejorado mucho, y la muñeca apenas le dolía.

—Te acompañaré hasta la clase —le dijo Jake, aparcando el coche frente al edificio Ross.

—Gracias.

Jake no solamente la acompañó hasta el aula, sino que además se quedó sentado al final de la clase, observando a los alumnos y, por supuesto, a Angelica.

—No tenías por qué haberme esperado —le comentó ella, cuando el último alumno abandonó el aula.

—En la universidad sólo estudié un par de asignaturas de matemáticas. Mi especialidad era criminología. Ojalá hubiese tenido una profesora como tú; haces que parezca una asignatura excitante, la más importante del mundo —le confesó él.

ignorando su comentario.

—Me gusta —repuso tensa.

—Eso es evidente. Me encantó el ejemplo que pusiste del rancho de ganado.

—Las matemáticas tienen un componente práctico muy grande, pero la gente no suele darse cuenta de eso.

—La verdad es que no sé por qué me sorprendo. Eres una persona que pone muchísimo entusiasmo en todo lo que hace —

comentó Jake, pensativo.

—En general, la vida es algo maravilloso y apasionante. ¿Por qué no expresarlo?

—Claro, ¿por qué no? ¿Dónde es la próxima clase?

—Tengo una hora de descanso antes de dar la siguiente. Pero no tienes por qué esperarme.

—Quiero hacerlo —repuso sencillamente.

Jake se quedó con ella durante todo ese día y el siguiente. El viernes, Angelica no tenía que dar clases, y consiguió que Jake la llevara a su despacho y se marchara después. Necesitaba ponerse al día con todo el trabajo administrativo y hacer sus planes de estudio. Pero, sobre todo, necesitaba estar sola.

El sábado, Jake estuvo ausente durante la mayor parte del día. Por la mañana, Angelica deseó preguntarle a dónde iba, pero se contuvo; debía mantenerse distante.

Durmió una siesta para estar en forma para la recepción de aquella tarde. A las seis y media ya estaba lista. Se había rizado el cabello y se lo había recogido en un moño, dejándoselo suelto por detrás. El vestido que había elegido era de fina lana, de color crema con un estampado azul que hacía juego con sus ojos. Con el calzado tuvo poca elección; un zapato de tacón bajo para el pie derecho y un grueso calcetín de lana para el izquierdo.

En todo el día no había visto a Jake, y esperaba que no se hubiera olvidado de la cita. Sería una recepción similar a todas las otras a las que había asistido antes, con la diferencia de que por primera vez en dos años, iría con pareja. ¡Y qué pareja!

Cuando Jake volvió, Angelica fue a buscarlo al vestíbulo y se quedó anonadada; tenía una apariencia impresionante. El traje gris oscuro enfatizaba aún más el brillo de sus ojos, dándole una apariencia todavía más intimidante, peligrosamente atractiva.

—¡Guau! —exclamó suavemente ella.

—¿Ya estás lista? —le preguntó Jake.

La joven se le acercó, sonriendo.

—Sí, aunque creo que no debería ir.

—¿Por qué?

—Porque creo que, nada más verte, todo el mundo se va a olvidar del invitado de honor de la fiesta.

—Bien —Jake se inclinó para besarla levemente en los labios—.

No vayas si no quieres —añadió con voz ronca.

Angelica aspiró profundamente, saboreando su aroma. Por un momento, pensó seriamente en quedarse en casa, para arrastrarlo al dormitorio y pasar la noche con él. Pero, por mucho que la tentara la idea, no podría hacerlo. Cuando se entregara, querría mucho más. No se conformaría con una sola noche de amor.

—Tengo que ir —se aclaró la garganta—. Es una formalidad. Y cuando yo consiga la plaza de profesora titular, quiero que todo el mundo vaya a mi fiesta —se apartó, reacia, y tomó su abrigo.

—Me invitarás cuando eso ocurra —repuso Jake, ayudándola a ponérselo.

Cuando le abrochó el último botón del cuello, le levantó la barbilla para besarla de nuevo en los labios.

Realmente Angelica no quería irse.

La recepción se encontraba en pleno apogeo cuando llegaron. Jake la mantenía agarrada de la cintura, para que apoyara lo menos posible el pie lesionado en el suelo.

—Mientras tú te quedas sentada, yo iré a por algo de beber —dijo, mirando a su alrededor.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Cada vez que vamos a algún sitio, revisas el lugar como si esperases encontrarte con una banda de terroristas. Es muy desagradable.

—También es la mejor manera de evitar problemas y estar preparado. ¿Dónde quieres que te deje?

—Lo dices como si fuera un saco de patatas. Allí, junto al profesor Holcome. Al menos me entretendrá con su conversación. Una vez que me dejes, probablemente no volveré a verte hasta que llegue la hora de marcharnos.

—Yo que tú no apostaría, corazón.

Para sorpresa de Angelica, Jake volvió con las bebidas y se sentó en el brazo del sillón donde se encontraba ella, sin dar muestra alguna de querer irse.

Una o dos veces se preguntó si se estaría aburriendo con las conversaciones, que generalmente giraban en torno a asuntos de la universidad.

—… dos errores, que en seguida me apresuré a corregir. Los ordenadores están bien, pero es necesario contrastar los datos informáticos —estaba diciendo en ese momento Gerald Holcome.

—Lo siento, pero me he perdido la primera parte —dijo Angelica, esforzándose por concentrarse.

—Decía que he estado comparando las notas registradas en los datos informáticos con mis propios archivos, y he descubierto dos errores. No hubo mayor problema, pues los corregí. Pero eso demuestra que es necesario hacer una doble revisión y contrastar siempre los datos. ¿No haces tú lo mismo, Angelica?

—Sí, pero yo nunca he encontrado ningún error. ¿Las notas del último semestre ya se enviaron por correo?

—Sí, fue la semana pasada, el miércoles o el jueves, supongo. Y yo contrasté los datos durante el fin de semana.

Angelica intercambió una mirada con Jake.

—No llegué a leer la correspondencia del jueves. La llevaba dentro del maletín que me robaron.

—Ya me enteré. Fue sencillamente lamentable. Díselo a administración; podrán conseguirte un copia.

—De hecho, tampoco conservo las notas. Alguien entró en mi despacho y lo destrozó todo. Cuando volví a ordenar los papeles, me habían desaparecido los apuntes de las lecciones, los exámenes finales y las notas. No me preocupé demasiado porque ya habían registrado las notas en el computador de la universidad.

—Háblame del sistema de las notas —le pidió Jake a Angelica, inclinándose sobre ella—. Envías las notas y el departamento de administración las archiva en el ordenador… ¿te remite después un listado para que las contrastes por si se ha producido algún error?

—Efectivamente —se apresuró a responder el profesor, adelantándose a la joven—. Las notas ya han sido enviadas por correo, pero de todas formas hacemos una segunda revisión. Y si se producen errores, nos damos cuenta al contrastarlas con nuestros registros, como me sucedió a mí.

—Angel —inquirió Jake—, ¿perdiste las notas de las clases de otoño?

—Sí, al igual que las de la última primavera. Pero no me importó demasiado, porque ya las había entregado en administración.

—¿Podría alguien haberlas alterado de alguna manera?

—No sé cómo…

—Un pirata informático tiene capacidad para entrar en

cualquier ordenador.

Podría haber alterado las notas en el computador de la universidad… y luego, haberse asegurado de que tú no pudieras contrastar la lista.

—Es posible… —comentó Gerald Holcome antes de que Angelica pudiera contestar.

—Mañana conseguiremos una copia de las notas para que las examines —Jake se dirigió a la joven—. Si alguna te parece diferente, ya tendremos la primera pista.

—Dios mío, Jake. He tenido algo así como ciento cincuenta alumnos. No puedo recordar la nota que les puse a cada uno.

—Pero merece la pena intentarlo.

—Permítame, ¿trabaja usted de detective? —le preguntó el profesor Holcome, excitado por la conversación.

Angelica se volvió hacia Gerald, exasperada.

—Sí. El famoso detective podrá contarte algunas de sus otras hazañas. Yo quería disfrutar de la fiesta, y no pensar sobre esto. Al parecer, los policías trabajan las veinticuatro horas del día.

—Son gajes del oficio —murmuró Jake al tiempo que le acariciaba suavemente el cuello, haciéndola estremecerse.

—Esta noche tienes el tumo libre, señor policía. Diviértete.

—Lo estoy haciendo —con el pulgar le acarició el lóbulo de la oreja.

Angelica se sentía paralizada; no podía moverse del sillón. Jake se acordaría de aquello. ¿Cómo se atrevía a acariciarla de esa manera delante del profesor? ¡Y en una sala llena de gente!

# Capítulo 9

Yo siempre quise ser detective. Recuerdo una vez, cuando era joven…

Por mucho que se esforzara, Angelica no podía concentrarse en lo que le estaba diciendo Gerald; sólo podía pensar en Jake. Si él pudiera adivinar de qué manera la estaba afectando con sus caricias aparentemente inocentes, ¿la dejaría en paz o aumentaría acaso sus atenciones para con ella?

¿Y por qué Jake se molestaba en hacerlo? Más de una vez le había dejado claro que no estaba interesado en ella. Al menos, interesado en lo que quería Angelica. Y

seguía tocándola, acariciándola, besándola… Un intenso rubor cubrió sus mejillas.

¿Cómo podía seguir tocándola Jake de aquella forma, mientras continuaba hablando tranquilamente con el profesor?

Suspiró aliviada cuando Susan Standford se reunió con ellos. Al menos, Jake se vio obligado a levantarse para estrecharle la mano.

—Estoy tan contenta de haberlo conocido, detective… Todos nos estábamos preguntando quién sería usted; generalmente Angelica suele presentarse sola a recepciones como ésta. Pero, cuando me enteré de que estaba investigando esos extraños sucesos que le ocurrieron a nuestra compañera… bueno, me dije que tenía que conocerlo personalmente… y comunicarle que todos estamos deseosos de ayudarlo.

Susan era de estatura mediana, pero al lado de Jake parecía muy pequeña.

Tenía el cabello corto y oscuro, y sus preciosos ojos castaños lo miraban de manera provocativa, abiertamente sensual.

—Te equivocas, Susan —intervino Angelica, irritada—. Jake no está llevando la investigación. Él y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

Jake la miró por un momento, asintió pensativo y se volvió hacia Susan.

—Sí, Angel y yo hemos vuelto a encontrarnos después de algún tiempo. ¿Usted también enseña en el departamento de matemáticas?

—Oh, no, yo soy antropóloga —sonrió con coquetería y después miró a Angelica—. ¿No te importa que me lleve a Jake para presentarlo a todo el mundo? Sé que no puedes moverte con ese tobillo. Volveremos pronto —y tomándolo del brazo, se lo llevó.

Angelica no se sentía tan contenta con la irrupción de Susan, después de todo.

No era que estuviera celosa; ella no tenía nada que hacer con Jake. Simplemente, se preguntaba si se sentiría fuera de lugar en aquel ambiente tan distinto al suyo…

Lentamente se levantó, apoyándose en el bastón.

—Gerald, me gustaría charlar un poco con los invitados. ¿Te importaría acompañarme?

Se negaba a seguir vigilando a distancia a Jake por más tiempo. Ya era lo suficientemente mayor como para defenderse solo. Felicitó al profesor Sorenson por

su reciente promoción y saludó a varios amigos. Tuvo que responder a una serie innumerable de preguntas sobre su caída y el asalto que había sufrido en el despacho. De lo demás no quiso decirles nada, para no dar pábulo a la murmuración.

Como Susan Standford había afirmado, resultaba claro para todo el mundo que Jake la había acompañado para protegerla, y que además estaba investigando su caso. Mientras tomaba un sorbo de vino blanco, Angelica lo miró subrepticiamente.

A todas luces parecía un policía, y en cuanto a ella, hacía años que no se presentaba con pareja a un acto celebrado por la universidad. Suspirando, se preguntó si no habría cometido un error al asistir con Jake a aquella recepción.

Dejó su copa sobre una mesa y recorrió lentamente el salón; deteniéndose al lado de Jake, sonrió al grupo de hombres y mujeres que hablaban con interés de la última película de Kevin Costner. Jake la miró y la tomó de la cintura, sonriendo.

Angelica se apoyó en su hombro, agradecida.

Cuando la preguntaron por la película, tuvo que reconocer que aún no la había visto. Raras veces iba al cine. Y no le gustaba ir sola.

—Iremos mañana —le susurró Jake al oído.

—Creía que tú ya la habías visto —repuso, contenta de que le hubiera hecho aquella invitación.

—No me importará verla otra vez. Así podré comprobar si es correcta la tesis de Jason acerca de las disimuladas implicaciones sociales de la película…

—Así es, Jake —afirmó sonriendo Jason, el joven profesor de sociología—.

Nunca se me ocurriría engañarte.

—No es cuestión de eso, sino de mi naturaleza desconfiada. A los policías nos gusta comprobar las cosas por nosotros mismos —respondió Jake, y miró a Angelica de nuevo—. Tenemos que marcharnos; ha sido un placer —y se dirigió con ella hacia la puerta.

—¿A qué tanta prisa? ¿Es que estás citado con alguien a estas horas? —le preguntó Angelica, apoyándose en él.

—No. Eres tú quien está citada con la cama. Pareces agotada —después de ponerle el abrigo, la hizo levantar la cabeza para que lo mirara—. ¿Ya has charlado suficiente?

—Sí, pero no necesito que nadie me vigile…

—Necesitas a alguien que esté pendiente de ti. Si no, habrías sido capaz de quedarte toda la noche levantada, y tu curación se habría retrasado una semana.

—Gracias, doctor Morgan, por sus valiosos consejos médicos.

—Respondona —le acarició los labios con los suyos, acallándola.

Aquel beso la hizo tambalearse. Angelica quiso lanzar una mirada a su alrededor para comprobar si alguien los había visto, pero no se atrevió. Era mejor ignorar ese gesto y marcharse con algo de dignidad.

En menos de diez minutos, Jake aparcó su coche frente a la casa de Angelica. De inmediato, le abrió la puerta y la sacó en brazos.

—¡Jake! Puedo andar. ¡Bájame!

—Estás cansada —para cuando terminó de hablar, ya la había llevado ante la puerta. Después de bajarla suavemente, esperó a que buscara la llave en su bolso y abrió—. Gracias por haberme pedido que te acompañara esta noche, Angel —le comentó cuando estuvieron dentro—. Me ha encantado conocer a la gente con la que trabajas.

—¿Todavía piensas que alguno de ellos quiere robarme la idea del artículo? —le preguntó Angelica, mientras se quitaba el abrigo. Tuvo que apoyarse en la pared del vestíbulo; estaba más cansada de

lo que había pensado.

—No. Pero la conversación con Gerald me ha dado otras pistas. Lo primero que haré el lunes será conseguir una lista de las notas de todos tus alumnos del último semestre, y la revisaremos para ver si algún dato ha sido alterado.

—¿Cómo voy a recordar exactamente la nota que le puse a cada estudiante? —se quejó Angelica.

—Al menos ya tenemos algo por donde empezar. ¿Necesitas ayuda para acostarte?

Angelica negó con la cabeza.

—Te recogeré a las tres.

—¿Por qué?

—Para ir al cine.

—Oh, no tienes por qué llevarme. Puedo esperar a que saquen la película en vídeo.

—Ya hemos quedado para verla en el cine. Y tengo testigos —repuso de buen humor.

—De acuerdo —asintió, sonriente—. Estaré preparada a las tres.

De repente, Jake la estrechó entre sus brazos. Angelica suspiró y levantó el rostro hacia él, dispuesta a recibir su beso. Pero lo único que hizo fue bajarle la cremallera del vestido.

—¡Jake! ¿Qué estás haciendo?

—Tranquilízate, Angel. Sólo te estoy ayudando. Dado el estado de tu muñeca, tendrías muchos problemas para hacer esto tú sola —y le desabrochó el broche del sostén.

La joven empezó a soñar despierta. Podía verse a sí misma desnudándose mientras Jake no dejaba de observarla. El deseo la invadió. Lo quería. Lo había querido desde mucho antes, pero, durante dos años, Jake había estado ausente de su vida a propósito. Lentamente, levantó el rostro hacia él, con el amor brillando en sus ojos.

—Dios mío. Angel, si me sigues mirando así no voy a poder hacerme responsable de mis actos…

—Quizá no me importe… —repuso Angelica con voz ronca, acercándose más a él. El frío que sentía en la espalda contrastaba con el calor de la piel de Jake. Podía sentir sus cálidas manos en su piel desnuda, y sonrió deleitada antes de besarlo en los labios.

Jake gimió suavemente mientras la estrechaba con fuerza entre

sus brazos.

Angelica se sentía a salvo, segura, pero ansiaba más, mucho más. Lentamente, la soltó para mirarla fijamente a los ojos; vio que tenía los labios húmedos y entreabiertos, esperando un nuevo beso. Tiernamente le acunó el rostro entre las manos mientras le decía:

—No creo que sea una buena idea, Angel.

—A mí sí me lo parece —repuso con tono suave, enterrando los dedos en su espeso cabello. Podía sentir el fuerte latido de su corazón contra su pecho, latiendo al mismo ritmo que el suyo.

—Tu hermano estaba en lo cierto. No soy el hombre adecuado para ti.

—¿Mi hermano? —preguntó sorprendida, preguntándose de qué estaría hablando—. ¿Qué hermano? ¿Qué es lo que dijo? —lo miró fijamente, confundida.

¿Cuál de sus hermanos podía haber conocido a Jake, e incluso hablado con él?

—No importa —se tensó, adoptando una expresión remota, distante—. Me voy.

Mañana vendré a recogerte a las tres.

—Jake…

—Buenas noches —cerró la puerta a su espalda antes de que ella pudiera hacerle una nueva pregunta. Maldijo en silencio; no quería que Angelica lo supiera, y en el futuro procuraría no volver a bajar la guardia. Al día siguiente la llevaría a ver esa película, y el lunes revisarían juntos las listas de notas. Si Angelica lograba encontrar algo extraño, seguirían esa pista. Si no, le entregaría toda la investigación a Pete Winston. Era a él a quien le correspondía ese trabajo.

Jake permaneció sentado en el coche hasta que vio apagarse las luces de la casa.

Mientras quitaba el freno de mano, se preguntó por qué no podía devolverle de inmediato la investigación a Pete. Él podría enfrentarse a ese asunto. Pero Jake temía no ser capaz de enfrentarse con sus propios sentimientos, una vez que dejara de ver a Angelica.

Angelica se acostó poco después, haciéndose miles de preguntas. ¿Qué había dicho Jake acerca de su hermano? ¿De qué hermano? ¿Rafe, Kyle? Por lo que ella sabía, ninguno de los dos conocía a

Jake. Al día siguiente, le exigiría algunas respuestas. Jake no podía soltar tranquilamente un comentario de ese tipo en medio de una conversación para luego ignorarlo.

Cada vez estaba más furiosa. ¿Qué hermano suyo podría haberle dicho a Jake que él no era el hombre adecuado para ella? ¿Y por qué? ¿Cómo podía Jake haber tomado en serio esa idea? Además, resultaba evidente que la compartía. Pero él no

era el único que le procuraría algunas respuestas al día siguiente. ¡Otras las averiguaría por sí misma!

Un sola mirada al rostro de Jake al día siguiente le bastó a Angelica para convencerse de que no iba a mostrarse muy explícito sobre ese asunto. Parecía disgustado, irritable. La joven había puesto mucho esmero en vestirse, decidiéndose por unos pantalones ajustados de lana negra y un suéter rosa.

—Hueles deliciosamente bien. A madreselva —le comentó Jake, mientras la ayudaba a ponerse el abrigo.

—Lo dices como si fuera un crimen —Angelica intentó adoptar un tono natural, indiferente.

—No es ningún crimen —repuso con voz ronca mientras le acariciaba el cabello, haciéndola estremecerse.

Angelica no se atrevió a hacerle ninguna pregunta en el coche, aunque se moría de curiosidad. En el vestíbulo del cine se encontraron con Jason Hunter, que iba acompañado por una hermosa joven.

—Hola —los saludó alegremente Jason—. Qué bien, vamos a ver la película juntos —se dirigió a Jake—. Así podré señalarte los aspectos sociales que le mencioné anoche —de inmediato les presentó a Liza Nesbet, su novia, y se volvió hacia Angelica con una sonrisa radiante—. Deberías lesionarte más a menudo. Desde que te conozco, nunca te he visto salir tanto… Angelica forzó una sonrisa. No quería compartir a Jake con Jason y con su novia. Se había hecho a la idea de pasar toda la tarde a solas con él. Y quizá parte de la noche. No iba a permitir que aquel día se le escapase sin averiguar antes lo que Jake había querido decir con aquel comentario acerca de su hermano.

—Palomitas sin mantequilla y una cereza, ¿verdad? —le preguntó Jake a Angelica antes de pasar a la sala, tomándola de la cintura.

La joven asintió, contenta de que él recordara tan bien sus gustos. Después de dos años y quién sabía cuántas mujeres, Jake recordaba lo que le gustaba tomar cuando iba al cine. De repente, se acordó de Diane, la mujer con la que había celebrado la fiesta de Año Nuevo. Parecía como si hubiese dejado de verla. Estaba pasando demasiado tiempo con Angelica como para que pudiera seguir viendo a Diane.

Sintiéndose inexplicablemente mejor, Angelica se resignó a compartir la compañía de Jake con Jason y su novia. Pero después, cuando se quedara a solas con Jake, le haría la pregunta que tanto ansiaba hacerle.

La película era divertida. A pesar de sus anteriores recelos, Angelica disfrutó con los comentarios de Jason y con las bruscas y graciosas réplicas que le hacía Liza.

Parecían complementarse perfectamente.

Jake estuvo sentado al lado de Angelica, pero no hizo ningún movimiento para tomarle la mano o rodearle los hombros con el brazo. Por un momento, sintió el impulso de quitarle la bolsa de palomitas de la mano, tirar las bebidas al suelo y

acurrucarse en su regazo. Desde luego, habría causado un escándalo. Suspiró mientras seguía comiendo palomitas.

Jason y Liza les sugirieron que cenaran juntos y Jake aceptó encantado; además, les propuso ir a un pequeño restaurante de Third Street. —Es muy popular entre la policía, pero creo que os gustará —explicó, mirando a Angelica.

Sin decir nada, la joven asintió. Dos años atrás, Jake jamás la había llevado a lugar alguno que frecuentasen sus compañeros del cuerpo. No pudo evitar preguntarse por qué no lo había hecho.

En el restaurante, Jake se sentía muy cómodo. Eso resultaba evidente por la gran cantidad de conocidos que lo saludaron al entrar. Incluso cuando se sentaron, algunos se acercaron para hablar con él. Jason y Liza se integraron en la conversación hablando con familiaridad con todo el mundo, y al final se reunió una buena cantidad de gente alrededor de su mesa. Angelica habló muy poco, observando toda aquella actividad. Parecía que Jake había levantado deliberadamente sus barreras.

«¿Por qué?», se preguntó.

Cuando una joven y hermosa pelirroja se reunió con ellos, Jake

la presentó como Diane Waters. Angelica concentró inmediatamente su atención en aquella mujer. Tenía una apariencia encantadora.

Apretando los dientes, deseó marcharse a casa cuanto antes. No necesitaba pasar por todo aquello. Aprovechando la primera pausa que se produjo en la conversación, le dijo a Jake:

—Me duele la cabeza. ¿Crees que podrás llevarme a casa y luego volver con tus amigos?

—Come algo primero. Te sentirás mejor.

—El servicio no es el mejor del mundo, pero la comida es maravillosa —comentó Diane: luego se inclinó sobre Jake y lo abrazó—. Hacía muchísimo tiempo que no te veía. ¿Dónde has estado? ¿Te has refugiado en tu cabaña?

—Sí —respondió Jake—. He estado acondicionándola un poco.

—¿Cuándo me llevarás a verla? —le preguntó la pelirroja. Su expresión de entusiasmo fue la gota que colmó el vaso, y Angelica se levantó para salir rápidamente del restaurante.

Una vez fuera, se dio cuenta de que se encontraba demasiado lejos de su casa para volver andando, y además con el tobillo lesionado. Un frío viento soplaba del oeste, helándole los huesos. Tenía que encontrar un teléfono y…

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le preguntó Jake, apareciendo de repente a su lado y agarrándola con fuerza de los hombros. Parecía furioso.

—Me voy a casa. Ya te dije que me dolía la cabeza.

—Si quisieras comer algo además de las palomitas, te sentirías mejor.

—Cuando necesite una niñera, te lo haré saber. Quiero irme a casa —sabía que su comportamiento era infantil, pero no podía evitarlo. Sólo quería alejarse de aquel lugar, de los amigos de Jake, de Diane.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el restaurante? ¿Te disgustan mis amigos, acostumbrada como estás a tratar con intelectuales de la universidad? —le espetó él.

Angelica parpadeó asombrada. ¿Así era cómo interpretaba su reacción?

—No es eso —repuso, sintiéndose repentinamente culpable. Tenía que reconocer que ni siquiera les había concedido una sola oportunidad. Pero no quería estar al lado de Diane. Le resultaba

demasiado doloroso.

—Pues lo parece. ¿Qué maneras son esas de comportarte? Después de todo, Jason y Liza siguen allí, y ellos pertenecen a tu mundo. Habla con ellos si así te vas a sentir mejor.

—Te repito que no es eso —murmuró, bajando la mirada. No podía decírselo.

No quería que Jake pensara que era una esnob, que despreciaba a sus amigos, a sus compañeros de trabajo.

—Entonces, ¿qué es? —acercó mucho su rostro al suyo, tomándola de la barbilla

—. Si no es eso, ¿qué es?

Angelica no quería tener que decírselo, pero al fin cedió.

—Estoy celosa —susurró.

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio?

La joven sacudió la cabeza, avergonzada. No quería mirarlo, temerosa de leer el disgusto en sus ojos… o la diversión. Pero sólo descubrió el desconcierto en ellos.

—¿Por qué estás celosa? O mejor dicho, ¿de quién?

—De Diane.

Jake la miró fijamente durante un rato, en silencio. El viento frío seguía soplando, pero Angelica no parecía dar cuenta. El calor que sentía por dentro, debido a la vergüenza, amenazaba con consumirla. No quería sentirse así. Jake le había dejado muy claro que su relación no tenía ningún futuro. Y, ciertamente, era libre de verse con quien quisiera. Pero, a pesar de todo, seguía teniendo celos.

Le dolía que hubiera invitado a Diane a pasar la fiesta de Año Nuevo con él. Le dolía amar a un hombre que no correspondía a sus sentimientos.

—Angel, Diane es una amiga. Trabaja en el departamento de avisos y salimos de vez en cuando, pero sólo para divertirnos. No tienes por qué sentirte celosa ni de ella ni de nadie más —declaró con voz ronca.

—¿Jake? —Jason se asomó a la puerta del restaurante—. ¿Hay algún problema?

—No, no pasa nada. A Angelica le dolía tanto la cabeza que necesitaba tomar un poco de aire fresco. Ahora vamos —respondió Jake, sin dejar de mirarla.

La puerta volvió a cerrarse y de nuevo se quedaron solos en la entrada.

—¿Vamos? —le preguntó él suavemente.

—Ya no tengo más remedio. A no ser que quede como una mentirosa delante de mis amigos —repuso Angelica. Le resultaba difícil, pero no tenía otro remedio.

Cuando volvió a entrar con Jake, suspiró aliviada al ver que Diane había desaparecido. Una vez que sirvieron la cena, los otros conocidos de Jake también se retiraron hasta que sólo quedaron ellos cuatro. A pesar del problemático comienzo de la velada, consiguió relajarse y empezó a disfrutar. Jason y Liza eran una pareja muy simpática, llevaban juntos varios meses y ya estaban hablando de matrimonio.

Cuando terminaron de cenar, Jake le preguntó si quería marcharse y Angelica negó con la cabeza. Se estaba divirtiendo mucho. Jason estaba embebido en una conversación acerca de problemas sociales con varios policías, que asumían un punto de vista bastante cínico sobre esos temas. Jake escuchaba atentamente los comentarios de Angelica mientras hablaba de arte con el sargento Leroy Burns, que era muy aficionado a la pintura al óleo.

Ya era muy tarde cuando se marcharon.

—Me han gustado mucho tus amigos —le comentó ella, ahogando un bostezo en el momento en que subía al coche.

—Me alegro.

El trayecto transcurrió en medio de un cómodo silencio. La velada había terminado mucho mejor de lo que había esperado en un principio. Diane no había vuelto a aparecer, y eso también había ayudado.

Cuando Jake aparcó el coche frente a su casa, Angelica apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento y se volvió para mirarlo.

—¿Cuál de mis hermanos habló contigo acerca de mí, y qué es lo que te dijo exactamente? —le preguntó. No podía terminar ese día sin saberlo. Sospechaba que podría ser muy importante.

—Déjalo, Angel. Eso es historia y ya no podría cambiar nada. Te recogeré mañana a las siete y media. ¿Llegarás a tiempo a tu primera clase?

—Quiero saberlo —insistió.

Jake salió del coche para abrirle la puerta.

—No siempre podemos conseguir lo que queremos —dijo de manera críptica mientras la ayudaba a salir—. Dame las llaves; hace frío.

—¿Vas a entrar? —inquirió Angelica, temblando de frío mientras esperaba a que él abriera la puerta.

—Esta noche no. Es tarde y tienes que madrugar. Te veré por la mañana —le acarició tiernamente una mejilla y se volvió hacia el coche.

Angelica se quedó observándolo hasta que desapareció. Después de apagar las luces del salón, entró en su dormitorio, frustrada por la negativa de Jake a contestar a su pregunta.

—Ya encontraré otras maneras, señor Detective —pronunció en voz alta—. No eres el único que puede hacer interrogatorios. Si no me lo dices tú, iré directamente a la fuente.

Ya era demasiado tarde para llamar a sus hermanos. Pero antes de que terminara esa semana, se prometió que hablaría con los dos y descubriría cuál de ellos había hablado con Jake, y lo que le había dicho.

Jake la recogió a la mañana siguiente para llevarla a la universidad. Después de acompañarla a la clase, se dirigió al edificio de oficinas. A mediodía se reunieron en el despacho de Angelica para revisar las notas del semestre de otoño.

—Sinceramente, no puedo recordarlo —dijo la joven, estudiando la lista—.

Espera, esto es extraño. Jim Smithers debería tener una A, estoy segura. Al final del curso, sus exámenes eran casi perfectos. Pero aquí aparece una C.

—¿Qué asignatura?

—Cálculo, martes y jueves. Vaya, creo que Janey también lo hizo demasiado bien para que le pusiera una C. Espera un minuto. Esto está equivocado. Peggy Albert suspendió el curso, y figura con una C. Recuerdo perfectamente que suspendió; todos los exámenes le salieron mal.

—Entonces, por lo menos hay tres estudiantes que figuran con diferentes notas.

Dos con la nota más baja, y otro más alta —resumió Jake.

Angelica asintió, estudiando la lista y esforzándose por recordar. Al fin sacudió la cabeza con gesto resignado, y levantó la mirada

hacia él.

—Esto es lo máximo que puedo hacer. ¿Dónde están las listas que envié a administración?

—Al parecer, las guardaron durante una semana después de enviar las notas por correo, y luego las tiraron.

—Bueno, la universidad acabaría enterrada en papel si tuviera que guardar todos los documentos —comentó ella con tono razonable.

Jake se levantó y recogió la lista que Angelica había estado examinando, con los tres nombres subrayados.

—Le entregaré esto a Pete, y podrá empezar a investigar. Nosotros empezaremos con los estudiantes de esta clase. Dos son chicas. El único varón que señalaste tendría que estar loco para cambiar su nota por otra mucho más baja.

—Además, Jimmy ni siquiera es tan alto como yo. No puede ser el hombre que me quitó el bolso.

—Si averiguamos salgo, te lo haré saber —y salió del despacho.

Angelica se quedó boquiabierta. Si Jake encontraba al que había estado acosándola durante tanto tiempo, ¿simplemente se lo dejaría saber? ¿Y cómo pensaba hacerlo? ¿Enviándole una nota por correo?

Se dijo que ya tendría tiempo de preocuparse por eso más tarde. Ahora mismo tenía que hacer algunas llamadas de teléfono. Empezaría con Rafe. Antes de que aquel día terminara, conseguiría algunas respuestas.

El sol brillaba justo encima de las Montañas Nevadas para cuando Angelica tomó la carretera que llevaba al rancho Rafter C. La conversación de Rafe no había dado sus frutos, de modo que sólo quedaba Kyle. Sospechando que su autoritario hermano se había metido en lo que no le importaba, había decidido enfrentarse con él cara a cara, mejor que llamarlo por teléfono.

Habían transcurrido varios meses desde que estuvo por última vez en el rancho, y mientras se acercaba sentía la misma excitación y alegría que de costumbre.

Por mucho que le gustara enseñar en la universidad, sentía que aquel era su verdadero hogar. De repente, se sorprendió deseando que llegara el verano para poder volver de vacaciones. En el mes de julio solía pasar varias semanas montando a caballo, ayudando en las faenas del campo, resarciéndose del tiempo que había pasado en

la ciudad.

Kyle estaba fuera cuando llegó. Dentro de una hora caería la noche, y para entonces ya habría vuelto. Angelica entró en la casa y se asomó a la cocina, que estaba hecha un completo caos. Desde que su ama de llaves había tenido que marcharse para cuidar de su madre inválida, Kyle no había sido capaz de encontrar una sustituía. Y si alguien necesitaba a alguien para que lo ayudara con las faenas domésticas, ¡ése era Kyle!

Vagó por la casa, cada vez más nerviosa. Necesitaba respuestas. ¿Dónde se había metido Kyle? Necesitaba mantenerse ocupada, así que se arremangó la camisa y entró decidida en la cocina.

—¡Angel! No sabía que tenías intención de venir. Kyle entró en la cocina dos horas más tarde. Alto y delgado, parecía muy cansado. Se quitó el sombrero vaquero y el abrigo cubierto de polvo antes de abrazar cariñosamente a su hermana. Cuando echó un vistazo a la cocina, una sonrisa iluminó su rostro.

—Gracias por haber recogido esto. Y… —aspiró profundamente —… a juzgar por el maravilloso aroma que sale del horno, creo que todavía me alegro más de que hayas venido. ¿Qué has preparado?

—Pastel de carne. Es lo único que tienes. ¿Cuándo vas a encontrar una sustituía para Rachel?

—Lo estoy intentando. ¿Es culpa mía que no se haya quedado ninguna de las que me envió la agencia? ¿Quién querría venirse a trabajar a un remoto rancho, con el frío que se pasa en invierno? La última se marchó hace un par de días. Bueno, ¿a qué se debe el honor de tu visita? ¿Qué te ha pasado en el tobillo? —le preguntó alarmado.

—Es una larga historia. Te lo contaré mientras cenamos —«¡y a cambio necesito que me des algunas respuestas!», añadió para sí.

# Capítulo 10

Kyle puso la mesa y Angelica sirvió la cena. Aquella rutina familiar le recordó a la joven aquellas tardes que pasaban juntos los tres hermanos, después de la muerte de sus padres. En aquel tiempo, los tres habían tenido que sobrevivir solos. De repente, sintió miedo. No quería que su hermano hubiese hecho algo que, en cuanto se supiera, pudiera alterar aquella armoniosa relación. Mirando a Kyle, vaciló y luego, decidió plantearle sus preguntas después de comer. No tenía sentido estropearle la cena que le había preparado.

Cuando empezaron a comer, ella le explicó cómo se había lesionado el tobillo.

—¿Y la policía todavía no ha encontrado al culpable? —inquirió Kyle, frunciendo el ceño.

Angelica sonrió al ver su expresión, tan similar a la de Jake.

—Están trabajando en ello. Confían en que lo encontrarán pronto.

—Deberías trasladarte a casa hasta que lo hagan —declaró con firmeza.

—Mi casa está en Laramie —repuso ella con naturalidad, intentando dominar su carácter. Ya no era la niña mimada de Kyle; se había convertido en una mujer madura.

—Me refería al rancho.

—Lo sé, Kyle, pero ya soy mayor. Puedo cuidar de mí misma. Y vivo en Laramie. Tengo un hogar propio.

—Alguien debería vigilarte. Angelica sonrió de nuevo, pensando en lo mucho que se parecía su hermano a Jake.

—Hay una persona que lo está haciendo —repuso.

—¿Alguien en especial? —le preguntó Kyle, dejando su tenedor a un lado para mirarla con detenimiento.

—No, no hay nadie «en especial» —se interrumpió y aspiró profundamente—.

Al menos, durante estos dos últimos años.

—¿Dos años?

—Sí, dos años. ¿Tengo que recordártelo? —le preguntó Angelica con un falso tono tranquilo antes de inclinarse hacia adelante, roja

de furia, echando chispas azules por los ojos—. Dos años, un mes y veintiún días.

—Angel… —Kyle frunció el ceño.

—Hace dos años estuve saliendo con un hombre maravilloso. Estaba loca por él; absolutamente loca de amor. Nunca antes había estado enamorada, pero sabía que lo estaba. Lo amo. Luego estuve con Rafe y Charity el día de Acción de Gracias, muy poco después de que se casaran. Cuando volví a Laramie, aquel hombre que amaba nunca volvió a llamarme otra vez. Yo lo llamé, pero él no me hizo ningún caso.

—Angel…

La joven continuó implacable, sin darle a Kyle la oportunidad de decir una palabra.

—Nunca supe por qué. De repente, dejamos de vernos. Pude haber salido con otros hombres, pero sabía que después de aquello ya no me importaba. No quise volver a salir con nadie. No quise enamorarme de ningún otro hombre, porque sabía que ya nunca sería lo mismo. Amo a Jake Morgan. Lo amaba entonces, y lo amo ahora. Y lo amaré hasta el día en que me muera.

—Oh, Dios —exclamó Kyle, pasándose una mano por el rostro.

—He sido completamente desgraciada durante mucho tiempo, Kyle. ¿Y sabes una cosa? Descubrí algo que me hizo sospechar que tú tenías algo que ver con esa desgracia mía —miró fijamente a su hermano, deseando que se atreviera a negar su acusación. Deseando que le dijera que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

—Hice lo que creía que era lo mejor —dijo Kyle al fin.

—¿Lo mejor para quién? ¿para tí? Desde luego, no para mí —las lágrimas le inundaron los ojos. Había albergado tantas esperanzas de estar equivocada, de que ninguno de sus hermanos hubiera hecho algo tan horrible…—. Kyle, he sido desgraciada durante dos años. Intenté disimular para que ni tú ni Rafe os preocuparais. Porque vosotros no habríais podido hacer nada, al menos eso creía.

Ahora quiero saber exactamente lo que sucedió. ¿Qué hiciste? ¿Por qué? —aspiró profundamente, intentando calmarse.

—Angel, ese hombre es policía. ¿Tienes idea de lo peligrosa que es la vida que lleva?

—¿Así que es eso? ¿No te gusta porque es policía?

—Insisto, lleva una vida muy peligrosa. Y yo quiero lo mejor

para ti. Alguien que no pueda causarte ninguna preocupación.

—¿Ser policía es más peligroso que ser vaquero? ¿Más peligroso que participar en los rodeos? No lo es más que muchas otras profesiones. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Esperar a un hombre que tuviera un trabajo seguro? ¿Es eso, Kyle? ¿Y

luego asegurarme de que nunca saliera de casa por si un coche pudiese atropellado al cruzar la calle? —preguntó sarcástica, recordando que así había sido como habían muerto sus padres—. ¿Qué hiciste, Kyle? Además de arruinar mi posibilidad de ser feliz, claro está. Quiero saber lo que hiciste.

Kyle se levantó de la silla, apoyó las manos en el mostrador y se quedó inmóvil, mirando por la ventana.

—No mucho. Si él hubiera estado realmente interesado en ti, me habría mandado al infierno y habría seguido viéndote. Lo llamé, y él me hizo caso. Se retiró de escena.

—Quiero saber qué le dijiste —se estaba poniendo enferma. Todavía no podía creerlo.

—Le dije que se mantuviera alejado de mi hermana pequeña. Eso fue —Kyle descargó el puño sobre el mostrador y se volvió hacia ella—. Alguien tiene que velar por ti, Angel. Eres lo suficientemente ingenua como para que se aprovechen de ti.

Tienes mucho dinero respaldándote. Y también está este rancho. Quería asegurarme de que ese tipo no era un oportunista a la búsqueda de dinero fácil. Los policías no ganan mucho dinero.

—No puedo creerlo —Angelica se levantó para enfrentarse a él. Rabiosa, le clavó el dedo índice en el pecho—. El hecho de que Jennie intentara aprovecharse de ti no significa que todo el mundo esté cortado por el mismo patrón. El hecho de que tu amante fuera una cazafortunas no significa que cualquier hombre que se muestre interesado por mí tenga que serlo. Maldita sea, ¿cómo te atreves a meterte en mi vida?

—Me atreví porque estaba preocupado por ti.

—Soy una mujer madura, perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Ni quiero ni necesito que mis hermanos se entrometan en mi vida. Que seas un par de años mayor que yo no te da ningún derecho sobre mí. No es de tu incumbencia a quién pueda ver, o con quién me case. ¿Está claro, vaquero?

—Angel, lo hice por ti, para protegerte.

—¡No! No sé por qué te creíste con derecho a entrometerte en mi vida, pero no lo estabas haciendo por mí. ¡No necesito tu protección! ¿Acaso tenías celos de que tanto tu hermano como tu hermana hubiesen encontrado a alguien especial con quien compartir sus vidas, y tú te quedaras solo? ¿O simplemente arremetiste contra todo debido a lo que te sucedió con Jeannie? Kyle la miró fijamente y le sujetó la mano con fuerza.

—Deja a Jeannie fuera de esto. Ella no tiene nada que ver. Creía que lo tuyo con Tom Bolton iba en serio —le espetó—. Ahora tiene su propio rancho. Al menos sé que no es un cazafortunas.

—Tom y yo éramos amigos cuando estábamos en el instituto. Hace años que no lo veo. En caso de que haya escapado a tu atención, ahora tengo mi vida en Laramie, en la universidad. Jamás me casaría con un ranchero —la enormidad de lo que había hecho su hermano la abrumaba—. ¿Le dijiste a Jake que me estaba viendo con otra persona?

—Maldita sea, Angel, le dije que estabas prácticamente comprometida con un hombre al que conocías de toda la vida. Le dije que podías tener una aventura con él.

pero que, cuando te llegara la hora de casarte, no tenía ni la más mínima posibilidad.

—¡No puedo creerlo! ¡Maldito seas! —aspiró profundamente; el dolor que sentía era demasiado fuerte para que pudiera soportarlo. Había esperado apoyo de sus hermanos, y en cambio… —. Mantente alejado de mí a partir de ahora, ¿está claro? No quiero volver a verte. No quiero volver a hablar contigo. ¡Sal de mi vida!

Angelica se apartó de él, tomó su abrigo y se volvió hacia la puerta.

—Angel, lo siento. Yo no sabía que tus sentimientos eran tan profundos… —dijo Kyle con expresión arrepentida, apoyándose en el mostrador.

—No vale con sentirlo, Kyle. Nunca me preguntaste, ¿verdad? Simplemente te hiciste cargo e intentaste gobernar mi vida. No sé si alguna vez podré perdonarte esto. He pasado los dos últimos años sola. Y quizá también pase el resto de mi vida sola por culpa tuya. ¡Mantente alejado de mí a partir de ahora!

Casi corrió hasta el coche, ignorando las punzadas de dolor del tobillo. Kyle apareció por la puerta trasera en el momento en que

encendía el motor. Metió una marcha y partió a toda velocidad, levantando una nube de polvo. Se sentía enferma; estaba temblando.

No estaba segura de lo que iba a decirle a Jake, pero le aclararía algunas cosas la próxima vez que lo viera. También sabía que iba a pasar mucho tiempo antes de que pudiera reconciliarse con Kyle. En caso de que eso fuera posible.

Cuando llegó a su casa, una parte de la tensión había desaparecido. En el contestador automático había un mensaje de Jake pidiéndole que lo llamara. Lo hizo de inmediato, pero no se encontraba en casa. Lentamente colgó el auricular, aliviada de que no hubiera contestado. No quería llamarlo; quería verlo, y lo haría al día siguiente. Mientras tanto, tenía muchas cosas en qué pensar.

Algo que Kyle le había dicho resonaba una y otra vez en su mente. Si Jake hubiera estado realmente interesado en ella, habría mandado a su hermano al infierno y habría continuado viéndola. Pero no lo había hecho. No le gustaba ese pensamiento, pero quizá Kyle estuviera en lo cierto. Quizá Jake no la amara de verdad.

Jake la llamó cuando se disponía a acostarse.

—¿Dónde has estado?

—Dando una vuelta por ahí en el coche—respondió vagamente. No estaba dispuesta a contarle por teléfono lo de Kyle. Quería decírselo a la cara.

—¿Tuviste algún problema?

—No. Me las arreglé perfectamente bien para conducir. Además, ya no voy a usar más el bastón —agarró con fuerza el auricular, deseando saber qué hacer, qué decirle. ¿Habría dejado Jake de verla solamente por la conversación que mantuvo con Kyle?

—Entonces, ¿no necesitas que vaya a buscarte por la mañana?

—No —de todas formas, le habría gustado que insistiera. Esperó temerosa, conteniendo el aliento.

—¿Qué horario tienes mañana?

—La primera clase no empieza hasta las diez, pero pienso estar en el despacho a eso de las nueve —quería verlo, pero sentía miedo. Cuando le dijera lo que Kyle había hecho, ¿qué pasaría después? Si la interpretación de su hermano era exacta, eso no significaría diferencia alguna para Jake. Quizá no estuviera lo suficientemente interesado en ella.

—Creo que hemos conseguido algo. Te lo contaré mañana.

—¿Quién…?

—Mañana —y colgó.

Angelica se quedó mirando el teléfono después de colgar bruscamente. Maldijo a Jake. ¿Cómo podía esperar que durmiera tranquilamente esa noche después de lo que le había dicho? ¿Se trataría quizá de alguno de sus alumnos?

A la mañana siguiente, Angelica se vistió con cuidado. Generalmente en invierno solía ponerse pantalones de lana, pero ese día escogió un suéter rosa y una falda marrón oscura. Se cepilló el cabello con energía y se aplicó suficiente maquillaje para disimular sus pronunciadas ojeras. Una y otra vez se repitió que aquel cuidado que ponía en vestirse nada tenía que ver con que Jake fuera a verla aquel día.

Jake no se presentó, ni la llamó, antes de la primera clase. Durante la misma, Angelica no dejó de mirar la puerta del aula, pensando que en cualquier momento lo vería aparecer. Pero no fue así.

De vuelta en su despacho, Angelica ya empezaba a preocuparse cuando al fin Jake hizo su aparición.

—Hola —levantó la mirada hacia él y sonrió, con el corazón acelerado. Había estado ensayando lo que le diría, pero de repente la mente se le quedó en blanco.

Todo lo que podía hacer era mirarlo fijamente. ¿Se cansaría alguna vez de mirarlo, de desearlo?

—Hola. ¿Puedo cerrar la puerta? —le preguntó Jake, arqueando una ceja.

—Sí. Lo has encontrado —dijo ella, advirtiendo la seriedad de su expresión.

—Lo hemos encontrado. Alan Dalton. ¿Lo conoces?

La joven negó con la cabeza. Ese nombre no le sonaba nada.

—No es sorprendente. No era alumno tuyo, aunque estudiaba en la universidad. Es el novio de Peggy Albert.

De repente, Angelica comprendió.

—Cambió las notas de su novia para que ella pudiera conseguir una beca.

—Bingo. Al parecer, sin esa beca la echarían de la universidad. Y Alan no quería eso.

—¿Y se arriesgó a ir a la cárcel para que ella siguiera en la universidad? —inquirió ella, frunciendo el ceño.

—Eso es. Tenemos una confesión completa —Jake sacudió la cabeza—. Tiene veintiún años y estudia informática. Por eso sabía cómo entrar en el computador de la universidad y alterar las notas. Luego, tuvo que arrebatarte tus archivos de notas para hacer más difícil su verificación.

—Y todo por su novia —Angelica suspiró, pensando en la triste suerte de aquel estudiante, que contaba con tantas posibilidades—. Una chica que nunca habría estado en esa situación si hubiera trabajado lo suficiente.

—Alan nos dijo que sentía mucho haberte derribado en las escaleras, que fue un accidente. Sólo quería quitarte el maletín y echar a correr.

La joven asintió. Si no hubiera perdido el equilibrio, no habría llegado a caerse.

Alan no debía de haberla empujado deliberadamente. —Y ahora ¿qué? —preguntó.

—El juicio contra Alan tendrá lugar dentro de un par de meses, seguramente.

Supongo que el chico seguirá admitiendo sus cargos. Pero ya no tienes por qué preocuparte más. Alan sólo quería tus archivos de notas, y como no pudo encontrarlos en tu casa, lo intentó en tu despacho, en el coche… Hasta que al final logró arrebatarte el maletín.

—Gracias por todo, Jake —Angelica sonrió tímidamente—. Dijiste que encontrarías al culpable, y has cumplido tu palabra.

—Ése es mi trabajo —repuso mientras se levantaba.

—Espera. Quería hablar contigo.

—¿Acerca de qué? —permaneció de pie, inmóvil.

—Acerca de mi hermano Kyle. Ayer fui a verlo.

La expresión de Jake no se alteró, y le sostuvo la mirada.

—¿Y?

—Y él me contó que estuvisteis hablando hace un par de años —empujó la silla hacia atrás y se levantó.

Jake cerró los puños, pero permaneció en silencio, y ese gesto traicionero conmovió a Angelica. Reuniendo fuerzas, rodeó el escritorio y se acercó a él.

—Jake, nunca supe por qué dejaste de llamarme. Pensaba que lo nuestro estaba funcionando bien. Muy bien —estaba tan cerca que podía sentir su calor, aspirar su aroma.

—Tu hermano me dijo unas cuantas cosas, eso es todo. Tenía razón. Tú y yo no tenemos mucho en común —repuso él con un tono neutral.

—¿Has perdido el juicio? Nuestra relación era estupenda.

Extendió una mano y le acarició levemente una mejilla. Pero Jake le agarró la muñeca con fuerza, apartándola de sí.

—Kyle estaba en lo cierto. Los dos éramos demasiado diferentes. Yo soy policía, Angel. Tengo un buen salario, pero nada comparado con el dinero que tú recibes del rancho familiar. Además, ¿qué le pasó al hombre que iba a casarse contigo?

El tono brusco de su voz le indicó a Angelica que su aparente desinterés era engañoso, y eso le dio fuerzas.

—En primer lugar, Jake, yo no soy rica. ¿No te acuerdas que te dije que sólo pude permitirme comprar una casa cuando conseguí un trabajo adicional en la base aérea? Yo no recibo dinero alguno del rancho. Soy copropietaria con Kyle y Rafe, pero todo el dinero se invierte en el rancho, para modernizarlo. En segundo lugar, no hay ningún otro hombre. Nunca lo hubo. Kyle se lo inventó.

—Mi trabajo es demasiado peligroso —continuó Jake, como si ella no hubiera hablado—. Por las esposas de otros policías, sé que viven constantemente preocupadas, temiendo por sus maridos. Y es terrible vivir con ese tipo de miedo.

Angelica intentó liberar su mano pero él no la soltó, sino que la agarró con más fuerza.

—Eres como Kyle; no me extraña que te convenciera. La vida es peligrosa. La otra mañana, pude haber muerto si me hubiera aplastado la cabeza contra las escaleras, cuando caí rodando. Pero no fue así. Tú pudiste haber muerto en un accidente de coche, como mis padres, o al caerte de una escalera, como tu tío. Nadie puede garantizar nada en esta vida. Lo único que puedo garantizarte es que te amo.

Jake esbozó una sonrisa que no llegó hasta sus ojos.

—Es el síndrome del héroe. Como te salvé, me estás agradecida.

—¡Al diablo con el agradecimiento! Déjame decirte algo, Jake Morgan —le clavó el dedo índice de su otra mano en el pecho, justo

como había hecho con su hermano

—. Durante los dos últimos años, no he salido con ningún hombre ni una sola vez.

¿Quieres saber por qué? —continuó, si esperar a que él respondiera—. Pues porque no quería salir con nadie más que contigo. Te amaba entonces y te amo ahora. Quizá tú no me ames, y si es así, aprenderé a aceptarlo. Ya había empezado a hacerlo hace unos meses, y puedo intentarlo de nuevo. Pero, si sientes algo por mí, dímelo, Jake.

Te quiero.

Jake le tomó la otra mano y se acercó para besarla. Fue un beso dulce, tierno.

Luego, levantando la cabeza, la miró a los ojos durante un interminable momento, como si quisiera memorizar sus rasgos.

—Sigue adelante con tu vida, Angel. Tienes un gran futuro aquí, en la universidad. Encontrarás un intelectual con quien puedas hablar y compartir tus ideas. Yo no soy el hombre adecuado para ti, cariño, por mucho que quiera serlo. No sé nada sobre la vida familiar. Durante mucho tiempo viví con mi tío, y luego solo.

Soy un mal candidato, lo mires por donde lo mires. Búscate a otra persona, Angel.

La besó de nuevo; luego la soltó y se volvió.

Angelica se quedó inmóvil, mirando incrédula cómo Jake abría la puerta y se alejaba por el largo pasillo para después bajar en el ascensor.

Se había ido. No le había dicho que la amaba. Se llevó una mano al pecho y se lo apretó con fuerza, como intentando aliviar su dolor. Había contado con que Jake la amaba. Se había mostrado tan cariñoso con ella… sus besos habían derretido toda su resistencia, incluso él parecía haberse esforzado por mantener el control. ¿Acaso había malinterpretado completamente aquella situación? Suspirando, cerró la puerta del despacho y se echó a llorar.

De alguna forma, se las arregló para sobrevivir durante el resto del día. Incluso fue capaz de olvidarse por unos minutos de Jake y de las esperanzas que había tenido de que le dijera que la amaba. Cuando se dirigió hacia su coche, no pudo evitar mirar a su alrededor, esperando verlo allí. Recordó su inveterada costumbre

de mirar a su alrededor, siempre precavido y alerta. ¿Cuánto

tiempo tardaría en recuperarse, en volver a su vida normal?, se preguntaba.

Cuando llegó a casa, se encontró con que Kyle le había dejado dos mensajes en el contestador automático. En ambos le pedía que lo llamase tan pronto como volviera. El teléfono sonó cuando se estaba cambiando y, de manera automática, se precipitó a levantar el auricular. Pero, después de dudar, decidió no hacerlo y escuchó el mensaje, que se grabó en el contestador. Kyle otra vez.

Bajó el volumen y fue a la cocina. Le dolía un poco la cabeza. Se preparó una cena ligera y después se acostó. Suspirando, recordó que la última vez que se había deprimido tanto, dormir había sido su mejor remedio, su panacea. ¿Tendría que volver a pasar por aquello?

Poco después de las nueve, el teléfono volvió a sonar. Angelica seguía tumbada, mirando al techo. Lentamente se incorporó para levantar el auricular.

—¿Angel?

—Hola, Rafe.

—¿Qué es lo que te pasa, hermanita? —le preguntó con ternura.

Angelica estuvo a punto de derrumbarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se esforzó por contenerlas. Levantándose, se pasó una mano por el cabello.

—En este momento no llevo una vida muy divertida, hermano mayor.

—Kyle me lo ha dicho. ¿Estás bien?

—¿Física o emocionalmente?

—Ambas.

—El tobillo me duele un poco. La muñeca ya casi la tengo bien. Esta noche me está doliendo la cabeza, pero no sé si es del golpe o de mi conversación con Jake: hoy le he confesado mi amor, y él me ha contestado que no es el hombre adecuado para mí —se enjugó las lágrimas y suspiró profundamente.

—¿Y lo es? —le preguntó Rafe con tono suave.

—Sí. Pero Kyle le metió esa idea en la cabeza y Jake es muy testarudo. Tengo que reconocer que puede ser tan intratable como el viejo mulo que solía ser papá, pero no me importa.

—Y ahora estás enfadada con Kyle.

—No puedes imaginarte lo furiosa que estoy con él. No tiene

ningún derecho a entrometerse en mi vida. Puedo arreglármelas sola. Kyle es el culpable de todo esto.

Quizá nunca vuelva a dirigirle la palabra. ¿Cómo ha podido hacerme esto? —inquirió, montando nuevamente en cólera.

—Lo hizo pensando en el bien de su hermana pequeña… —explicó Rafe.

—¡Ja! Sólo soy dos años menor que él. Y no necesito que nadie me cuide. Rafe, me siento tan sola… Sólo quiero vivir con Jake. Estos dos últimos años han sido un infierno… ¿Por qué no puede quererme él?

—Quizá sea lo mejor… espera un minuto.

—¿Angelica? —inquirió su cuñada, poniéndose al teléfono.

—Hola, Charity.

—Vete, Rafe. Esta es una conversación entre mujeres —transcurrieron varios segundos de silencio antes de que Charity volviera a hablar—. Angelica, parece que estos hombres lo han estropeado todo.

La joven sonrió. Confiaba en la capacidad que tenía su cuñada de ir al corazón de los problemas.

—Tú lo has dicho. No puedo perdonar a Kyle. Ni a Jake por haberse mostrado de acuerdo con él.

—Mira, creo que tarde o temprano perdonarás a Kyle. La pregunta es: ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Qué puedo hacer? —inquirió Angelica—. Le dije a Jake que lo amaba, y se marchó.

—Entonces, ¿vas a renunciar?

—No lo sé —respondió Angelica.

—Voy a contarte un secreto que no revelarás a nadie, y menos a Rafe.

—Cuando nos casamos, tu testarudo hermano no quería dormir conmigo.

Estaba convencido de que yo sólo me había casado con él por gratitud. El muy estúpido… estaba loca por él desde el primer momento en que lo vi, aunque fuera un vaquero de rodeo… Bueno, por eso me puse tan contenta cuando Kyle y tú vinisteis a pasar la fiesta de Acción de Gracias con nosotros. Con vosotros dos durmiendo en la habitación de los invitados, ¡Rafe no tuvo más remedio que dormir en mi habitación!

Angelica sonrió. Podía imaginarse a la pequeña Charity seduciendo a su obstinado hermano.

—Entonces, ¿de alguna manera tengo que atraer a Jake aquí y obligarlo a que se acueste conmigo? —preguntó, intentando comprender lo que quería decirle su cuñada.

—Quizá no tenga por qué ser tan drástico —Charity rió entre dientes—. Pero tú eres una persona inteligente. No tiene ningún sentido que todos esos hombres decidan por ti. Eres tú quien tiene que decidir.

—Charity, ésta te la debo. Se me ha ocurrido una idea.

—No me debes nada. Simplemente encuentra la felicidad, como yo la encontré con tu hermano.

Angelica colgó el teléfono unos minutos más tarde. Charity estaba en lo cierto.

No había razón alguna para dejar que Kyle y Jake decidieran su destino por ella. Era dueña de su propia vida y viviría como quisiese. Y, a ser posible, con el hombre de su elección.

Otra vez en la cama, consideró y descartó decenas de posibilidades hasta que al fin se decidió por una, y la analizó desde todos los puntos de vista. Funcionaría. Y si a Jake no le gustaba, pues mala suerte, pero al menos lo habría intentado. A la mañana siguiente, Angelica llamó a la comisaría de policía y pidió hablar con Pete Winston. Después de decirle que ya sabía del arresto de Alan y de la confesión que había hecho, sacó a colación el nombre de Jake con aparente naturalidad.

—Me ha ayudado mucho —explicó—. ¿Ha podido retomar sus vacaciones? Me sentí muy mal al hacerle trabajar durante su tiempo libre —dijo con falsa sinceridad.

—No, ayer mismo volvió al trabajo. Aunque debería haberse tomado unos días libres. Es tan cascarrabias como un oso.

—El fin de semana está próximo; ya descansará entonces. Si no está trabajando en alguna emergencia…

—No, no; desde el viernes por la noche hasta el lunes estará libre.

—Estoy tan contenta de que hayan encontrado al culpable… —añadió Angelica, esperando que Pete pensara que ése era el único motivo de su llamada. Sonrió al colgar el teléfono. Jake estaba en la ciudad y tenía el fin de semana libre. El viernes sería el día.

Angelica elaboró cuidadosamente su plan. El jueves se dedicó a recorrer en coche el barrio donde vivía Jake, observando al vecindario. A las cuatro se detuvo frente a su edificio, contemplando a las madres que sacaban a pasear a sus hijos y a los estudiantes universitarios que volvían a sus casas después de las clases. Para las cuatro y veinte, la acera ya estaba desierta.

El viernes se fue de compras al supermercado. Como sabía que a Jake le gustaba la buena comida, no escatimó en gastos. Quería que todo fuera especial.

Hizo cuidadosamente su equipaje, asegurándose de meter la ropa más femenina que poseía. Añadió solamente unos vaqueros y un par de camisetas.

Todavía le quedaba lo peor. De hecho, había dos momentos críticos: la entrada en su apartamento y el enfrentamiento con Jake. Pero estaba decidida a tener éxito.

Pensó que Charity estaba en lo cierto; ya era hora de que se hiciera cargo de su propia vida.

Subió a su coche y se dirigió al edificio de apartamentos donde vivía Jake.

Caminando por la acera, observó aliviada que no había ningún vecino merodeando.

El barrio estaba desierto. Aquello convenía a sus planes.

Rodeó el edificio y se detuvo bajo la ventana del cuarto de baño de Jake, aquélla que siempre dejaba abierta. Miró a su alrededor con el corazón acelerado, repitiéndose que no tenía por qué sentir miedo. Si la sorprendían, dudaba que pudieran acusarla de algo grave. Al menos, esperaba que fuera así.

Dio un salto y se agarró al alféizar de la ventana, para subir luego a pulso. Le dolía la muñeca izquierda. Una vez encaramada, apoyada sobre el estómago y con las piernas en el aire, tuvo que descansar para mover la muñeca e intentar aliviar el dolor. Un minuto después ya se encontraba dentro del cuarto de baño, de pie en la

bañera, y se asomó a la ventana para comprobar que nadie la había visto. Satisfecha, se dijo que uno de sus objetivos ya había sido cumplido. Y con pleno éxito.

A los diez minutos ya había descargado su coche. Media hora después ya había guardado su ropa en los armarios. Sacó los

comestibles que había comprado en el supermercado y empezó a preparar la cena.

Cuando oyó que se abría la puerta principal, contuvo el aliento. Lentamente se apartó del horno y se asomó al salón. Jake entró, se detuvo y la miró, tenso y alerta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

# Capítulo 11

—Estoy preparando la cena —respondió Angelica. Luego suspiró profundamente y se acercó a él sin dejar de mirarlo a los ojos. Pudo ver claramente la sucesión de emociones contrastadas que cruzaron por su rostro. Haciendo acopio de todo su valor, lo obligó a inclinar la cabeza para besarlo en la boca.

Sus labios estaban fríos, al igual que sus mejillas. Angelica abrió la boca y Jake respondió instantáneamente, abrazándola con fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con ternura, apoyando la frente contra la de ella.

—Preparando la cena, ya te lo he dicho —repitió Angelica, dudando antes de dar el paso decisivo.

—¿Cómo has entrado?

La joven sonrió traviesa, con un brillo divertido en los ojos.

—Siempre hay maneras. ¿Por qué no lo averigua por sí mismo el famoso detective?

—¿La ventana del cuarto de baño? —inquirió Jake, después de pensar por un momento.

—Por esa respuesta, has ganado el premio: yo —le acarició los labios con los suyos—. Y la cena también. Estoy preparando unos filetes Stroganoff. Y de postre, pastel de cerezas, tu favorito, si mal no recuerdo.

—¿Por qué has venido, Angel? —le preguntó él, mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba sobre el sofá.

Angelica volvió a la cocina, intentando mantenerse ocupada para que no le fallara el coraje en el último momento.

—Porque quería verte otra vez. Y porque pensaba que una buena cena podría ser una buena manera de agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—No necesito que me agradezcas nada.

—De acuerdo, te limitaste a hacer simplemente tu trabajo. Ya te oí decir eso la otra mañana. Pero quiero prepararte esta cena.

—Muy bien, pero luego te irás a tu casa.

—Yo vivo varias casas más allá, pero mi casa, mi verdadero hogar, está aquí, contigo. Aquí es donde está mi corazón —se volvió para mirarlo desafiante—. Y aquí es donde me voy a quedar.

—No puedes quedarte aquí.

—¿Quieres apostar? De hecho, ya me he mudado —Angelica levantó la barbilla con gesto arrogante.

—¿Qué? —su tono era bajo, áspero, furioso.

—Compruébalo por ti mismo —replicó ella, señalándole su dormitorio.

En dos segundos, Jake fue a su habitación; en diez ya estaba de vuelta, todavía más furioso.

—Ya puedes recoger tus cosas y largarte.

Angelica sonrió, esperando poder disimular el alocado latido de su corazón. No podía dejarle saber cómo se sentía; si lo hacía, sabía que no tendría ni la más mínima oportunidad.

—Mira, he decidido que estoy harta de que otras personas gobiernen mi vida.

¿Sabes? Tengo veintiséis años, Jake. ¿No crees que ya es hora de que me haga cargo de mi propia persona?

—Ya sé la edad que tienes. ¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Tiene que ver con que no necesito que nadie me diga cómo tengo que vivir o lo que es mejor para mí. No necesito que mi hermano escoja mis amigos. No necesito que el hombre que amo se comporte como un maldito loco altruista y me diga lo que es bueno para mí. Te lo advierto; esta noche me quedo aquí.

Jake permaneció en silencio, reflexionando sobre su declaración de intenciones, observando su expresión. Parecía decidida a todo y una violenta emoción se reflejaba en sus ojos azules. Al fin se acercó a ella y le acarició tiernamente la mejilla, sujetándole un mechón detrás de la oreja.

—Nada ha cambiado. No tengo mucho dinero.

—Ni yo tampoco. Te lo dije, el rancho se lleva todo el dinero que produce.

—No sé gran cosa sobre la vida en familia.

—Yo sé muchas cosas, a veces más de lo que me gustaría saber, especialmente con unos hermanos que se meten constantemente en mi vida. Nosotros podemos formar nuestra propia familia. Rafe y Charity te caerán muy bien. Y, ahora mismo, Kyle no es ningún problema. Quizá nunca vuelva a dirigirle la palabra.

—Mi trabajo es peligroso…

—Aparentemente, tanto como el mío. ¿Cuándo fue la última vez

que estuviste en un hospital? ¡Y no vayas a decirme que tu tío murió en acto de servicio! La mayoría de los policías se jubilan y sólo unos pocos mueren en el cumplimiento de su deber. Nos arriesgaremos.

—Nuestros ambientes y estilos de vida son muy distintos. A mí me gustó conocer a tus amigos. ¿Te gustaron los míos cuando salimos a cenar aquella noche?

—Sí, excepto Diane —murmuró Angelica, bajando la mirada.

Kyle le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle la cabeza.

—Ya te dije que no había nada entre nosotros…

—Mira, no he venido aquí para hablar de tus antiguas amantes —replicó, echándose con energía la melena hacia atrás.

—Así que simplemente decidiste que querías estar conmigo y te viniste aquí, sin dejarme otra elección…

—Tú no me dejaste a mí ninguna elección —replicó ella—. Hace dos años decidiste lo que era lo mejor para mí y desapareciste. Yo creo que lo que hago es bueno para ambos y no voy a desaparecer.

—De acuerdo —cedió al fin Jake—. Pero con una condición.

Angelica parpadeó asombrada, con el corazón a punto de estallar. ¿De acuerdo?

¿Jake se había mostrado de acuerdo en que ella se quedara a vivir en su casa? Se sintió inmensamente feliz. Ansiaba lanzarse a sus brazos, pero se contuvo por precaución.

—¿Qué condición? —preguntó desconfiada.

—Que nos casemos primero.

Angelica lo miró fijamente, incapaz de respirar, de pensar. Sonriendo, Jake le acarició el labio inferior con el pulgar, con exquisita ternura.

—Dime que sí.

—Sí —repitió ella—. ¿Estás seguro?

—¿De qué? ¿De que quiero casarme contigo? Sí, estoy seguro. Quise pedírtelo hace dos años, por navidades. Pensé que sería muy romántico. Luego, tu hermano, cuando se dirigía a casa de Rafe para pasar con él el día de Acción de Gracias, fue a buscarme y me dijo que prácticamente estabas comprometida con otro hombre. Que ese hombre era ranchero y que tú serías feliz con alguien al que conocías de toda la vida. Kyle me insinuó que sospechaba de mis intenciones para contigo; añadió que mi trabajo era demasiado

azaroso para ofrecer estabilidad a una mujer como tú, y que tu familia no te apoyaría si continuabas viéndome. Supongo que permití que el orgullo y la furia se impusieran sobre mi sentido común. Pero tú tienes razón, Angel.

Eres una mujer madura. Si tú misma sabes lo que quieres, ¿quién soy yo para decirte lo contrario?

—De verdad espero que no sólo sea eso… —murmuró Angelica con tono de broma, abrazándolo con más fuerza.

—Sí, hay más. Te quiero, Angel. Hace años que te quiero; te he echado tanto de menos que no podía dormir por las noches.

—Eso me gusta —reconoció ella—. Sigue.

Jake se echó a reír mientras le acariciaba la espalda, acercándola más hacia sí.

—Cuando vivías en tu antiguo apartamento, solía atravesar la avenida Sheridan sólo para verte salir hacia la universidad. No he vuelto a Fort Collins desde el día en que fuimos de compras por allí, y luego a cenar al restaurante de Antonio. Mira, hay veces en que un hombre, si sabe lo que quiere, debe agarrarse a su propio futuro con toda su alma, a pesar de los riesgos.

—Vaya, esto está mejor, vas mejorando… —Angelica estaba llorando de felicidad—. Yo también te amo, Jake. Siempre te he amado.

Jake la besó, y durante unos minutos ambos perdieron la noción del tiempo.

—¡La cena! —exclamó Angelica, apartándolo y volviéndose hacia el homo.

—Después de cenar, llevaremos tus cosas a tu casa.

Angelica se volvió para mirarlo, sorprendida por sus palabras.

—No. Te dije que me quedaba, y me quedaré.

—Y yo te dije que nos casáramos primero. Además, no quiero que tus dos hermanos descubran por casualidad tus cosas en mi casa.

—¿Estás asustado?

—Eh… sí.

Angelica soltó una carcajada, preguntándose si Jake realmente habría sentido miedo alguna vez. No lo creía, excepto quizá de comprometer su corazón.

—Te amo —repitió; quería estar segura de que lo supiera todo el

tiempo.

—Ya lo sé. Yo también te amo. Y te lo demostraré después de la cena.

Al final, Jake se salió con la suya. Y más tarde, trasladaron las cosas de Angelica a su casa.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en tu apartamento? —le preguntó Angelica, mientras colgaba el último de sus vestidos.

—Diez años, ¿por qué?

—¿Te gustaría trasladarte aquí?

Jake miró a su alrededor, y luego a ella.

—Creo que podría.

—Bien, tú aportarás la cabaña a nuestro matrimonio. Y yo aportaré mi casa. No quiero volver a vivir en un apartamento. Me gusta mi casa. Pero si tu orgullo te exige que vivamos en tu viejo y minúsculo apartamento…

Jake se echó a reír, la levantó en brazos y empezó a dar vueltas hasta que acabó dejándola mareada.

—Me gusta este lugar, también. Y no, mi orgullo no me exige que vivamos en mi viejo y minúsculo apartamento. No importa dónde vivamos al principio, porque antes de que pase mucho tiempo conseguiremos una casa más grande.

—¿Ah, sí?

—Para los niños.

—¿Niños? —preguntó emocionada.

—Desde luego —declaró firmemente.

—Bueno, pues ya podemos empezar —y lo besó, riendo de felicidad.

Charity Carstairs terminó de dar los últimos toques a la falda y la miró satisfecha. Luego, apartándose un poco, sonrió a Angelica.

—Estás preciosa. Por supuesto, siempre lo has estado, pero hoy especialmente.

—Eso es siempre me dice Jake —repuso Angelica, mirándose en el espejo de cuerpo entero.

Su vestido blanco de novia era un sueño. Las mangas bordadas le cubrían los brazos hasta las muñecas; el corpiño ajustado resaltaba su esbelta figura. Alcanzaba a oír la suave música del órgano, el murmullo de los invitados a la ceremonia. En menos de diez minutos, desfilaría por la nave central del brazo de su hermano

Rafe y se casaría con Jake. Apenas podía creer que aquello estuviera sucediendo de verdad.

Desde enero, el tiempo se le había hecho eterno. Jake había insistido en celebrar una boda por todo lo alto. Habían invitado a casi toda la plantilla de la universidad y a la fuerza policial del distrito. Como resultado, una alegre multitud llenaba la iglesia de la ciudad.

—Rafe está en la puerta. ¿Estás lista? —le preguntó Charity mientras se alisaba su precioso vestido rosa. Era la única dama de honor de Angelica.

—Desde luego —la joven aspiró profundamente y tomó su ramo de flores.

Continuamente se decía que no tenía motivos para estar nerviosa. Amaba a Jake, él la amaba a ella y ese día unirían sus vidas para siempre.

Charity abrió la puerta y salió. Pero, antes de cerrarla, Rafe y Kyle entraron juntos.

Angelica miró a sus hermanos con cierta desconfianza. Sobre todo a Kyle.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les preguntó.

—Como Rafe, yo también he venido a entregar a mi hermana al hombre al que ama—explicó Kyle—. Somos tus únicos familiares, y queremos dar juntos este paso tan trascendental.

Siguió un tenso silencio mientras esperaba la respuesta de Angelica. El gesto tenso de Kyle evidenciaba lo inseguro que se sentía.

La joven tuvo que contener las lágrimas y apretar los labios con fuerza para no echar a llorar.

—Te quiero, hermanita. Y me alegro de que al final todo haya salido bien —añadió Kyle con tono suave—. A pesar del lío que monté.

Angelica se acercó para abrazarlo. Luego, se volvió hacia Rafe y lo abrazó también, emocionada.

—No llores, por favor —Rafe le enjugó las lágrimas—. No queremos que alguien piense que te estamos obligando a casarte con ese tipo —bromeó.

—O que ya empiezas a arrepentirte —añadió Kyle, sonriendo con ternura.

—Soy tan feliz… Sed felices conmigo —susurró Angelica.

—Lo somos —respondió Kyle—. Claro que lo somos. Ahora, la pregunta claves es: ¿sabe Jake montar a caballo?

—¿Qué importancia tiene eso? No vamos a vivir en un rancho. Vamos a vivir aquí, en Laramie.

—¿Y los fines de semana? —inquirió Rafe.

—Los pasaremos en nuestra cabaña de las montañas.

—¿Y los veranos? —preguntó Kyle.

—Bueno, iremos al rancho alguna vez, pero nuestro futuro está aquí. Y el mío está con él —de eso no tenía ninguna duda. Amaba a Jake, siempre lo había amado, siempre lo amaría.

En ese momento, el órgano entonó la marcha nupcial.

—Hay que salir, Angel.

Tomando del brazo a sus dos hermanos, esbozó una sonrisa radiante y avanzó por la nave central al encuentro de Jake.

**Fin**